

PUEBLOS CLÁSICOS

GRECIA

NATURALEZA, RAZA É HISTORIA

Tras una larga peregrinación á través del Oriente primitivo, llegamos al mundo *clásico*. Como el viejo escritor *periegeta* ó los viajeros antiguos, con el largo báculo en la mano y el plegado manto al hombro, recorrimos paso á paso todos los pueblos históricos que tuvieron valor artístico y significación social: parados ahora en las sinuosas playas jónicas que ávecinan á Grecia, miramos con interés los vastos golfos del Asia interior cubiertos de islas, como el cielo de estrellas, y hacia la península helénica. Un vivo deseo de reconocer aquellas islas de significado geográfico é histórico, medianeras de progreso y fuentes de refrigerio estético, se apodera de nuestro espíritu, y un incitante atractivo por la civilizada Hélade, por sus maravillas selectas y sus gloriosos recuerdos asalta nuestra fantasía.

Los centros importantes vecinos, escuelas de alto prestigio, nos interesan también y acrecientan nuestro estímulo. Rodas, Chipre, Creta, Egina, Tasos, Lesbos, Tanagra, Mileto, Samos, Delos, Paros, la de los preciosos mármoles, las Ciclades, Maratón, Platea y Salamina, nombres que nos son familiares, están llenos de recuerdos y de atracción poética, de heroico y épico sentido y de elocuencia histórica. Esparta la ruda, Atenas la bella, la culta y los fastuosos jonios de Asia se nos vienen á la mente con su heroísmo y sus prodigios. El templo de Minerva en Egina, ó el de Diana en Éfeso, el popular de Olimpia con su Zeus, sus fiestas y sus justas; los restos del de Apolo en Bassœ, el magnífico de Tegea, el Erectéon, el Teseon, los propileos de Mnesicles y el sagrado de Niké, el famoso de Atenea con su bellísimo friso y sus dispersas metopas, con sus figuras de Hércules y de Teseo, de las tres fatídicas hermanas y del admirable grupo de Demeter y Coré (fig. 273), que ornaban el frontón del Este; las palestras, la Agora, el Pnyx con sus políticos recuerdos, con sus elocuentes luchas, la plaza pública con su agitada vida, y sus turbulencias populares se amontonan en la memoria é hinchén la fantasía; y se cree estar viendo de lejos la púdica virgen ateniense, la que

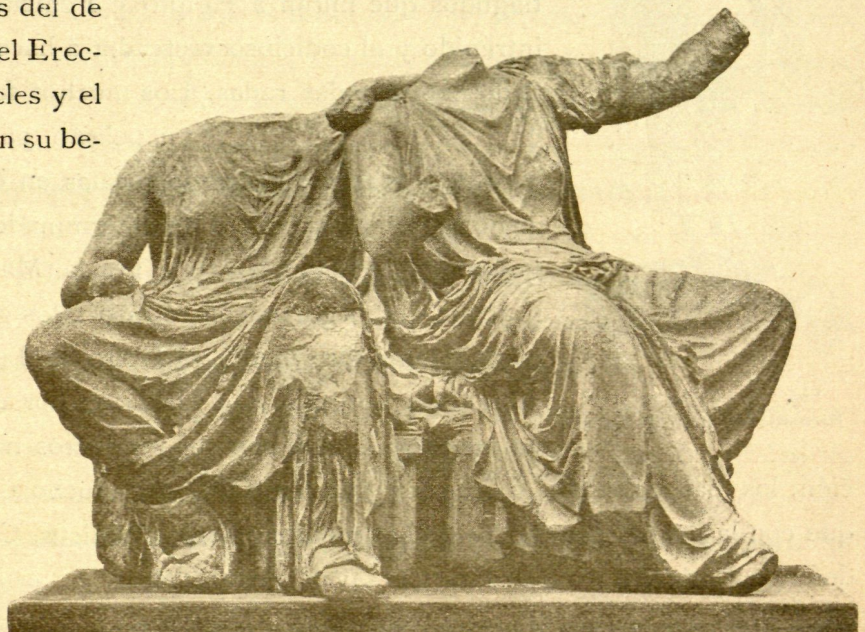


Fig. 273 - Demeter y Coré, grupo en mármol del frontón oriental del Partenón

protegió el olivo, la gigantesca Palas de Fidias, erguida en lo alto de la Acrópolis, desde el promontorio de Sunium.

La vida griega, el prestigio helénico se nos vienen á la memoria con una viveza é interés de que carecen por entero los recuerdos del Oriente. Aquella civilización es aún la nuestra, pues la raza y la cultura forman una parte importante de nuestro modo de ser. ¡Qué grande y sobre todo qué bello nos aparece á través de los siglos y los libros, de las letras y las artes, aquel emporio de saber y de belleza! El Egipto y el Asia oriental fueron grandes, son imponentes en las páginas de la historia, mas tuvieron rasgos de rudeza primitiva, de prehistórica barbarie, acedo del despotismo, y son extraños á nuestra raza, á nuestro saber y sentimiento, á nuestro espíritu independiente y amante de libertad. Por nuestras venas corre sangre griega, ó por lo menos indoeuropea; nuestra política, nuestras letras, nuestras artes y filosofía son en lo esencial helénicas y tienen y tendrán por levadura la de aquellas familias admirables; nuestra lengua es su hermana y nuestra inteligencia y fantasía funcionan con el orden y el cuerpo de un injerto de la suya, y hasta en nuestras creencias el poder de la imagen y el sentimiento de belleza, del ordenado sublime, son frutos adelantados de la filosofía griega.



Fig 274. - El monte Olimpo de Arcadia (Liceo). Del gabinete de Francia

«Grecia, extendida como el cáliz de una flor en el Mediterráneo, unida al continente por la estrecha rama del istmo de Corinto, flotaba al extremo de Europa como pétalo abierto al polvo, al polen impalpable de las ideas que el viento dirigía y soplabá desde África y Asia. El espíritu civilizador que prepara siempre hospedaje al pensamiento, había situado admirablemente la antigua Helenia para más animada acción en el drama del linaje humano.» «Cerrada al Norte por el desfiladero de las Termópilas que la protegía de externas incursiones; rodeada de triple mar en que parecía mecerse al murmullo de tres continentes; excavada por golfos que multiplicaban sus puntos de contacto con el mar; sembrada de sinuosas montañas que vertían numerosos ríos por todos lados; envuelta en amigable temperatura, que la acariciaba con templado sol, era Grecia una deleitosa sala de estudio, donde la inteligencia hallaba expansivo albergue, y podía fantasear á la sombra de ufanos laureles, é inspirada por la campiña preparar nueva civilización poética é industriosa á la par (1).»



Fig. 275. - Venus arcaísta. Recuerdo de Astarté (en bronce)

La continua ondulación de sus costas y sus muchos y prominentes cabos puntiagudos que miran á Egipto y Fenicia incitaron en todo tiempo al navegante intrépido y al codicioso mercader á hacer factorías ó puertos de parada, resguardados por hondas radas. Los muchos fondeaderos de su periferie eran un benévolo asilo para el esquife en peligro, para la tripulación en viaje, y para los que corriendo mares y haciendo escalas en el Mediterráneo recalaban en sus playas como punto intermedio ó de determinado comercio. Situada en el centro del antiguo mundo tenía al Norte la Tracia, Macedonia y la Iliria, países tardíos en civilización, que llegaron con retraso á los goces delicados de la cultura; más al Sur, como puente intermedio, el Epiro, la Tesalia, país de las yeguas indómitas, y la Acarnania, aproximada á los dioses por avecinar al Monte Olimpo (fig. 274). Estos países griegos le daban sus productos naturales y sus medios de lucha y locomoción; los más apartados fueron por su atraso durante mucho tiempo como mar riesgoso, impenetrable, que con la formidable cadena de sus montes (Acroceraúnicus, Ceraúnicus y Cambunienses) le servían de defensiva muralla para afrontar las invasiones bárbaras.

(1) Eugenio Pelletan: *Profession de foi du dix-neuvième siècle*, cap. XIV. - Aunque no fué un autor erudito, fué filósofo de la historia, gráfico y sintético en su original y poética forma.

Cercada á la derecha é izquierda y Sur de los tres mares que forman á una el interior, y enlazada por ellos con el Occidente de Asia, donde sentó su planta y fué señora de toda la costa, tenía al Este la Caldea, Asiria, Persia y Fenicia, que le transmitían sus obras é ideas por mediación de ésta y de sus colonias asiáticas. Enlazábase también con Egipto hacia la región del Sur, recibiendo directas enseñanzas á contar de fecha ignota. La isla de Chipre, situada entre Africa y Asia, en el inmenso golfo, le proporcionaba por igual elementos orientales y africanos, originales y refundidos con particular eclecticismo. Y el sinnúmero de islas griegas que poblaban el mar Egeo eran otros tantos puntos de escala por donde llegaban paso á paso, pero de segura manera, los elementos de viejos pueblos (fig. 275) á través y entre las ondas del azulado mar. La vida oriental fué de muy antiguo en ellas rasgo característico que aportaron mercaderes y marinos, y que contribuían á mantener la influencia de otras islas, avanzadas vigilantes, Creta, Rodas y Chipre.

Por sus condiciones geográficas y esos enlaces naturales aprovechó la Grecia de la civilización de Oriente, y pudo dar nuevos pasos preparada de antemano por las maestras del mundo. La filosofía, la política, el gobierno de los pueblos se estudiaban en Egipto hasta en tiempos de Platón, y el arte con sus procedimientos, las industrias con sus adelantos, llegaban también de Asia para sufrir transformaciones. Marinos como los fenicios, intrépidos y escudriñadores los isleños del Egeo y los costaneros de la península, dejaban siempre en sus retornos la huella de lo que aprendían (figs. 276 y 277).

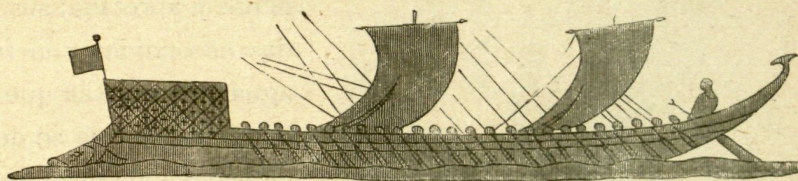


Fig. 276. - Embarcación antigua pintada en un vaso

Era la Hélade histórica un país envidiable formado por la naturaleza. Su campiña amena, variada y confortable, sus montes suaves y prominentes como las playas, ó pequeños, agradables y proporcionados á la extensión de la llanura, producían á la vista grato efecto y ordenada armonía en el espíritu; sus terrenos desiguales y cubiertos de colinas y montañas (que no inclinaron nunca á una unidad monárquica y menos á un despotismo), llenos por comarcas de arbolado abundante, daban variedad agradable á un sinnúmero de paisajes. Esa plástica *en hueco* y *en relieve* era amena y pintoresca, poblada á trechos de olivos pardos y escuetos, de bosquecillos gratos, de sotos apiñados, de abetos del Norte y de meridionales palmeras, de hayas umbrosas y de aristocráticos plátanos gratos á los filósofos, de verdes montículos, de ufanos pastos y de pedregosos yermos, de verdura esplendente y de altos sembrados, de casi negras arboledas, de frescos lustrosos y primaverales collados; ese suelo, todo monte, excepción hecha



Fig. 277. - Galera en una moneda de Cícico (medallón en bronce)

de la extensa planicie de Tesalia, era y ha sido siempre de una belleza lineal encantadora, de una variedad grata por sus hondonadas y sus jorobas, por sus prominencias y sus torrentes, por sus continuos márgenes y sus llanos breves que buscan el horizonte, empalmando con las montañas, y tienen por fondo éstas y el cielo, aquel cielo luminoso y esplendente, caprichoso y suave, y las empinadas crestas, de cúspides veladas por gasas y ondeantes bandas de nubes, donde moraron los inmortales.

Aquella naturaleza era toda armonía á pesar de sus contrastes y de sus cambios rápidos de luz, aire y temperatura. Y era tanto más pintoresca, cuanto más veleidosa, y por su extraordinaria variedad de clima en brevísimo espacio de tiempo y reducidísima porción de tierra, algo mayor que Suiza (52.000 kilómetros), donde blanquean las nieves del Septentrión y arden soles caniculares, son frecuentes las tormentas y se serena el aire con amigable dulzura.

Collados, montes y llanos pedregosos, viciosos ó lozanos, tienen en Grecia un interés poético y artístico. Las muchas hebras de agua que por ellos cruzan á través de su red de montes de estrecha malla

contribuyen á darle inexplicable encanto. En la sola Arcadia ¡qué de pintorescas y fantásticas impresiones producen el Ladón y el Neda inquietos como el Meandro! ¡Qué de impresiones poéticas el lago de Phenea, el temible Stymphale y la mítica laguna Estigia! En la Elide ¡qué hermosísima, qué peregrina impresión los valles y las márgenes del Alfeo! En otras muchas regiones ¡qué interés no despiertan las tortuosas y breves hebras de agua cercadas de capricho, de grandeza y fantasía!.... En la Hélade pintoresca, el Neda que corre y salta brioso con estrépito en cien cascadas; el Ladón de umbrosas márgenes y apiñados plátanos que cruzan sus ramas de orilla á orilla; el Alfeo y el Acheloo, hondos y abastecidos durante todo el año, son espléndidos en variedad, en encanto pintoresco y poética armonía, con sus orillas floridas y fragantes, vestidas de lirios rosa y de dorados laureles, de mirto y de *agnus cactus*, de lentiscos y de tamarindos floridos de rosado en junio, sombreados por nogales, morales, olivos y álamos blanquecinos; sus gargantas escuetas entre montes á veces inaccesibles; sus musgosas rocas de tupida y lozana vegetación, densa y apretada; sus saltos de agua y sus murmuradoras cascadas escondidas con frecuencia tras los espesos matorrales; sus aguas espumosas que bullen y se precipitan entre las estrechas márgenes, ó que se deslizan suaves, transparentes y claras como un espejo, acariciando los endebles tallos de la madre selva y del agavanzo que embalsaman el aire, del blanco ojia canto y de los yaro de oro que se mecen en verano al beso cariñoso del céfiro y asoman bajo la nieve en la estación de invierno. Poético y atractivo es en el Peloponeso el lago capital de Grecia, el lago de Phenea al pie del monte Cylene con «su cuadro de negruzcos árboles y de lustrosos prados que recuerda en pequeño los lagos de Suiza» (1); el fantástico Stymphale, silencioso y mortífero por sus

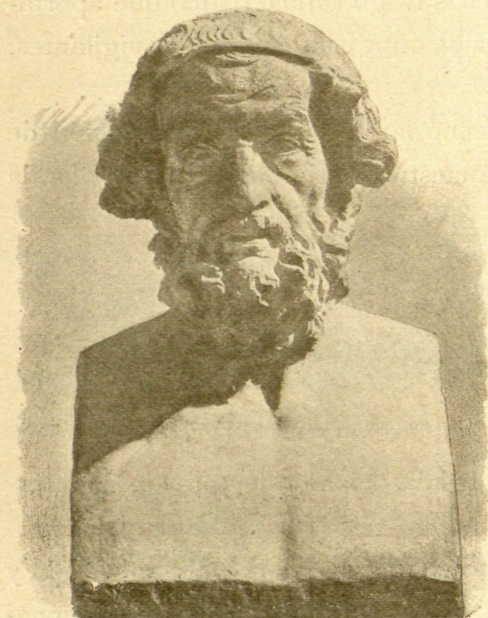


Fig. 278. - Busto de Homero en mármol, del Museo Británico

fiebres, y la infernal Estigia, término del Phenea y del río fatal, imponentes por sus vertientes y sus crestas, por sus rocas gigantes desprendidas, por sus saltos de agua y sus cataratas ruidosas que bruñen el mármol verde y amarillo de los torreones fantásticos de millares de pies de elevación, que asoman sus heladas cabezas por entre maleza agreste y los envejecidos árboles endurecidos por el tiempo. Homero (fig. 278) y Hesiodo, los padres de la geografía, de la historia, de la poesía y los conceptos grecistas, son los que primero nos dieron justa noción de la infernal Estigia (2). Toda la naturaleza respira poesía, encanto, variedad, armonía viva, bella ó sublime; atrayente proporción que dispone el espíritu á sentir sus cualidades y á una sugestión activa en los moradores del país. El alma se sentía agradada y ordenada á un mismo tiempo dentro regulados límites, y como escribe un autor, hasta «era el paisaje una escuela natural de templanza y sobriedad (3).»

¡Qué diferencia tan grande existe entre la naturaleza asiática ó

(1) G. Perrot: *Le sol et le climat de la Grèce*; *Revue des Deux Mondes*, 1.º febrero de 1892. - E. Beulé: *Le Peloponèse*. - El clásico E. Curtius: *Histoire grecque*. - V. Duruy: *Historia de los griegos*, tomo I.

(2) Homero: *Odisea*, caps. V, XIII y XV, etc. - Hesiodo: *Teogonía*, v. 385, 400 y 795.

(3) Boutiny: *Philosophie de l'architecture grecque*.



Fig. 279. - La lírica poetisa Safo, representada á la izquierda de este doble busto. (Museo de Madrid)

la desnuda de Egipto y la griega geográfica! Allí en Asia, y en especial en la India, todo era gigante, sublime y desproporcionado. Montañas, llanos, selvas, ríos, todo era colosal ó monstruoso, y á las veces fuera de medida: la llanura imponía; las montañas asombraban; las selvas vírgenes y los genesíacos árboles producían pasmo ó inquietud; los ríos caudalosos é inmensos ó de vastísimo cauce despertaban aprensión, y el trueno y el rayo, el viento tempestuoso y violento infundían siempre pavor; mientras que en la península griega las más altas y nevadas montañas evocan sublime y noble admiración; los ríos y los bosques, atractivo; las colinas y los valles, simpatía por lo bello, y las playas y los llanos floridos, un delicado sentimiento que se aviene á nuestro espíritu. Una impresión de grandeza imponente que anula ó de sublime real que aplasta, produce la naturaleza de Asia; mientras que en la histórica Hélade, otra desproporción y otra medida y su sublimado humano, atrae, aprisiona y cautiva; da fuerza natural al libre ánimo y despierta sentimientos de expansión y libertad. En Africa la región del Nilo, pelada, escueta, monótona en su impresión general, toda llano vasto y sombrío, gris como el pelaje de sus camellos; gibosa en su línea media como en el pasivo rumiante, perpetuamente igual hasta la Nubia y Abisinia, y con un horizonte invariable como su naturaleza, inmutable y envarada, cual uno de sus colosos, despierta un sentimiento íntimo y una fatal melancolía que impone y anonada hasta

al más ágil espíritu. Y la rotación regular del día, el año, los siglos, las estaciones y el tiempo, las mudanzas atmosféricas y las crecidas y descensos del río dieron á aquella sociedad una regularidad pasiva, un quietismo natural que petrificaba la vida por fuerza de monotonía y rehuye la libertad: mató el individualismo, dió prestigio á la teocracia y sólido trono al poder único (1). En Grecia todo es variado y mudable, todo múltiple y transitorio, todo es espacio cósmico entrecortado, como la reducida región que formó tantas comarcas separadas por las ramas de su complicación orográfica, causa de su autonomía. Así tuvo el arte helénico un sabor regional de la tierra en que nació, como tuvo el de Oriente apariencia geográfica.

Cada comarca histórica que nos da la naturaleza tuvo su carácter propio que la hace más atractiva y á la vez más envidiable: «Arcadia, sus sencillas costumbres en bella y pintoresca naturaleza; la Elide, sentimiento religioso que los esplendores del culto sostuvieron durante trece siglos; la Acaya, la ciencia del buen gobierno; Sicione, la pasión por el arte y el respeto á las tradiciones, sostenidos en las escuelas; Corinto, el genio comercial, unido á la afición al lujo y á los goces industriales (2);» Esparta, ruda señora de la pobre Laconia, maestra ejemplar del ingrato terruño meridional del Peloponeso que consumía sin lucimiento la penosa labor



Fig. 281. —Danzadora á la manera dórica
(bronce de Herculano, en Nápoles)



Fig. 280. — Busto de Aspasia en mármol (Louvre)

(1) Aunque fué pueblo expansivo, en su desarrollo histórico sufrió la presión del suelo y clima é impresiones naturales.

(2) E. Beulé: *Le Peloponèse*, prólogo.

de sus infatigables hijos; y la esplendente Atenas, antes rústico yermo, convertida con su comarca en hermosísimo jardín de Grecia. Y como también se ha escrito: «La Mesenia, hija de Cibeles, paseaba el arado por su fértil barbecho; la Arcadia patriarcal, los pasivos ganados á orillas de la límpida corriente,



Fig. 282. - Tañedoras de lira y de flauta (pintura de un vaso)

preocupada por un ensueño de perpetuo idilio; el Ática, coronada por la vegetación polvorienta de sus olivos como de espuma lanzada del mar sobre la cúspide del Himete, araba las olas con la proa de sus bajeles; y la Tesalia, agreste y guerrera, conducía sus yeguas hacia donde nace el sol, para que, fecundadas por un rayo de la aurora, lucharan con fogoso brío en la apertura del combate (1).» Y por todas partes, en el Peloponeso y fuera de

él, en la península griega, en Mesenia ó en Megaria, en la región tebana, en la Delfica, en la Fócida ó en Etolia, hasta más allá de la Acarnania, ofrecía la naturaleza rasgos de color local que se transmitían á los hombres y pasaron después á sus obras. El arte moró en todas ellas, mas eligió por escuelas los más importantes centros del recogido Peloponeso.

Fué empero por mediación de las islas, y las islas forman por esto una parte importante en el pintoresco cuadro de la geografía helénica, relacionada con el arte. Esas que, como se ha dicho, parecen piedras de paso echadas en el mar Egeo, representan por su situación las estaciones de escala de las diferentes influencias y relaciones antiguas entre Grecia y el Oriente. En la costa de Asia Menor, desde la isla de Lemnos, una de las Esporades, hasta la isla Carpatos todo es influencia fenicia, que quedó en las costumbres desde remotos tiempos, y en el grupo de las Ciclades recalaba ya en Thera á contar del siglo xv antes de J. C. En la costa de Asia la famosa isla de Lesbos, patria de Safo (fig. 279) y de Aspasia (fig. 280), del vino generoso y de las hermosas mujeres; escuela peculiar de las famosas hetairas, que con su elevada cultura trastornaban el seso de la juventud ateniense y hasta de los hombres de Estado: Lesbos tenía las costumbres libres de Asia. Puertó de todos los marinos que agradados del país hacían cala en sus playas, encerraba en su recinto la vida desenvuelta y la disolución de costumbres que eran peculiares de Oriente, rodeadas de ciertos atractivos nada espirituales en el fondo. Como Mileto la Jónica poseía una especialidad proporcionando á toda Grecia elementos naturales: su buen vino y sus

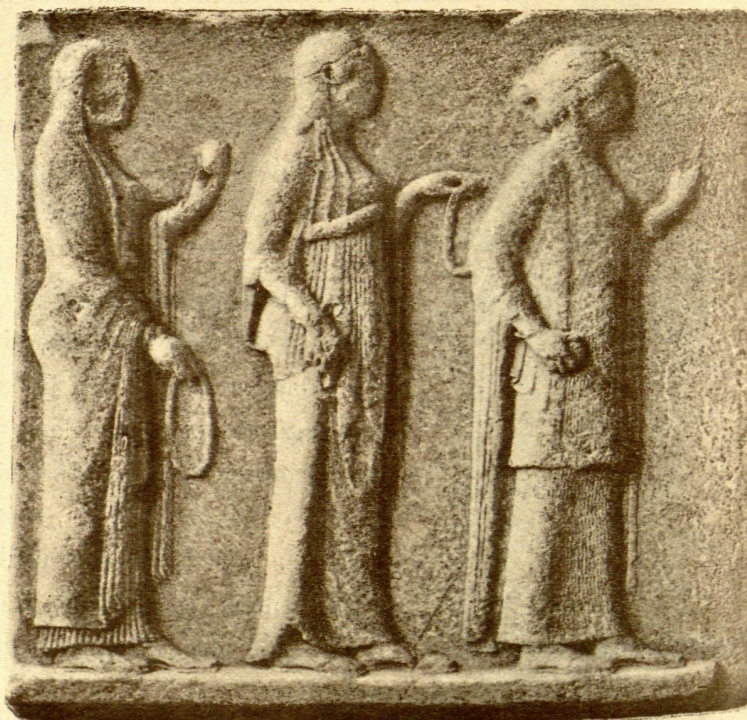


Fig. 283. - Parte de un alto relieve arcaico ejecutado en mármol de Tasos (Museo del Louvre)

(1) E. Pelletan: *Profession de foi*, pág. 165.

mujeres, preparadas de antemano por un cultivo intelectual y una educación poética basada en el sentimiento: con la figura de Aspasia se impusieron á Atenas por una simpatía *sui generis*, á que hasta el severo Sócrates hacía lugar. De Mileto eran las danzadoras (fig. 281) y las que acompañaban las danzas

y amenizaban los banquetes al son armonioso de la flauta (fig. 282); de Lesbos la Asiática fué la más lírica poesía y la política de más alcance que la historia griega nos recuerda.

Chio, vecina de Tasos, próxima al golfo de Esmirna, tenía parecidos recuerdos y el báquico líquido en sus cepas dignas de coronar á Dionisos: sus restos esculturales nos hablan de su importancia como punto intermedio entre el fenicio suelo y el griego primitivo (fig. 283). Pretendían los naturales que era la patria de Homero. Samos, cuna de Pitágoras el filósofo, enclavada en la playa de Asia, á proximidad de Éfeso, se acerca más á la Siria y al orientalismo semita. Descendiendo la costa, Patmos, Calimene, Cos, Telos, y sobre todo Rodas, llena de pasión fogosa, de puro entusiasmo asiático, en todos los tiempos de su historia; notable por su oratoria viva, por sus escuelas plásticas de días decadentes, llenas de vigor y movimiento, y por ser colonia fenicia desde remota época. Es el último punto de enlace con la medio semita Chipre, estudiada anteriormente, que tiene de griega el tipo, aunque ambiguo y mezclado en todos los días de su historia: el templo de Venus en Paphos es su signo distintivo. El espíritu oriental marchó por la costa de Asia, haciendo escala cotidiana desde el Mediodía al Norte.

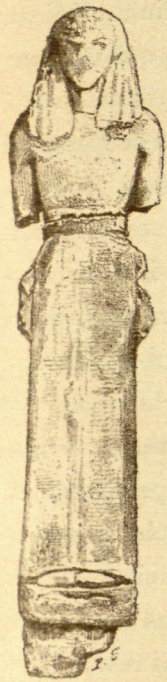


Fig. 284. - Artemisa de Delos (mármol)

Y en el grupo de las Ciclades dejó señales inequívocas de sus comerciales relaciones: en Delos, patria de Artemisa (fig. 284) y Apolo, que tenía allí sus oráculos; en Thera, antigua estación fenicia, y sin duda en Naxos, la mayor de las Ciclades y suelo de hermosos

mármoles; en Paros, que los dió superiores, y donde nació Arquíloco, el satírico poeta del siglo VII; en Sipnos, en Syros y en Mycones, en Santorino la antehistórica y en la inolvidable Milo, por el precioso resto de la selecta Aphrodita, la del museo de París. Las muchas islas de ese pintoresco archipiélago y las costaneras de Asia acrecentaron el tráfico griego y con él el de la civilización.

Fueron como estaciones avanzadas que transmitían las innovaciones, y por su situación topográfica las que enlazaban y fundían las corrientes extranjeras con las que iban de la me-



Figura 285

Moneda de plata de Itanos en Creta

Moneda de plata de Faestos en Creta

tropoli y de las playas de los tres mares. Hechas también marinas por su naturaleza propia y por la fácil y segura proporción de convertirse en navegantes en tan pobladas aguas, recabaron todas las playas del litoral asiático y de la Libia exterior, de donde, á imitación de otros pueblos, volvían con productos é ideas. La naturaleza cósmica fué la causa ocasional. También en el mar Jónico y Adriático hubo otras islas importantes pegadas á la costa occidental de la península helénica, que tuvieron sin duda influjo en su primitiva cultura y por ella en las impresiones de arte. Recuerdo homérico es el de Nausica, hija de Alcinoos, rey teaciense, la de los hermosos brazos, que danzaba con sus amigas á la manera de Creta. Y de Creta iba por igual el orientalismo á la Hélade y á las islas vecinas. Creta (fig. 285), Rodas y Chipre eran los grandes depósitos y los transmisores principales de todos los elementos que partieron del Oriente, y las que apostadas á distancias, como flanqueando entradas, las cerraban allende las costas y tierras de Mediodía y Levante.

Es como obra providencial la situación de esos vehículos de la civilización primitiva, y suceso natural acariciado al principio por los pueblos más atrasados, que, cual herederos forzosos, recogieron la fortuna de sus padres ya caducos.

Marinos expertos y endurecidos aquellos isleños del Egeo, como los de los otros mares y los costaneros griegos; pueblos éstos y los helenos en tiempos adelantados de rama indoeuropea, conocida por ariana, tenían, al decir de Aristóteles (fig. 286), *la energía de los bárbaros y la viveza de los asiáticos* (1). Hipócrates los conocía y los caracterizaba también por sus condiciones naturales y á la vez climatológicas, como se ha observado hoy (2). Mas ¿cuáles fueron sus orígenes, cuál su condición etnológica que ninguno nos señala? Arianos se les dice, con razón, venidos del centro de Asia, llegados á Grecia ó sus islas allá sobre el siglo XVII al XV; hallaron allí otros moradores que algunos creyeron turanios, y que ocuparon el

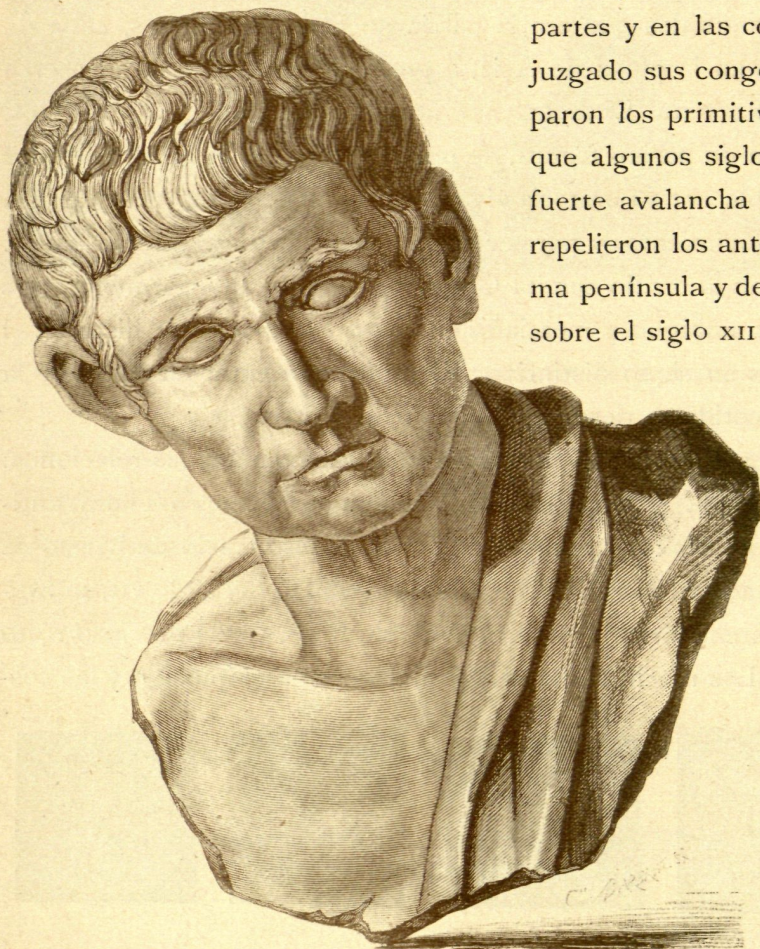


Fig. 286. — Cabeza de Aristóteles.

Busto de estatua tallada en mármol existente en el palacio Spada, en Roma

litoral y varias regiones interiores. Moraban á la sazón en otras partes y en las costas de Italia: los etruscos de Toscana se han juzgado sus congéneres. Fundidos con ellos, ó repeliéndolos, ocuparon los primitivos griegos el Peloponeso y varias islas, hasta que algunos siglos después les sobrevino otro cambio por una fuerte avalancha de pueblos llamados dóricos, que arrollaron y repelieron los anteriores habitantes á regiones diversas de la misma península y de las islas del Egeo. Era, según se presume, allá sobre el siglo XII (1104?). Los aedas y las composiciones homéricas

nos dan idea de la existencia y cultura de unos hombres que forman las sociedades más antiguas de que nos quedan restos, y de la división en dos etapas de la Grecia primitiva, una la llamada antehomérica y otra la posthomérica. La primera época es la de la tradicional expedición de los Argonautas; las semi-míticas hazañas de Hércules y Teseo; la más antigua guerra de Tebas, y el sitio y toma de Troya, cantados por el inmortal Aeda. Estas y la heroica expedición primera tuvieron por mira satisfacer inclinaciones poco simpáticas hacia hombres de otras razas, y dieron por resultado, á lo que parece, la infiltración de inclinaciones asiáticas en la de los moradores de Grecia. Hisarlik, que

estaba aún en la edad de la *piedra pulida*, y Micenas, más moderna, según obras de distintas épocas, dan idea por recientes descubrimientos de las primeras poblaciones *excursivas*, anteriores á las descripciones homéricas. Y de la época heroica pintada por Homero y posterior, queda la huella en los inmortales cantos y los muchos hallazgos de Micenas y otros sitios. La civilización *ciclópea* caracteriza esta antigua época, cuyos comienzos no se sabe adónde remontan, cuyas procedencias, que se creen asiáticas, no pueden asegurarse, y cuyas artes hablan de gráfico modo de una sociedad caballeresca y lujosa á la par que pasiva, militar y á la vez agrícola. K. O. Muller la definía por esta circunstancia, con su perspicaz grecismo, al admirar sus sitios y «habitaciones fortificadas, con templos y ciudadelas (3).» Hoy se la reconoce también como especial constructora de suntuosas sepulturas, signo peculiar turanio.

Después de la toma de Troya ó de acontecimiento heroico en que los príncipes y caudillos griegos

(1) Aristóteles: *Política*.

(2) G. Perrot: *Revue des Deux Mondes*.

(3) K. O. Muller: *Haubuch d. Archeol. d. Kunst*, 1835.

regresaron á su patria, realizando un acontecimiento que se ha llamado en nuestro siglo (por indicaciones antiguas) la *vuelta de los heraclidas*, hubo la invasión de los dorios. En un tiempo intermedio debieron predominar en Grecia y en las islas vecinas las primeras tribus helénicas venidas de Tesalia ó allende que reemplazaron á los pelasgos, moradores más antiguos. Unas y otras sociedades, pelasgos y helenos, forman aquellos escuadrones de los tiempos heroicos, de larga lanza, corta espada, colosal y redondo escudo, mortífera flecha, pesado casco con alto y agitado penacho (fig. 287), larga y undosa cabellera, tupida coraza de lino y lucientes armas de bruñido bronce que reverberaban á la luz; corpulentos, fornidos, corredores, bravos, excitables, soberbios, pundonorosos, dirigidos por Aquiles, los Ayaces, Menelao, el sesudo y valiente Nestor, el poderoso Agamenón, el astuto y prudente Ulises y la cohorte de jefes señalados ó extraordinarios (1), que agitaron el polvo de cien llanuras, bebieron las límpidas ó turbias aguas de cien ríos, gobernaron cien pueblos, lucharon en cien combates y ardieron en sed de sangre y de pelea ante la legendaria Ilión. Sus carros y sus armas son bruñidos y esplendentes á semejanza de los asiáticos ó egipcios (fig. 288), y su joyería magnífica con rasgos orientales, pero con regional carácter en Micenas y otros sitios, como se verá en su lugar. Armados y equipados tienen caballeresco y heroico sello, mezclado de rudeza en los poemas homéricos y en recuerdos que han quedado (fig. 289). Desde Creta, Rodas y las islas vecinas hasta las playas de la Hélade, y desde aquí hasta Tesalia, la aventurera familia helénica, compacta ó diseminada, tomaba parte unida



Fig. 287. — Busto de Marte (Arés), en mármol de Paros, con el casco de alta cimera

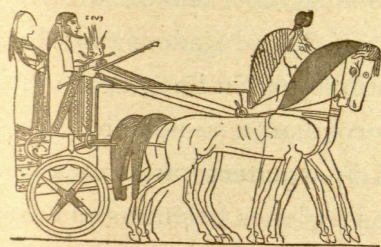


Fig. 288. — Carro de los tiempos heroicos

en los actos que interesaban á la raza y hacía pacto común nacido de ideas afines y de acordes sentimientos. ¿Era una familia ó varias? Los restos de arte é industria exhumados hasta ahora abogan por la unidad, aunque con ligeras variantes.

Distínguense cuatro grupos principales en la primitiva historia: los dóricos, jónicos, eolos y aqueos, según antigua clasificación de la familia helénica. Después se han hallado, con más ó menos certeza, los dorios en el Peloponeso y en varias islas, Thera, Carpatos, Rodas, Creta, etcétera, situadas al Sur del mar Egeo; los jonios en el Ática, donde se mezclaron con ramas dóricas, y por igual en las Ciclades del Norte: puros, tal vez repelidos por los dorios, quedaron en las costas de Asia y en las islas que las avecinan; los eolos parecen haber ocupado el centro de la península y tierras de Asia Menor, entre el Helesponto y el Hermas, y por lo que atañe á los aqueos, se les asignan regiones importantes del Peloponeso. Autores hay que fijan á los dorios el Norte de Grecia, á los jonios el del Peloponeso y Ática y á los eolos las costas occidentales. Los restos pelásgicos diseminados del Pindo hasta Creta y los primeros helenos debieron mezclarse con otras tribus. Los carios y los leleges de Asia Menor, los frigios y tracios de igual procedencia, los dardanes de la Troada y los eteocretenses de Creta, á la par que los arianos de Chipre, son hermanos de los griegos ó se mezclaron con sus tribus. ¡Qué complicado cuadro, qué enjambre de pueblos diversos se hacinan y cruzan



Fig. 289. — Héctor combatiendo

(1) ILÍADA, canto II. *Griegos*.

en la Hélade y en las tierras marinas! Como las desordenadas legiones de aves silvestres que nos pinta el poeta, en revoloteadoras bandadas, desparramadas y ruidosas, así esas haces de pueblos se arremolinaron y extendieron por las regiones costaneras y las comarcas fértiles, llevando consigo sus naturales instintos, y con sus trajes y sus usanzas, con la gritería estentórea de hordas semibárbaras y los instintos de pirata, las dotes de soldado y navegante y sus artes é industrias.

Dos razas culminantes, más ó menos mezcladas, se destacan entre el grupo de advenedizos distintos que forman el cuadro etnográfico de la familia griega: los dorios y los jonios (figs. 290, 291 y 292), que por sus rasgos más salientes, sus más marcadas tendencias, su fisonomía distintiva y su más potente acción, parecen sobreponerse á las otras tribus hermanas.



Figs. 290, 291 y 292. — Guerreros del Peloponeso, dorio y griego
Estatuitas en bronce de procedencia histórica y traje heroico (estilo primitivo)

Los dorios, pueblo viril, enérgico, sufrido, algo duro, y rústico por comarcas, tenía en la Grecia antigua un color etnográfico é histórico marcadísimo. Aislado en varias regiones, conservó invariable el sello originario de herencia hasta tiempos muy modernos. Es el tipo de sencillez, de vida parca y sobria, de actividad colectiva y empeño pertinaz: era apto por su constancia para las empresas arduas, las acciones empeñadas que realizaba pasivo, con vehemente acometida, con tenacidad de labriego ó de trabajador marino. Fué

el pueblo de las grandes pruebas, de campesinas usanzas y disciplinadas costumbres. Su importancia está indicada en haber creado cinco cosas muy importantes en Grecia y que perpetuaron su nombre: la lengua, el modo y ritmo de la poesía, de la música, de la danza y de las formas de arquitectura: en cada una de estas cosas fué un maestro remarcable, que transmitió el arquetipo por las regiones helénicas en todos los días de su historia.

Su procedencia es asiática de la vecindad del Cáucaso; la estación intermedia lo fué sin duda la Tracia, Macedonia é Iliria, bajo el país de los dardanes y las regiones hiperbóreas, y su definitiva estancia el centro y parte baja de Grecia, señalada por la *Doride* al Sur de la Tesalia, el centro y Sur del Peloponeso y el Oriente de Italia, donde estableció colonias. La Frigia y la Bitinia, porciones de Asia Menor, tuvieron con ellos relaciones, transitorias por lo menos. Apolo y Artemisa eran sus dioses principales, que tuvieron culto en los santuarios de Delfos, Delos, Creta, en el valle de Tempé, en Beocia y en el Ática, hallándose huellas de su influjo en Trezena, Tenarum, Megaria, Thoricos y Leucates, é importante representación en Arcadia con el Apolo Nomios, con las muchas leyendas de Latona y sus hijos. Zeus (ó Júpiter) fué también una de sus primeras divinidades, y como descendiente de Apolo por su carácter médico, lo fué asimismo Esculapio. Hércules, Teseo y otras divinidades tenían su culto especial en Arcadia principalmente, donde grutas, bosques, ríos, montes y desfiladeros estaban sembrados de sus leyendas y tradiciones míticas. La poesía, la música y la danza rítmica poseyeron en la antigüedad su modo grave con caracteres de estilo. El arte y la arquitectura tuvieron escuelas y artistas, formas pecu-



Fig. 293. — Licurgo, en una moneda de Esparta

liares dóricas que se impusieron al buen gusto de la Grecia adelantada y fueron á la vez sus maestros: el realismo imitativo impregnado de arcaísmo de la escultura dórica aprendido en la palestra, y el simbolismo religioso, severo y tradicional, con carácter de misterio inspirado en los oráculos, fueron enseñanza grave para el progreso de la plástica; y el grandioso é imponente dórico de la arquitectura clásica dió un prototipo selecto, uno de los dos monumentales y el tipo privilegiado de Grecia, que expresaba solidez y magnificencia. Tuvo en el período clásico admirables modelos en el Partenón y otros templos de divinidades severas, y en Pesto y colonias de Italia el gigantesco esfuerzo del dórico majestuoso. Llegó á tanto su prestigio, que aceptado por las escuelas y metodizados sus ritmos, su escala de proporciones fué el estilo peculiar de determinados templos (1). La estética de aquel pueblo era en arte y otras cosas de un sentido etnográfico y valor real histórico; debiéndose inferir que los dorios consideraban la belleza «como consistiendo más bien en proporción, regularidad y armonía, que en superabundancia de esplendor y atavíos (2).» Así se halla demostrado por la métrica y la poesía, la danza y ejercicios corpóreos, la plástica y la arquitectura.

Fueron los espartanos el pueblo más señalado de esa raza varonil. Pueblo de organización militar y de constitución monárquica, rígido en sus leyes, austero en sus costumbres, enemigo de placeres, frugal, activo y estoico, casi insensible al dolor por fuerza de educación, entusiasta por la patria ó por la gloria pura y que sabía morir por ellas, entre cantos y sacrificios, engalanado de fiesta y ornadas las sienes de cintas y de laureles, cual de ceremonia otros griegos; era un pueblo admirable que embriagado en ardor bélico dió durante quinientos años pruebas sin cuento de haber sido muy grande y el más dórico de los griegos. En arte produjo bastante, aunque no alcanzó jamás la importancia de Atenas y otras ciudades del Peloponeso; tuvo su arquitectura propia aplicada á los monumentos públicos, y fué por sus grandes obras é insignes maestros ciudad promotora del adelanto escultural entre el siglo VII y V: en ello fué un centro histórico de la plástica arcaica que Chartas y Syadras, Clearco de Región, Teletas y Aristón, Cratino, Gitiadas, Baticles, Doriclidas, Dontas, Medon, Theoclés y el adelantado Gorgas han hecho de forzoso estudio; y en la música y la danza, la poesía por sus odas morales para educación del pueblo y enseñanza de los efebos: su dialecto vigoroso, enérgico y algo rudo, pero preciso y breve, se prestaba en la poesía á la medida viril de disciplinada masa y de pueblo militar. No había placeres ni goces, no había lujo en Esparta ni aparato en aquellas viriles costumbres, y no había artes de estímulo, de afeminado espíritu ni de suave deleite. La vida frugal, activa y estoica, se ha dicho (3), comprimía el ingenio, aprisionaba la fantasía; mas no faltaban allí por eso levantados sentimientos, que son poesía legítima del alma inspirada, sublimado amor de patria y de purísima gloria que daba pábulo al arte, como le dió al heroísmo. Desde Licurgo (fig. 293) á Arquidamas dió la escultura espartana actividad al ingenio, modelos de dioses á la fe pública, de héroes al patriotismo y de atletas á toda Grecia.

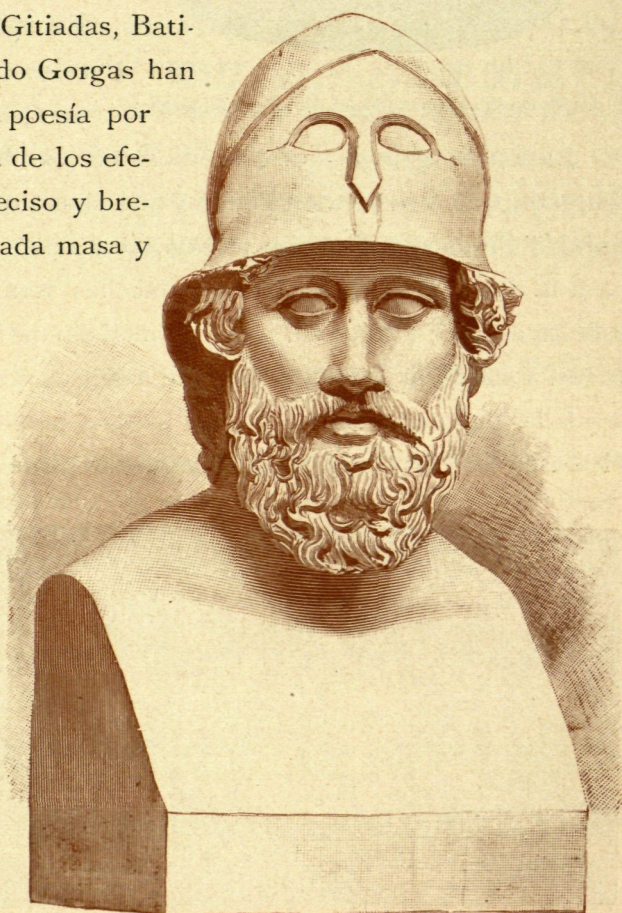


Fig. 294. - Pericles, busto en mármol del Vaticano

(1) Vitrubio: *Arquitectura*, libro I.

(2) K. O. Mull: *Der Dor. Bresl.*, 1824.

(3) Beulé: *Peloponese*.

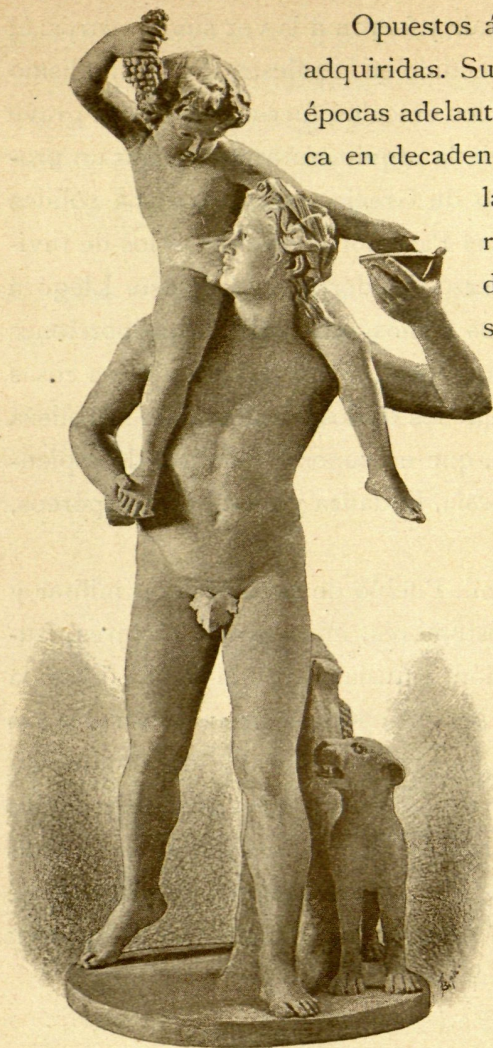


Fig. 295. - Fauno y Baco, grupo en mármol del Museo Pío Clementino, en Roma (de fotografía)

Opuestos á los dóricos están los jonios por cualidades naturales, históricas y adquiridas. Su carácter marcado es la elegancia, la afición á lo escogido, y en épocas adelantadas á lo selecto y exquisito, que bajo el influjo de Oriente se trueca en decadentes tiempos, en brillo y suntuosidad. Entre los griegos de Asia fué la vida de aparato, de goce y lujo magnífico, y toda producción moral ó acto de la costumbre fué trasunto señalado de esas tres cualidades. La lengua como los hombres, los trajes como el adorno, presumieron de elegantes, compuestos y acicalados, y el tipo griego más puro se convirtió en perfilado prototipo de hermosura, unida á la esplendidez. Pero esa misma hermosura, esa distinción y suntuosidad, se conservan con sabor clásico, mezclado á la rigidez dórica entre los semijonios de Atenas, dando á todas las cosas la selección escogida y medida delicada, simplicidad exquisita, grandeza y majestad que constituyen el aticismo. Aquel corte medurado y de finura rítmica, que así aparece en el tipo como en las maneras y aire, en los rasgos de ingenio, como en los frutos del talento, en el epíteto y en la frase, en el ademán y el porte, en los pliegues del traje, como en el buen gusto del vestido, en el adorno y el tocado, como en las formas del desnudo del mancebo y la doncella, es peregrina rítmica; en la poesía y la música, en la danza y el coro, en la escena teatral y en la selecta escultura, es el modelo más perfecto de arte y de obra plástica. Homero, Píndaro y Fidias, maestros; Herodoto y Platón; Praxiteles y Escopas; Pericles (fig. 294), orador, é Ictino y Mnesicles, arquitectos sin ejemplar, forman tipos característicos de aquel modelo de aticismo.

La lengua griega ¡qué armoniosa en los libros de Herodoto, modelo de lenguaje jónico y de músico lenguaje; qué atractiva en Platón y qué encanto en los poetas, desde Safo la apasionada ó desde el incomparable Píndaro á Teócrito y Bion, con jónico embeleso! Y el ritmo de la música del modo jónico puro para la danza cadenciosa de las doncellas atenienses; la *pírrica* acompasada en los efebos de hermoso y esbelto cuerpo; el arte sin igual de modelar la frase como en pulido bronce corintio ó en fino y luminoso paros, y hasta la gracia ó arte de ceñir el cuerpo, de plegar el manto y túnica, de calzar la ajustada sandalia, de ornar el rostro y la cabeza peinada con primor en las bellas de Lesbos ó de Atenas, de Heltasen en Argolide y de Mileto, dan prueba de la peculiar naturaleza, del plástico organismo, del

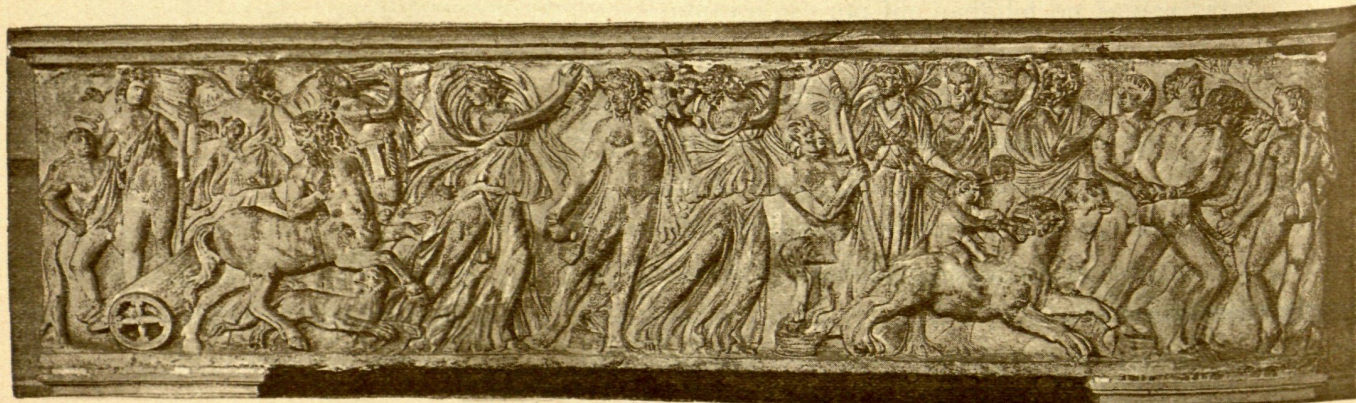


Fig. 296. - Triunfo de Baco, bajo relieve de un sarcófago, existente en el Museo degli Uffizii de Florencia (de fotografía)

ritmo vivo, sentido y exquisito de las ciudades jónicas.

En la poesía y las letras casi todo es sabor jónico, por sufrir el influjo de la sapiente metrópoli: la fuerza de fantasía, la galanura de la frase, el corte local de estilo, los caracteres de raza, el deseo de aura popular ó la inspiración en la vida, en los tipos y personajes, la concepción de los cuadros conforme á modelos vivos que retrataban fielmente dioses y semidioses, héroes y políticos ó ciudadanos libres conocidos de su patria, dió á la literatura, á la filosofía y á la historia color de región geográfica y de influjo ateniense. La métrica de corte jónico se señala, también al igual que la dórica, por gusto y períodos regionales afectos á cadencias y medidas y á hermosísima rima natural armoniosa y por la fluidez de su estilo. La música con que se hermana y que acompañaba la poesía tiene esas cualidades desde primitiva época. La flauta y la lira de seis cuerdas eran instrumentos jónicos que cambiaron á Apolo su austero carácter dórico por el Apolo Musageto, convirtiéndole en dios culto y dios de la melodía, con su coro de trece musas tañedoras de instrumentos. ¡Tanta fué la influencia etnográfica! Los sátiros y los Panes con sus flautas campestres, compa-

ñeros bulliciosos del despellejado Marsias castigado por Apolo, y toda la cohorte báquica, tomaron también carácter plástico, elevado y noble por el influjo jónico (figs. 295 y 296): los feos engendros de los bosques, materialistas y sensuales, que la pastoril Arcadia produjo al susurro del aire, al ruido de las cascadas, al ritmo acompasado de las fuentes y los riachuelos y tras los remolinos de hojas agitadas por el viento, moraron con otra poesía, convertidos en tipos bellos, en espirituales tipos finamente sensuales, en las ciudades más cultas. Atenas y el Peloponeso les hicieron ideales. Fué el espíritu jónico el que por obra del arte transformó en seres cultos, atractivos y poéticos todos los engendros rudos, los seres mitológicos campestres y rústicos de las comarcas dóricas.

Mercurio ó Hermes, Venus ó Afrodita, Dionisos ó Baco, Marte ó Arés, Poseidón ó Neptuno, dios de las costas marinas, algunos con tradición pelásgica, la Argivia Hera y Atena ó Atenea, Palas ó Minerva, representan en la vasta extensión de sus caracteres, antiguos y nuevos, tipos mitológicos de las regiones pelásgico-helénicas ocupadas por los jonios. Un ciclo histórico después se reunirán á los otros dioses para formar el Olimpo; pero antes, agrupados ó solos, son los seres protectores de pueblos, familias y ciudades. En Homero y Hesiodo son los defensores activos de helenos y troyanos. Su carácter de entonces ó posterior representa las cualidades de comerciantes, navegantes, agricultores, industriales y guerreros de las comarcas que les tomaron por apoyo y fueron sus protegidos. Y á medida que los tiempos adelantaron y progresaron los pueblos, fueron los dioses de la cultura, y algunos, como Afrodita (fig. 297), los que ampararon el comercio de orientales usos, goces y vida sibarítica de la juventud epicúrea. La gran familia jónica tuvo sus dioses corpóreos, que con caracteres humanos opusieron suaves leyes y amables costumbres sociales á la rigidez de los dorios.

En el arte arquitectónico creó aquella familia el estilo de su nombre, elegante y distinguido, para suntuosos templos. Como el estilo dórico expresaba solidez, así expresó el bello jónico sobria galanura de forma, gracia y hermosura ática para edificios de dos altos, en que el superior era jónico, ó para columnatas

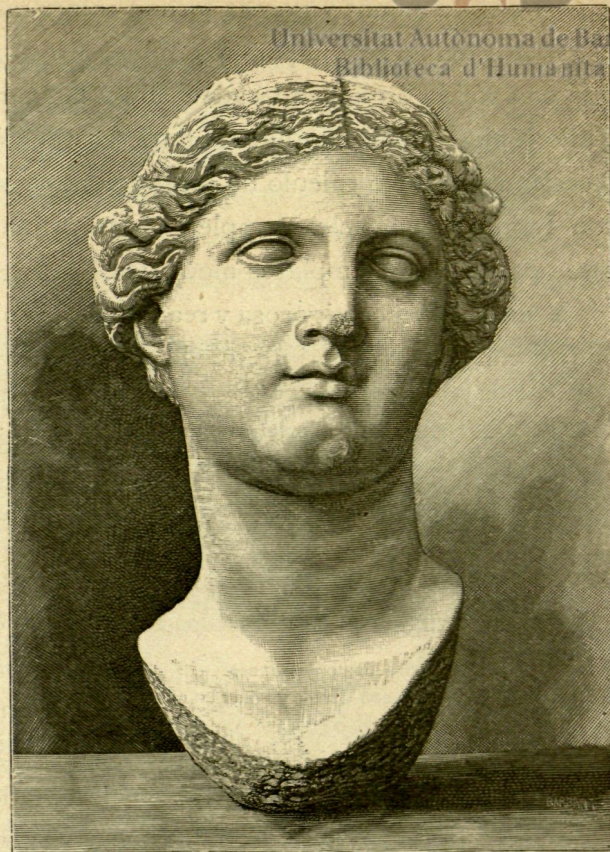


Fig. 297. - Mármol llamado la Venus de Tralles (Belvedere de Viena)

y pórticos de menos vigorosa forma: compárase el dórico viril al cuerpo del varón fornido, mientras que el esbelto jónico se equipara á la mujer airosa por arquitectos romanos (1). Era ligero de apariencia, aunque con sólido organismo y adecuado á las partes y fábricas de menos resistencia. Y el pueblo creador del estilo jónico mondó también al dórico estilo de su rudeza y originaria pesantez, reorganizándole con perfección, con nuevo cálculo de proporciones y suavidad de líneas, que en el Partenón y los Propileos dieron Ictino y Mnesicles completamente organizados. Los templos del siglo v en Atenas y en Éfeso, ú otras partes, son ejemplares modelo.

Y en la plástica vigorosa y realista de los siglos vi á v, en la adulta y magistral del v; en la encantadora é ideal con sensualista tinte que hace deleitoso el iv, y en la agraciada con artificio ó *afectada* por el *pathos*



Fig. 298. - Busto de Atenea
Tetradracma de Atenas con Cástor y Pólux en el reverso

rodio ó el gusto ampuloso y complicado, rebuscado en algún modo de las escuelas asiáticas, fué la ideal ó realista escultura producida por los jonios modelo de toda la Grecia, que por ella olvidó sus estilos y las enseñanzas de otros pueblos, que no le han hallado par. Jonios crearon la pintura y decoración mural colorida ó polícroma desde Cimón y Pericles á Alejandro, y dieron á Grecia nuevo género de producción artística haciendo más agradables los pórticos y los santuarios de los dioses.

Por ellos la decoración pintada se extendió á edificios de pública y civil importancia, y andando el tiempo á las moradas de príncipes ó potentados, y como extensivo gusto á las villas y casas de campo. La civilización de Grecia se depuró por obra suya, haciéndose pulida y selecta y después más refinada. Como el valioso oro sacado vulgar y oscuro de la mina de los pueblos, se hizo en sus manos bruñido, después de pasar por el crisol del artífice más primoroso, el jónico atildado.

Atenas, maestra y señora de toda la sapiencia griega (figs. 298 y 299), fué la que con su mezclado espíritu jónico-pelágico, y algo dórico por el cruce de familias (aunque fuera ligero el cruce), marca entre los jonios el punto más elevado, el sublimado ideal de sus rasgos etnográficos. Ella, señora de mares, rica y poderosa á veces, metrópoli en tiempos de Pericles, que impuso su poder al Ática y le extendió al Peloponeso, á la Grecia superior y á las islas del Egeo después de las guerras Médicas, fué la que opuesta á Esparta en raza, importancia y fuerza, dió á las costumbres y á la vida, á las usanzas y trajes, al saber y á las artes, el prototipo antiguo de pueblo adelantado y de superior valer: su nombre y su prestigio cruzaron mares y tierras, siglos y siglos de la historia, y permanecieron sin demérito hasta llegar á los nuestros. Destruída por los persas, reapareció más hermosa con los triunfos de sus armas, cubriéndose como heroína de preciosos joyeles con sus edificios sin par, y de magnífica diadema con la renombrada



Fig. 299. - Atenea escribiendo. Figura de un vaso pintado

Acrópolis; vencida por la envidia tebana y arrollada por Alejandro, crecióse ante el vencedor y le admiró en su grandeza; despoblada por los romanos, fascinó al cónsul y al César y les hizo esclavos de su valer. Roma, señora del mundo, inclinó ante ella sus águilas después de haberla saqueado y la hizo su maestra. En ruinas hoy, destrozados y deshechos sus pasmosos edificios, fragmentadas sus estatuas y borradas sus pinturas, enterrados sus despojos por la barbarie y la Edad media y por la fuerza musulmana, llena aún las bibliotecas de los más selectos libros, de la más sabrosa ciencia, de la filosofía más bella escrita con pluma de oro y de la poesía en relieve, de lenguaje encantador y más peregrino estro, y ve llegar peregrinos de todos los pueblos sabios, que, cual reliquias sagradas encerradas en un santuario, van á adorar sus despojos.

(1) Vitrubio: *Arquitectura*.

Atenas, opuesta á Esparta, representa en la historia griega un pueblo atractivo y marcado que causó y se impuso á los demás helénicos, más de una vez estimulados por la envidia y rivalidad. Pero el mayor enemigo del espíritu ateniense y su antípoda etnográfico era el viril espartano de otras ideas y costumbres y de dorismo extremado. Solón, legislador político, simbolizó de antiguo el espíritu ateniense con sus humanas leyes, opuestas á las duras de Licurgo. Entre Esparta y Atenas hubo histórico contraste y oposición de rasgos. A la dórica rigidez oponía el ateniense amable flexibilidad; á la rudeza, la cortesanía; á la sequedad de trato, afabilidad simpática; á la reserva, la elocuencia; al mutismo, la locuacidad; á la sencillez nativa, nerviosa y extrema viveza, perspicaz inteligencia y amenidad sardónica; á la naturalidad espontánea, cáustico espíritu burlón; á la parquedad imaginativa, sobra de fantasía, que corría ágil y se vertía sin medida y con exaltación á veces, en daño mismo de aquel pueblo; á la compresión social, la pasión popular; al encogimiento, la expansión; á la tirantez, la diplomacia; á la energía y severidad, la precavida astucia; al militarismo heroico, el entusiasmo público que arrancaba heroísmo; á la presión de la ley, la imposición del *demos* que hacía ley del veto público; al rigor y la obediencia, la libertad voluble, fuente de grandes acciones y causa de peligros públicos; á la ociosidad disciplinaria, la laboriosidad y la cultura agrícola é industrial de aquella ciudad modelo; á una aparente pobreza, la elegante sobriedad; á la vida frugal y escasa, la grata y confortable vida que hacía del traje gala, de las fiestas necesidad con el goce íntimo ó público que se explayaba en la ancha vía, ó en amigables reuniones, entre anfitriones entusiastas coronados de rosas y al acordado son de la flauta y la lira, de las picantes cantilenas y la incitante danza, y al compás de las esbeltas tazas llenas de espumoso vino. Y era Atenas la vida activa y el cerebro de Grecia. La elocuencia, la filosofía y las letras hicieron de Atenas una escuela, hallaron en Atenas un estadio y á través de dos siglos la erigieron en templo augusto. Allí se ejercitaron como nunca después esplendorosas las artes, la música y la poesía, la escultura y la arquitectura, que hicieron de Atenas la sabia un santuario de la belleza do se le tributaba culto. Jamás Esparta aspiró á ello, ni lo hubiera logrado. Las mágicas artes de la paz hallaron allí su paraninfo perennemente ocupado, animadas constantemente de sublimados acentos y del aura popular, que hacía coro á los artistas; opuestas á las artes de la guerra, que fueron sólo en Esparta, y en la Esparta de días heroicos, la educación ciudadana. En la ciudad de Licurgo vivía el hombre en perpetua escuela, el joven como esclavo en pensionado de toda su mocedad, aprendiendo y vertiendo conceptos de buen sentido que le hacían racional y amante de su patria y de la disciplina de raza; allí ejercían los pedagogos y los maestros rígidos sus severas enseñanzas; la filosofía semi-estoica en forma de poesía docente, y los entendimientos de más fuerza se aplicaban sólo á enseñar conforme á aquel plan disciplinario y de militar aspiración: ponían sólo en formas concisas, en máximas y preceptos, en cantos y poesía sacra, en mandamientos dogmáticos que el discípulo aprendía y debía practicar sin apelación ni dudas, el práctico saber y la moral filosofía, que inclinaban al respeto al supe-

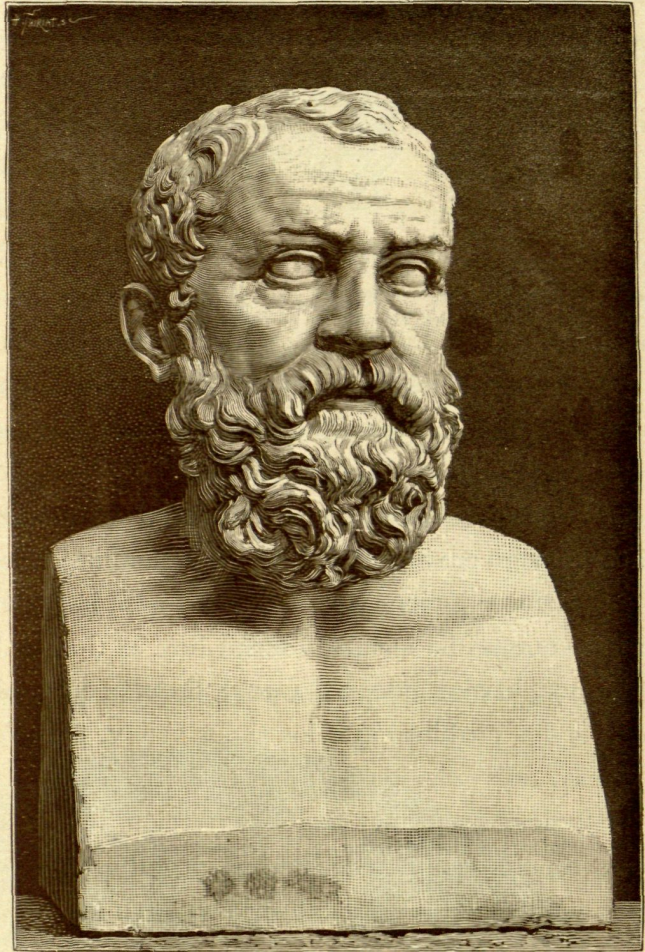


Fig. 300. — Solón, busto en mármol del Museo de Nápoles

rior y á la ley, al culto y á sus dioses, y contribuían al propio tiempo á la defensa de la república.

En cambio, con todo y esas ideas, ¡qué diferencia existe con la cultura de Atenas, hecha en espacio, so pórtico y bajo los umbrosos plátanos en que vegetó la augusta ciencia, y la más alta filosofía, en que se adiestraba el pueblo en la sapiencia pública! ¡Qué diferencia con aquel saber maestro del *pécile* y del gimnasio, donde se hacía bello el cuerpo y se formaba el espíritu; con los grandiosos teatros, en que ofrecían los eximios poetas sus producciones admirables y se explayaba la música en coros armoniosos; con el Pnix famoso, donde encantaban los oradores con su artística elocuencia, y con toda plaza ó sitio público que era teatro y palestra para adiestrar al hombre en elocuencia política con escultural lenguaje; donde el entusiasmo popular y el amor á la patria eran una pasión y un arte,

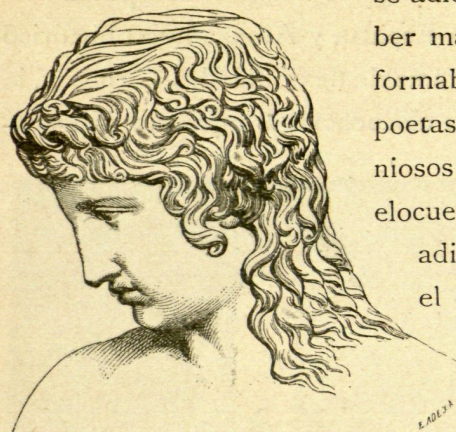


Fig. 301. - Cabeza en mármol del Eros atribuido á Praxiteles, existente en el Vaticano

aprendido de los maestros y sentido por un pueblo que tenía locura patria!.... Allí era el arte maravilla, y jamás arte sagrado de Esparta, ni de país alguno, moldeó con humana forma ó con lineamientos tan grandes sus obras monumentales. Atenas, maestra de Roma, es y será por los siglos maestra ejemplar del mundo, y no hallara com-

paración en aquella Esparta heroica que llevó á morir sus héroes con sin igual audacia en el paso de las Termópilas. Porque esta inaudita grandeza es sólo la del soldado, mientras que la grandeza de Atenas es el esplendor de la grandeza y de la soberbia cultura. Aquéllos eran los dorios de señalado abolengo, de raza pura y altiva, á quien zaherían los atenienses por rudeza y sencillez, y éstos el pueblo ejemplar, aunque algo envanecido, de entre la familia jonia, que dictó más bellas leyes con las leyes del buen gusto.

Dorios y jónicos juntos presentan en la historia humana el tipo más distinguido de la raza indo-europea que se ha señalado hasta hoy, el tipo de belleza plástica y de mayor inteligencia que se ha dado por modelo (figs. 300, 301 y 302). Existen entre ellos diferencias que expresa la fisonomía de la estatuaría de los dos pueblos entre los siglos VI y V, y mayor vigor y rudeza, tal vez vulgaridad, en el rostro de los dorios; mayor belleza de forma, mayor perfección de facciones y pureza de contorno, en óvalo más elegante, trasunto de más fino espíritu, en los perfilados jonios y en los moradores del Ática. Mas las diferencias de tipo no son al parecer tan radicales como las diferencias de espíritu. La estatuaría que nos queda de diversos períodos ofrece un sello común de raza que, más ó menos realista, se impone desde luego como tipo nacional é indo-europeo puro. Ese tipo ya formado es el que se halla en las estatuas de los buenos tiempos á contar del siglo VI, antes de la era común, tipo de singular belleza, recuerdo feliz de aquellas admirables cabezas de los héroes helénicos, Aquiles, Nireo, Euriale y Polixemo, bellos como dioses, según la expresión de Homero. Esos nobles rostros son *el espejo del alma*; reflejo de aquel armonioso acuerdo entre el cuerpo y el espíritu que explicaron los griegos, y que se admira aún en sus figuras.

Perfecto ángulo recto y línea tirada y unida, suave y ondeante, ofrece el ángulo facial; delgada y prominente nariz, algún tanto aguilena, de cuadratura marcada, que se une con la frente por un trazo común, dan al rostro distinción. La frente baja y reducida, levemente circular y relevada de los mancebos y doncellas, aumenta el realce del



Fig. 302. - Apolo, cabeza en mármol existente en el Museo Británico

rostro saliente y destacado, y acrecienta su atractivo por ese contraste de medida y su sencillez de forma. Las cejas y los arcos superciliares son simples y agraciados con ligera ondulación, arqueados con suelto trazo ligeramente elíptico, y el ojo, de saliente párpado, lleno ú ovalado y de prolongado globo y mirada tranquila, aumenta la noble distinción de la frente y la nariz. Son muy abultados los labios y muy lleno el inferior, su boca bien dibujada, algún tanto entreabierta y de pequeño tamaño. La barba, también saliente y grandiosa con rotunda línea clásica, aumenta el juego de trazos y marcadísimos planos entrantes y salientes que empiezan en la nariz y hacen variado el contorno de la parte inferior del rostro. El conjunto de ese perfil da con su oposición de partes verdaderamente esculturales atractivo de obra plástica. Un elegante óvalo de trazo bello y *sentido* cierra en las caras de frente las indicadas facciones, y un modelado suave, rico en pequeños planos, ofrecen las mejillas, llenas de depresión, de frescor y lozanía. No son grandes las orejas, acentuadas y bellas, y redondeada la mandíbula, llena y de curva marcada que da escultural remate al ovalado rostro. Encuádranse los cabellos, cortos, crespos y de pequeño rizo, adheridos á la epidermis, y especialmente á la nuca en los efebos y atletas; levantados como *estefane*, como *corimbo* ó diadema encima de la frente, ondeantes por el esférico cráneo y sirviendo de marco al busto, jugueteando por las sienes y mejillas y cayendo con descuido en caprichosos bucles y ufanas matas de pelo sobre el cuello varonil. Es ese tipo bello, hermoso á las veces, ideal aun siendo real, de una armonía encantadora y de perfección sin par, sobria en todos los detalles; el encanto de los mancebos, las doncellas y los juveniles dioses y el prototipo de hermosura y de facciones perfectas (figs. 301 y 302).

Un cambio original de carácter se observa en los bustos de hombres y mujeres, que hace varoniles las doncellas y tomar de ellas á los varones gracia, distinción y belleza. Estas tres cualidades y la finura de líneas y modelado son mayores en las mujeres, cual Venus, Safo ó Aspasia (figs. 297, 279 y 280); menos sensible en los adultos, como el Marte de Munich (fig. 287), y en los adultos viriles, cual Pericles (fig. 294) ó Platón (que son tipos de belleza), y conserva en los ancianos (como el retrato de Aristóteles) (fig. 286) y en los de barba poblada, como el busto de Solón (fig. 300), aquella noble gravedad reflejo de sus entendimientos.

Debió ser algo ideal el rostro de algunas estatuas en los siglos v y iv, y de un ideal muy marcado en los de siguientes siglos, cual el del Apolo del Belvedere y la Venus Medicea, que afeminaron los tipos por fuerza de idealidad. Mas la semejanza de rasgos y de local fisonomía que ofrecen en todos tiempos, puestos á comparación en centenares de cabezas de héroes, dioses y hombres, dan el convencimiento de que hubo copia inspirada del tipo real de los griegos, que se conserva aún. Nótase, sin embargo, que hubo cambios esenciales en el transcurso de seis siglos, pues son asiáticos los tipos de puntiaguda nariz en los vasos pintados, primitivos y más arcaicos y en los frag-

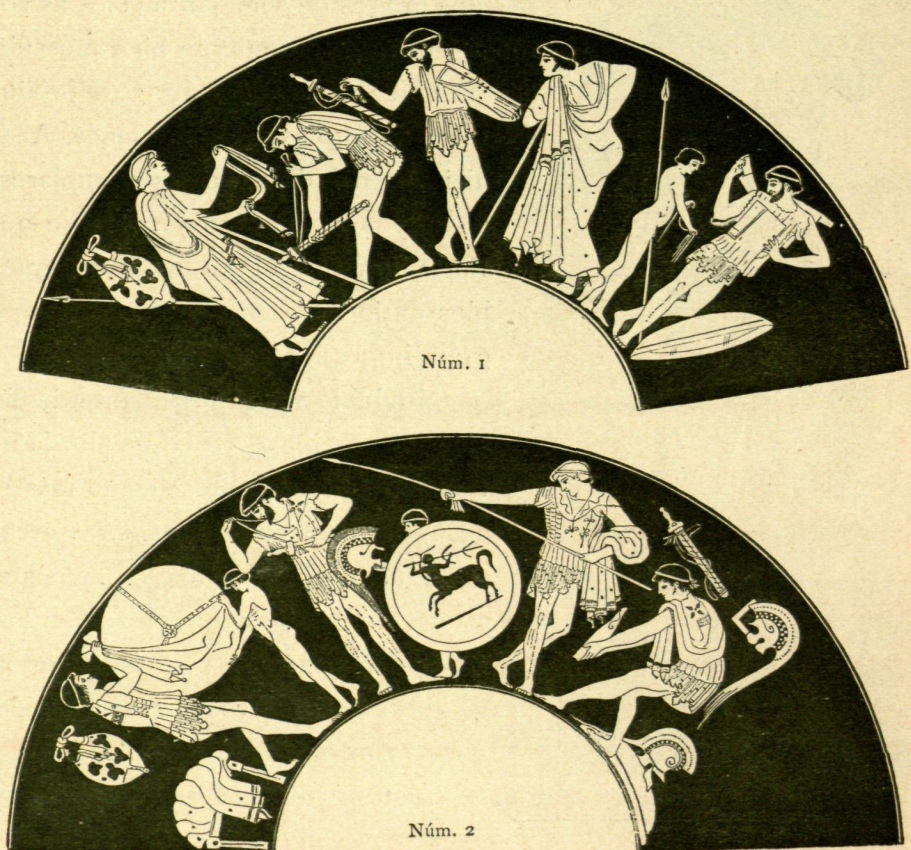


Fig. 303. - Ejercicios de los efebos, pintura de un vaso

mentos que quedan de los comienzos plásticos; mejorado en el VI siglo con el tipo egineta de mandíbula saliente, nariz de prominente base y cuadratura y ojos grandes y saltones. Perfeccionado después con Mirón y Ageladas, se hizo de noble semblante y aire culto de familia con Policleto y Fidias. La escultura posterior dió mayor encanto al rostro é idealidad á las facciones con Praxiteles y Scopas, y un tipo sentimental de cara deprimida en tiempos de Alejandro y siguientes. Asegúrase con razón que la influencia del clima y del medio natural, de la sociabilidad y el adelanto, perfeccionaron los hombres como la civilidad y la cultura: fueron causa de progreso los elementos naturales, como lo fué el medio social en la raza indo-europea originaria de Asia que pobló el suelo griego. ¡Don envidiable de ese suelo, del clima y temperatura y del género de vida que con ojo perspicaz entrevieron desde antiguo Hipócrates y Aristóteles, que así cambiaba á los hombres de rudeza semibárbara en seres extraordinarios hermosos de cuerpo y espíritu!...

Importante fué también el resto del cuerpo de aquellos naturales por lo que tiene de agradable y bien formado. Las estatuas todas, desnudas ó vestidas, dan idea de un pueblo esbelto, airoso, suelto de movimientos y sumamente activo; dispuesto á los ejercicios corpóreos, á las acciones sostenidas y las empresas de empuje que requerían fuerza, energía y nervio. Contrasta su figura con la de los asiáticos obesos, con los fornidos asirios de apariencia más flemática y de temperamento linfático. Parecen en algo á los egipcios delgados y esbeltos del Nuevo Imperio (figs. 263 y 272), más á los agraciados del período saíta, aunque no presentan aquel contraste de proporciones, y sobre todo se parecen á los greco-fenicios de Chipre, con quienes tuvieron muchos puntos de semejanza (1). Las condiciones naturales y de marino dieron á unos y otros cuerpo bien musculado y vigoroso, y los ejercicios gimnásticos bien ordenados (fig. 303) produjeron en los griegos mayor armonía y belleza de formas y proporciones. Acaso estas circunstancias sean las que hicieron del desnudo los ejemplares humanos más bien organizados y de mayor regularidad y atractivo que ha producido la humana especie. Basta poner á cotejo las figuras que ha dejado el arte de todos los pueblos antiguos y clásicos para ver qué familia aventajó á las demás en grata impresión externa.

No debió ser generalmente de elevada estatura el griego, mas por lo bien proporcionado tuvo de alto la apariencia (figs. 295, 303, 304 á 306). Por períodos presentóse como más bajo ó de menos esbeltas proporciones. Así acontece con las obras arcaicas y sobre todo con los mármoles de Egina. ¿Eran dorios los menos airosos?... Difícil es asegurarlo. La estatura influyó en que presenten las estatuas la cabeza no muy grande y bien sentada sobre el vigoroso cuello (2), que en los atletas es fornido, y á veces hercúleo asiento; el pecho y las espaldas son espaciosos, mucho más en los luchadores, cuyos pectorales y omoplatos dan prueba de forzado ejercicio; el tórax es más bien corto que lar-

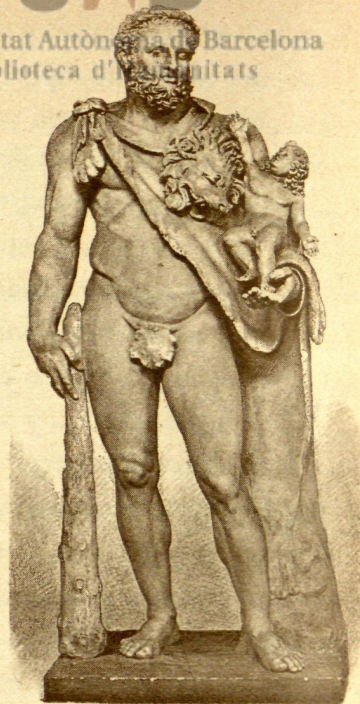


Fig. 304. - Hércules y Ajax, estatua del Museo del Vaticano (de una fotografía)

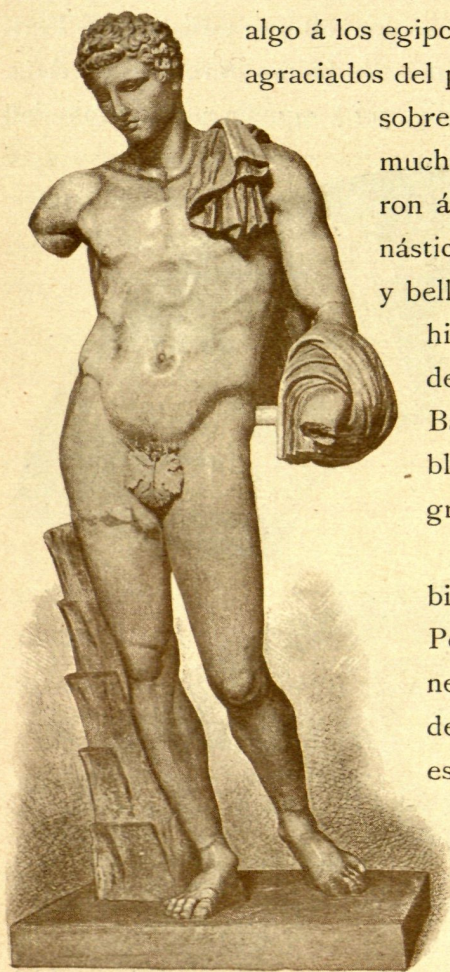


Fig. 305. - Mercurio ó Antino del Belvedere, Museo Pío Clementino, en Roma (de una fotografía)

(1) Véanse las páginas 87, 88 y 97 á 105.

(2) Aunque la figura 305 es de época romana está ajustada al prototipo griego.

go aun en el agraciado de las muchachas, cuya prolongación natural es distintivo del sexo; el vientre reducido, nunca protuberante, revela práctica de ejercicios corpóreos favorables á la agilidad. Es en la mujer el seno pequeño y bien modelado, y en hombres y mujeres, adolescentes y adultos, hombros, espaldas, pecho y cintura guardan afines relaciones en líneas y planos seguidos, y unidos, aunque acentuados, marcados, sin grandes entradas ni salidas, sin curvas rápidas, ondulaciones ni contrastes, como en el egipcio y el indio de ancho pectoral y cintura entrante.

Facilita esa suave regularidad de proporciones, líneas y planos, el bello desarrollo de los costados y de las caderas, que dan cierto honesto atractivo, cierto ideal encanto al centro del desnudo, más bien reducido que desarrollado. Diferéncianse en esto de aquellas figuras del Oriente de Asia cuyas caderas salientes tienen incitante y sensual desenvolvimiento. Muslos y piernas son en las figuras largos y esbeltos, de línea correcta y hermosa que ondea levemente con suavidad, marcando con arte natural, espontáneo, la fina ó varonil musculatura. La rótula, acentuada, cubierta por carnoso y delgado músculo, marca con escultural sentido el traspaso y enlace de la pierna y muslos, y la garganta del pie y el tobillo, delgados, revelan finura de condición y costumbres, ágil ocupación y actividad no mecánica. El conjunto de los dos miembros ofrece soltura, flexibilidad, rapidez, y expresa naturales ó adquiridas disposiciones para el salto, la carrera ó la marcha rápida, los ejercicios gimnásticos propios de los efebos, las muchachas varoniles y los bien organizados y aptos para las justas y fiestas. En las figuras de mujer la mitad inferior del cuerpo tuvo todo el atractivo de la más selecta forma, encantadora y lozana. Corresponden los brazos á las perfecciones del resto de la figura y expresan mejor aún la regularidad ordenada, el ejercicio bien dirigido con el fin de embellecer de los gimnasios y palestras. Deltoides, biceps y músculos del brazo y antebrazo son de abultados planos y líneas que ondulan con vigor. El codo y la muñeca aumentan el característico modelado de esos miembros del cuerpo, con su finura ésta, y aquél con su energía, en forma redondeada. ¡Qué enérgico y musculado es el brazo, qué vigoroso y hercúleo en los diestros forzudos que hicieron lucir su fuerza en las fiestas nacionales! ¡Y qué bellos en los mancebos y bien formadas muchachas, en las mujeres sin par que emulaban á los dioses!... Son, por fin, las extremidades de una perfección sin igual en la clásica estatuaria: ponían á prueba el cincel hábil, el magistral diseño de los escultores griegos. Mas eran á la vez naturales, tomados de pies no calzados con apretado envoltorio, de manos no trabajadas por mecánica, penosa y ruda labor que sólo ejercían los esclavos. Son aún y debieron ser en los educados griegos como manos de marfil ó de modelado mármol y á las veces de alabastro, y eran el signo distintivo de la liberal tendencia y aristocráticos usos de aquel pueblo democrático. El cuerpo todo, hermosísimo, á contar de la cabeza, alardeó en el helénico de su encanto natural, y era un divino engendro de aquellos dioses sin par que hicieron de la belleza sobrehumana perfección, y de la forma humana selección ideal.

Un autor antiguo del siglo V recordó cómo fueron los griegos antiguos, á juzgar por los de su tiempo que retrató á su vista. «Si la raza helénica



Fig. 306. — Baco ebrio, relieve del Museo Pío Clementino (de fotografía)

ha conservado su pureza, dijo, eran, cual son hoy, bastante altos, de anchas espaldas, derechos y sólidamente musculados. Tienen el cutis claro, constitución rubia, fuertes carnes y moderado desarrollo; piernas derechas y bien formadas, terminadas por finas extremidades; cabeza mediana y esférica y robusto cuello. Sus cabellos, algún tanto rojizos ó castaños, son flexibles y rizables con facilidad; su rostro es rectangular, los labios son delgados y la nariz recta. Sus ojos, algo humedecidos, miran con penetrante dulzura y tienen mucho brillo: entre todos los pueblos son los griegos los que tienen más hermosos ojos (1). Y este retrato de *visu* está en completo parecido con el que nos produjo la escultura en los mejores tiempos. El griego del siglo V, cual el del siglo XIX, es aquel mismo griego de los tiempos de Pericles.

Correspondía á su constitución física su típica organización de espíritu. Su condición de marino y de agricultor, con frecuencia montañés, le dieron vigor y energía moral, como se la dieron física; sus costumbres aumentaron esa energía y le hicieron con lo duro de sus ejercicios excelente soldado, defensor del patrio suelo y hasta del suelo extranjero, donde, como en Persia, Cartago y Egipto, fué guardia de honor de los reyes ó ambulante mercenario. Contribuyó no poco á ello la vida ardua de pirata de que vivían muchos isleños. El terreno montuoso, dividido y quebrado, que separaban las sierras; «las altas crestas rígidas de agreste arquitectura, los agudos picos y las escuetas cimas dentadas de vivísimas aristas,» que aislaban territorios, dividían los ciudadanos y separaban pueblos, dándoles fisonomía característica y distinta ú organización variada. Crearon con los hábitos agrícolas é industriales y la común vida de mar el espíritu regional, el democrático, el federalismo perpetuo, la legislación y usos durables de pequeñas comarcas y un amor á la libertad, á la independencia humana, que sólo tenía por límite el noble amor á la patria y el más vivo á la ciudad.

Patria, ciudadanía, democracia, libertad é independencia fueron de antiguo tiempo el común grito ó la general aspiración de todo hijo de Grecia, que en su vida y sus costumbres, en su trato y sus industrias, en su saber y sus artes se vieron marcados con un sello peculiar. En artes la patria, y mejor aún la ciudad, dió carácter á las obras, con localizadas escuelas; y la democracia y libertad hicieron con la forma humana iguales los dioses á los hombres. Para el griego era la patria el símbolo mas sublime, y la ciudad nativa el blasón de su bandera; mas entre la nación ó la ciudad optaba siempre por ésta. Efecto fué de la división montuosa del quebrado territorio. Era la patria ciudad antes que la patria nación, y desde remotos tiempos se entendía de este modo con los héroes de Homero el sentimiento patriótico. Toda la cultura griega se doblegó á tal sentido, y al crear el arte escuelas optó por la ciudadanía. Sin esa noción de patria no se entendiera bien la geografía del arte griego en diferentes períodos, el cúmulo de escuelas en otros y el prestigio de ciudades secundarias, como Egina, Corinto, Argos, Sicione, Samos, Chio, Pérgamo y Rodas, que á las montañas y al mar debieron su especialidad.

A pesar de los lunares que ofrece la moral antigua, era el griego peninsular y en mucha parte el



Fig. 307. — Menandro, poeta cómico, estatua en mármol del Museo Pío Clementino (según una fotografía)

(1) O. Rayet: *Monuments de l'art antique*, c. II, 1880-81.

isleño comedido en sus costumbres y rígido en sus ideas, especialmente en tiempo antiguo y en los modernos y cultos anteriores á Alejandro. El arte respiró esa moral en sus obras principales, haciéndose notar el desnudo únicamente por el sentimiento de belleza, por el fin que le guiaba y por el encanto soberano que produjo en la escultura. Si en tiempos algo modernos decayó la moral pública y se extendió al arte un deletéreo influjo, debióse á incursiones de fuera y á la corrupción asiática, ó á usos libres de Oriente, que unidos á la disolvente acción de los sofistas y epicúreos, contaminaron al pueblo y barrenaron las costumbres. El prestigio adquirido por la etairas entre los hombres importantes y la juventud atenienses, halló uno de sus apoyos en el taller de los artistas á contar de Praxíteles. Los dioses, y especialmente Afrodita, reflejan en nuevas formas, con su actitud y su carácter, el cambio de la moral. Un tinte sensual, delicado, revela en esas imágenes el verdor de las costumbres y la viva ingerencia de espíritu materialista en el espíritu griego, que con todo y ser siempre fino, como de pueblo tan artista en todos los actos y obras, representa decadencia, propensión á viciar el buen gusto y el paladar exquisito con picante condimento. Menandro, selecto cómico, fué en

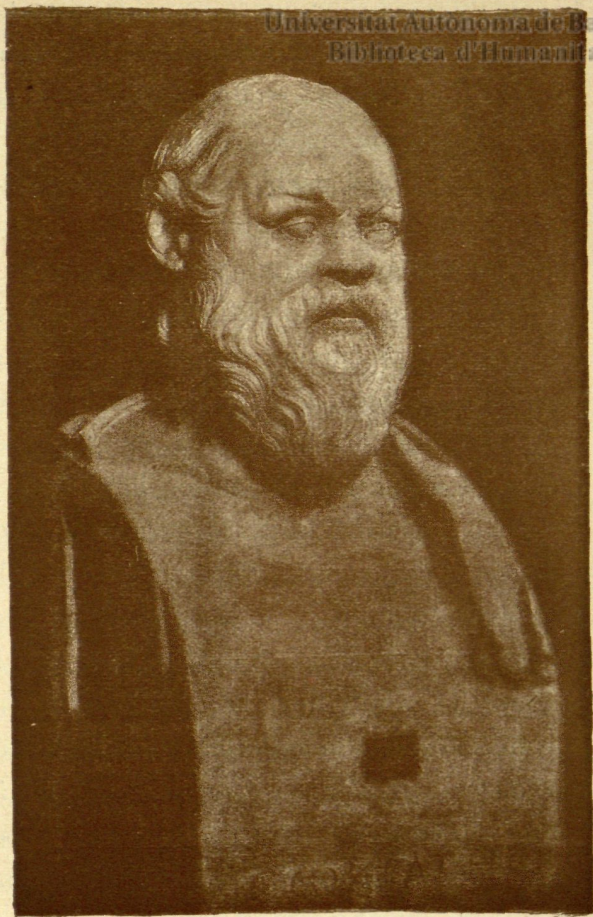


Fig. 308. — Sócrates, busto en mármol, en el Museo del Vaticano

sus escenas teatrales un pintor verdadero de esos cambios de costumbres y lleno de finezas (fig. 307).

Influyó ese gusto en la creencia debilitando el sentido de elevados conceptos y quitando la severidad á los tipos religiosos por obra del arte y la poesía. Los dioses de Aristófanes son los de una sociedad que tiende al descreimiento ó que tiene por lo menos ribetes de escepticismo. No son esos dioses grandes como los imaginaron Esquilo y Fidias, ni los dioses severos de tiempos más antiguos. Eran los dioses en ridículo que promovían en el teatro la hilaridad del público: los dioses de la comedia, del sainete y la farsa, «de que estaba descontenta ya la Grecia de Pisistrato, que buscaba en Oriente ideal de nuevo culto (1);» eran dioses de parodia á fines del siglo IV: de ellos reían los dramaturgos y los filósofos coetáneos, quizás hasta el ingenuo Sócrates (fig. 308), el más creyente de los griegos; eran los dioses que el arte hermo-seaba con la escultura por obra de la poesía y la imaginación popular; engendros de fantasía en que se adoraba la belleza; no un concepto simbólico, ideológico, moral ó de culto, sino una realidad estética. Era un tipo ideal en que se admiraba la forma sin trascendencia ninguna y se gloriaba á un artista; un culto tributado al genio y al arte por el más artista de los pueblos. Y por parte del artífice era un alarde de la personalidad, un *ludus* ó juego de la imaginación, ó una innovación de concepto en la iconografía politeísta. El adorador creyente ó el vulgo fanatizado no hallaría qué venerar en esas preciosas creaciones, y hasta juzgarlas podría objetos de aversión.

Era la primera vez que el arte fantaseaba con los dioses, y también la vez primera en que por amor á la belleza y fascinado por ella se hacía abstracción de lo divino en los seres inmortales para adorar lo humano. Era una depresión de los dioses el dejarles postergados al efímero y bajo mortal del pueblo. De éste eran imitación, tomando sólo por modelo las perfecciones humanas. Era un culto democrático en

(1) Ernesto Renán: *Lección preliminar al curso de lenguas semíticas* de 1862, París.

la copia y en el tipo: nunca se había visto tal. En el Oriente antiguo imitaban los dioses á los reyes, y eran éstos el prototipo en que se moldeaban los inmortales; mas ahora fué el pueblo quien dió el ideal modelo para la forma real inspirada en los poetas. Homero, cual se dirá, fué el creador de prototipos en que se inspiraron muchos siglos y semillero de artistas con las más notables obras; mas la realidad viviente y la belleza del pueblo crearon otro modelo con la forma natural. Y Homero, como Hesiodo, como los primeros aedas, cantaban las proezas de los héroes, á veces semidioses, y las empresas de los dioses, tomándolo de más antiguo, de una tradición ariana y tal vez ario-turania por fusión con los pelasgos.

De Oriente vinieron los dioses con asiática mitología y cosmogonía á la par, y desordenados después por el arribo de familias, formaron á la postre el Olimpo griego con la fusión de ramas arias y algunos recuerdos turanios. Venían del védico origen, del culto ario sanskrit y de la fuente originaria de los arianos de la India. La lengua griega guardó el tipo y algunas veces el molde en que se vaciaron los dioses. Mas era una propensión lingüística y un estímulo poético el de crear esos mitos que el griego contaba y creía. En la remota edad ariana tomaba la fantasía la expresión natural de los objetos reales, del cielo y tierra que adoraba en sus sensibles fenómenos por representación corpórea, y con la ficción de la imagen la convertía en personaje. Olvidada esa práctica hizo imagen de los conceptos, y dándole cualidades y acción en la vida cósmica por inspiración poética, formó mitos y leyendas, creó seres con fábula é historia, y dió á la plástica escultórica seres organizados que ésta convirtió en corpóreos: así nació la mitología que encontramos en la India y que transmitida á Europa con variantes y confusión por los pueblos indo-europeos, creó el politeísmo, que fué religión de los griegos. Traían los asiático-helenos sus mitos ya formados y sus venerados dioses, que ó fueron proscritos del culto público, relegados á orden secundario, ó que rodearon á Zeo entre las nieblas del Olimpo.

Cuando caen en manos griegas aparentan dioses vivos que tienen pueblos afectos, héroes y familias preferidas, á que dan protección apasionada y á quienes siguen y amparan á través de tierra y mares. Son ya los dioses de Homero y de la *Teogonía* de Hesiodo que gloriaron los poetas, y á quien dieron forma marcada y tipo histórico de raza los escultores y pintores y las escenas teatrales.

Mas por instinto nativo de la misma raza ariana, siguieron los griegos creando mitos, haciendo injertos de dioses, enriqueciendo sus ficciones con nuevas escenas y episodios fabulosos y locales, bordando sobre vasta tela, cual en otra de Penélope, tradiciones pintorescas y leyendas peregrinas que tenían por sitios de acción fuentes, lagos, cascadas, ríos, montes, breñas, desfiladeros y grutas, simas, pozos y sumideros, prados floridos deleitosos ó bosques y arboledas de ingeniosísimas leyendas. Los héroes y semidioses tuvieron en Grecia patria y el campo de sus proezas que admiró la antigüedad. Como las otras telas de más antiguo tejido dieron también éstas al arte, como dieron á la vida de moradores crédulos, nuevo lienzo en que copiar episodios y figuras. Fué una cualidad del ario el vivir de la ficción y adorar suposiciones. Y el poeta y el artista se gozaron en ellas dando sus más bellas obras con inspiradas piezas de un arte superior.

Poeta por naturaleza era el griego inventor, que hace poesía y mitos de los actos naturales y de los pintorescos cuadros que ofrecía la naturaleza. Entre las cualidades etnográficas del primitivo ario sobresale este instinto y cualidad desde el período védico. El ario posterior la mantuvo en los pueblos indogermánicos, unido con los celtas, y en el territorio griego aparece relevante por ingenio superior. En los autores clásicos se ve esa cualidad en la profusión de fábulas y en las muchas variantes de los mitos y los dioses: era todo una poesía que hilvanaban los autores tomándolo de las mudanzas hechas á la tradición. A Sócrates decía Fedro: «¿Es este mito verdad? (1),» como dando á entender la fecundidad inventiva de los fantaseadores atenienses. Del pueblo salían los poetas, y su rica fantasía era engendro

(1) Platón: *Fedro*, introducción.

popular con sublimado estro: formaba su poesía con inspiración latente y reunía dos cualidades al parecer opuestas: «una, el entusiasmo fogoso y sentimiento apasionado por la bella naturaleza, la rápida corriente de agitada imaginación, fecunda y brillante, y cierta intuición perspicua de la vida; y otra, la armonía de proporciones, delicadeza de gusto, que rehuía mezclas impuras y toda exageración; un justo discernimiento que antes que los griegos pueblo alguno, y pocas naciones después, poseyeron en grado igual (1).» Artísticas cualidades de raza ó de familia, de carácter etnográfico, que como propias é innatas tuvieron á la par de la poesía las artes plásticas. La música, la rítmica y danza eran de esas artes hermanas, y la filosofía y la oratoria se moldeaban en ellas, haciéndose por su relieve é inspiración fecunda, poesía, rítmica y plástica, música armoniosa y arte señalado.

El arte, moral y creyente durante larguísimo tiempo, popular por su criterio acerca de los dioses y mitos, fué inspiración poética hallada en la literatura y en las tradiciones del pueblo. Como forma era etnográfica expansión del sentimiento público á que en tiempos adelantados dieron vuelo los filósofos. Como gusto objetivo estético fué siempre una selección que desde remotos tiempos ejercieron los artistas. No fué creación original, en el sentido de invención; no fué una pura creación peculiar del pueblo griego; fué una refundición de interesantes conceptos, hecha en forma elevada y después exquisita. Como el aria de la India, como el iraniano persa, recompuso y escogió con señalado buen gusto, con gusto no igual hasta entonces, el griego de origen ario. Es el gusto instintivo crítico que distingue á esa familia entre los pueblos aristas, la finura en combinar, en modificar y rehacer, y la sin par fineza de ejecución y detalle. Hase llegado á suponer que sin el enlace con los pelasgos, con los pueblos turanios y tal vez con los celtas, no hubieran sido constructores de obras monumentales y de plástica selecta esos griegos de origen ario (2). Aquellos rudos arquitectos de imponentes acrópolis, de monumentales construcciones primitivas y rústicas, de cóncavos sepulcros suntuosos, de aras y templos de adoración supónese que engendraron, con el cruce de familias, el plasticismo helénico. Hay empero que conceder algo como á creación artística á los arios adelantados, y sobre todo á los griegos, y mucho que señalarles como á fina elección de lo superior y bello. Hasta el sobrio espartano, el más puro tipo ario de los que habitaron la Grecia, tuvo alguna parte, aunque sin gran inventiva, en producir monumentos adecuados á sus usos. Influyó la imitación en las demás comarcas, el estímulo y aguijón de Atenas; mas tuvieron la primacía entre el siglo VII y VI, como escultores realistas y productores de ídolos. La armonía superior que servía de aureola á la poesía y literatura se halla también en la plástica, y la inspiración realista que transformó la forma, que transfiguró la humana vida, hasta en el atleta y el efebo, son arianos elementos que no tuvo otra raza. El griego poseyó fantasía, y fantasía apasionada, por condición nativa, y la naturaleza toda que servía de escena al hombre con su variedad, su fin y diversidad geográfica, en montes, llanos, cielo, mar, de belleza y armonía, hicieron plástico al griego, flexible y rico productor de construcciones é imágenes con proporción y correspondencia admirables.

El cuadro histórico en que se desarrolló la civilización griega es también la escena en que se desenvolvió el arte. Conocidos los períodos queda encuadrada su cronología, y distinguiendo el color de cada época ó ciclo histórico, se aprecia debidamente el medio social que sirvió como de escena á aquel arte. En los pueblos orientales fué casi siempre semejante el carácter y color de cada época; mas en la historia helénica son tantas las modificaciones de vida social, tantos los vaivenes políticos, tantos los vuelcos de la fortuna de las ciudades preponderantes y tal la sucesión de las preeminencias de raza, que los cambios de fisonomía histórica son radicales y profundos, y van á la esencia de la sociedad: la vida

(1) Federico Schlegel: Oper. cit., lec. VIII. - *Griegos*.

(2) Es idea de Fergusson y otros arqueólogos etnógrafos que los arios no tenían necesidad de templos ni de imágenes para adorar á sus dioses.

griega, las costumbres y las aficiones toman por esos cambios aspectos distintos, y la literatura y la poesía, la oratoria, la filosofía y la música les siguen también: el arte, y en especial la escultura, efectúa mudanzas gravísimas, y la pintura nace al calor de esos cambios y fluctúa con sus evoluciones. Siete fases distintas recorrió la cultura propiamente griega desde la época pelásgica, y cinco períodos históricos tuvo el arte en formación á contar del siglo VII. La época pelásgico-homérica compone la que podemos llamar edad heroica y período antehistórico. Síguele otro ciclo ya histórico que empieza sobre el siglo X y va hasta el siglo VII: fué el de la incubación de ideas y formación de espíritu de las familias griegas. Un tercer período más interesante es el de los preludios del arte que empiezan en el VII siglo y termina en el VI. La época de los Pisistrátidas lleva por nombre ese ciclo. La guerra con los persas marca el comienzo de otra época de esplendor preponderante que abarca todo el siglo V. Del V al IV señálase el florecimiento del apogeo del arte con el auge mayor de las costumbres y de la civilización de Grecia. La guerra del Peloponeso es el fin de éste y da comienzo á otro que termina con Alejandro; fué el período del primer tercio del agitado siglo IV. A la muerte del macedonio comienza otro que alcanza hasta la invasión romana con gran extensión del arte. Y durante la dominación de Roma hasta el II siglo posterior á J. C. hay un período elegante, que es el último suspiro de la fecundidad de Grecia. Así marchó el arte fluctuando en el transcurso de once siglos.

La época heroica es aquel largo transcurso antehistórico que llega hasta el siglo X, y en que escritores griegos y eruditos modernos sólo hallan hasta hoy la confusión. Vivieron en ella pelasgos y helenos; siendo los primeros sin duda los que ocuparon la Grecia cuando llegaron los segundos, como se ha indicado ya. En ella aquellos aristócratas que gobernaban tribus, á veces insignificantes, y en crecidísimo número como los feudales de la Edad media; que cubrían sus escudos de empresas y sus castillos de escudos, vivían en el corazón de Grecia, en Asia, en las islas y en Italia. Su sello caballeresco es el pasivo y

bélico indicado anteriormente. Sus costumbres semibárbaras y su pasión por las ricas armas, por las preseas y adornos, indican un pueblo fastuoso é inteligente industrial en metalistería y platería, en finos trabajos de joyero, en modelar idolillos y en esculpir figuras, en cerámica y fundición y en obras de peletero; trabajaba el sílex y el hueso, el bronce, el oro, el electro y quizás hasta el hierro. Se le ha apellidado turanio y por algunos de injerto céltico, que se alió con los arianos para darles fantasía y sentimiento plástico. Es el pueblo de los misterios de ciertas divinidades y de los enterramientos fastuosos en sepulcrales cámaras que se han llamado *tesoros*, cubiertas de láminas metálicas fijadas por medio de clavos.

Siguiéronle otros pueblos que debieron imitarle construyendo monumentos. Mas, como hoy se asegura, antes de aquel tiempo son los pelasgos, pueblo emigrado á Grecia, los que producen las primitivas y gigantescas obras; y luego los helenos, que venidos al parecer del país caucásico, implantan su civilización y reproducen el arte de sus predecesores, mejorándolo y embelleciéndolo quizás. De los primeros son los restos colosales diseminados en la Grecia superior y el Peloponeso, en Etruria y Asia Menor, y los segundos formaron aun como el fondo del que se produjo durante el período calificado de heroico, desde los tiempos antiguos. Centenares de obras conocidas por pelásgicas se señalan en la Argólida, en

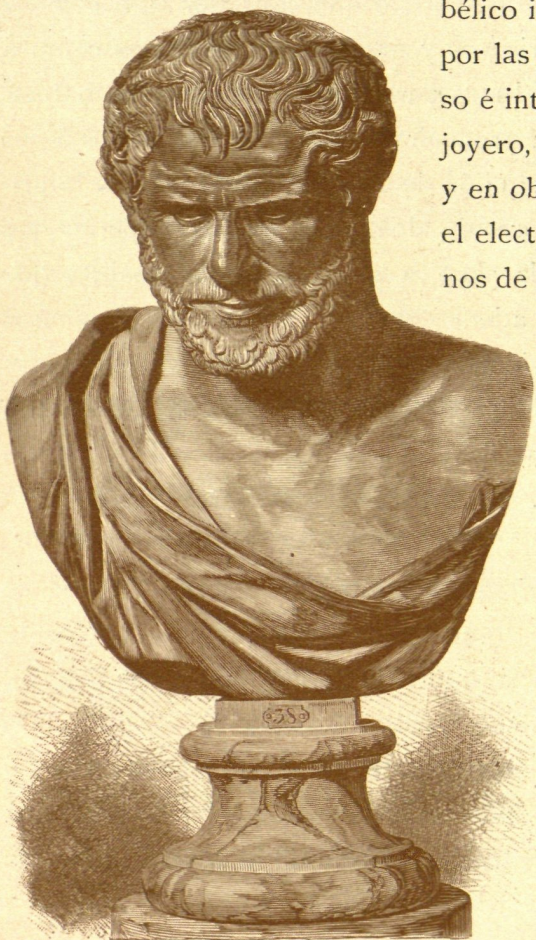


Fig. 309. — Demócrito,
busto en mármol existente en el Museo de Nápoles

Arcadia, Epiro, Tesalia, en Acarnania, etc., comarcas todas al parecer donde residieron los pelásgos. Consisten en murallas, puertos y construcciones subterráneas de carácter original, en montículos que parecen sepulturas y en ruinas de edificios de otras clases. Forman las murallas cercados gigantescos de importantes poblaciones y de palacios fortificados erigidos en sitios algo altos, hoy llamados *Acrópolis*. Eran palacios de los reyes y jefes de tribu ó localidad y lugar de defensa de los súbditos ó moradores acogidos á su amparo: recuerdos de aquellas fortalezas ó palacios que en Babilonia, Nínive y Ecbatana dijimos construídos sobre elevadas plataformas.

Estas rústicas construcciones, hechas en parte con enormes pedruscos, revelan un arte primitivo y mucha energía y esfuerzo de pueblos organizados. Llámaseles obras de gigantes, y eran razón lo son, pues recuerdan los trabajos ciclópeos de la *Giganteja* de Cerdeña (pág. 93). Los descubrimientos realizados en la segunda mitad de nuestro siglo marcan varios grados de adelanto en la industria pelásgica de Grecia y de sus islas. Santorín, Terasia y quizás Aspronisi, no juzgada cual las otras dos islas, señalan el más antiguo paso de un pueblo en la edad de piedra y de las primeras vasijas; Hisarlik en la Troada, donde hubo una antigua Ilión, es más adelantada ya; Micenas llena un tercer lugar con sus restos ciclópeos, joyas, armas y esculturas, quizás de dos etapas, y algunas de procedencias distintas: es la más rica en hallazgos; Spata, villorrio del Ática, le sigue en adelanto, y Ialiso en Rodas, Chipre con su platería semiheroica, Nauplia en la Argólida y Menidhi, también en el Ática, forman el quinto grupo de pueblos que han proporcionado restos de la época pelásgica. La sucesión de formas encontradas no prueba un orden regular, ni deja apenas fijeza de tiempo ni prioridad, pero demuestra mayor ó menor rudeza y semejanza de elementos dentro de un cuadro sucesivo y por completo racional. Es, á lo que parece, trabajo de seis á ocho siglos en el adelanto de un pueblo, y según autores afirman, los restos de la que fué Thera remontan á 2000 años antes de la era vulgar (1).

Entre los siglos XI y VIII hay la segunda gran evolución ya dicha de la cultura griega. Comienza en la época de las leyendas y acaba con el siglo IX, en que se ordenan éstas. Hubo entonces la más antigua poesía y la primitiva de Grecia: la epopeya antehomérica; Homero y sus poemas; los himnos de estilo homérico; el anuncio de los poetas cíclicos y las obras de Hesiodo (2) marcan esa sucesión de tiempos tres siglos después de Troya y de la vuelta de los Heraclidas, á lo que hoy cabe entender. Cantos, himnos bélicos, himnos sacros, epopeyas sublimes y los *Días* y *Teogonías* forman un cuadro admirable de otro período grandioso de gestación helénica y en que los pueblos aqueos preponderaron en Grecia. Concíbese que en aquel tiempo una revolución frecuente y una ebullición perenne agitaran la Hélade y las islas de los tres mares. Los fenicios eran entonces los intrusos que los amaestraban en las industrias y les preparaban al arte; y allá sobre el siglo XI contendían los aqueos con los egipcios, cual se ve representado en el hipogeo de Rekhmara con el nombre de Tutmes III. Fué el tiempo de los héroes míticos Hércules y Teseo, de Orfeo y sus cantos, de Cecrope el egipcio, de Danao, y en lo más remoto de esa edad, de la fundación de estados y primacía de ciudades; de los legisladores severos como Licurgo y Minos, y de los reyes hasta Codro en Atenas, y otros en el resto de Grecia, en lo menos lejano (3). La más preclara poesía y de mayor empuje épico brotó en ese período aún heroico, en los cantos homéricos, que como vasos de oro con engarces de pedrería deslumbran por lo magníficos. Y á la par de la poesía la historia, la geografía, la mitología y creencia, y una natural filosofía, que no fué la de Demócrito (fig. 309) ni Platón, aunque esplendorosa y pura, manaron transparentes del manantial homérico. El arte, que todavía era industria, influído por extranjeros, producía preseas y joyas, tazas y armas suntuosas. Ejemplos son muy curiosos para estimular al arqueólogo los de la *Iliada* y la *Odisea*. Y los restos encontrados, que se

(1) Fouquet: *Memorias acerca de Santorín y sus erupciones*. Archivo de Misiones científicas, tomo IV, París.

(2) O. Muller: *Istoria della litterat. greca*, tomo I, Firenze, 1858.

(3) Mencionamos algunos nombres como jalones cronológicos, como entidades simbólicas, no como figuras históricas.

atribuyen á esa época, tienen un sello más moderno, entre fenicio y griego. La vida pública aparatosa estaba aún en los alcázares, en las tiendas, en las naves y en las empresas arduas de una edad todavía bélica. Y el hombre sencillo y rudo labraba su campo tranquilo, ó empuñaba el arma fatal á merced de su señor.

Dos siglos transcurren después hasta llegar al VI, en que es ya griega de puro tipo la sociedad helénica: entonces se forma rápidamente un modo peculiar de ser y tiene lugar un conato de gran progreso en la civilización de aquel pueblo, en todos los aspectos de su vida. La poesía y la literatura parecen llevar el símbolo de la tendencia nueva y empujar la cultura. La poesía cíclica y los himnos hechos homéricos se desarrollaron y extendieron en esta época preparando un movimiento poético más extenso y variado. Los héroes y los dioses toman forma fija primitiva: después el arte los modelará, mas dando cuerpo plástico á las formas imaginativas. Robustécese en esos dos siglos el sentimiento nacional, y sobre todo el regional y el de localidad, en los cuales se basa el nuevo desarrollo de la religión, la cultura, la poesía y del arte, con la apropiación de formas y creación de centros y escuelas. Las leyes de Dracón son ahora un hecho excepcional. El espíritu democrático popular reivindica luego sus derechos y la ley entra pronto con Solón en el modo de ser legítimo de la legislación griega.

Toda la vida congénita de la patria, la región y la ciudad corre por las venas de la península y se extiende á sus islas y colonias, dando como savia fecundizadora crecida actividad, que vigorosa aparece en todos los aspectos nacionales. Nacen formas poéticas nuevas, ritmos y cadencias, ejercicios ordenados y simbólicos, danzas, modos musicales mejorados y arte no visto hasta entonces. La arquitectura crea el estilo dórico metodizado y ensaya el jónico, y en vez de prestar culto á la divinidad en templos-caba-

ña y árboles horadados, se la adora en edificios, rústicos casi todos, de piedra y madera á la vez, pero que son comienzos de estilo. La escultura produce informes ídolos, como los *Xoanon* de Delos (fig. 284), y hace los primeros ensayos con tentativas humanas (fig. 310). El arte se extiende á la industria, que produce ya vasos agraciados y á las veces elegantes, siempre aiosos de forma con

las primeras pinturas, y prodiga trípodes, lámparas, candelabros y cazoletas, objetos varios suntuarios y de ofrenda á los dioses inmortales; prodúcense porción de procedimientos, importados sin duda, que dan renombre á artífices, como la fundición, el *aliage*, la soldadura y el trabajo á torno de alfarero, la primitiva pintura; y aparecen sinnúmero de artífices y artistas, arquitectos y escultores, que unos con carácter de seres míticos, y otros como renombrados artistas en su época, supieron erigir importantes edificios y trabajar la plástica en madera, piedra y metales, y sin duda de vez en cuando en mármol. Acontecimiento de la época son la creación de los ejercicios públicos y de las fiestas populares, y sobre todo de las famosas fiestas y justas nacionales de Olimpia en honor del soberano Zeo, conocidos por juegos olímpicos, que desde 776 años antes de J. C. tuvieron lugar en la Élide y crearon las Olimpiadas. Ese nombre y esa cronología expresan, no sólo el desenvolvimiento histórico de Grecia, sino que son el símbolo de la vida nacional y el recuerdo de aquella famosa y fecunda actividad que transformó su marcha en el espacio de más de un siglo. Son la expansión ardiente del sentimiento popular que desbordó á la sazón, el lozano botón de la cultura griega que iba á abrirse poco después.

Y esa flor comenzó á dilatar sus espléndidos pétalos á contar del VI siglo. Durante todo este tiempo fué creciendo y extendiéndose de admirable ma-

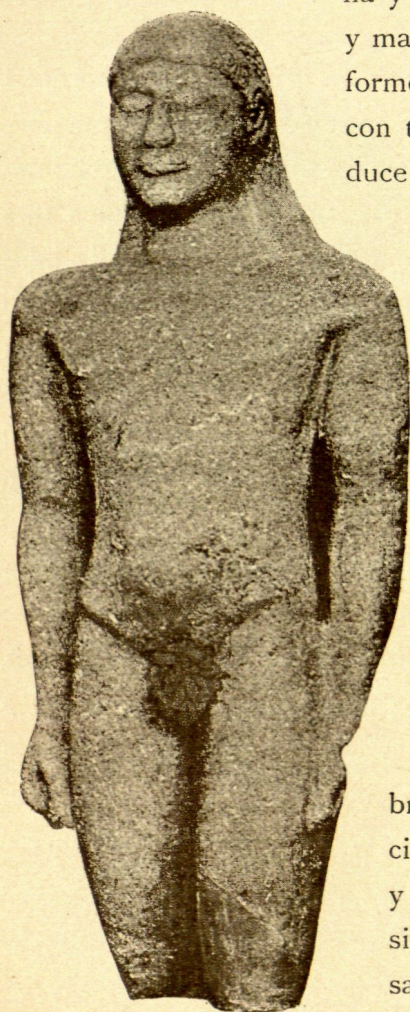


Fig. 310. — Estatua de hombre, hallada en Orcomena (Museo de Atenas)



Fig. 311. — Fragmento de un bajo relieve hallado en Thasos, existente en el Museo del Louvre

nera. Los días de Cypselo y sus continuadores, de Teógenes y Policrato, y muy especialmente de los Pisistrátidas, son los de otros tantos agujijones y estímulos de la civilización helénica. Los esfuerzos de los tiranos por complacer al pueblo, por ilusionarle con valiosas dádivas y espléndidos trabajos ó monumentos, facilitan y hasta precipitan la acción progresiva de la cultura y del arte. Las fábricas dóricas severas de que han quedado restos en Corinto; las renombradas de Delfos, Atenas, Esparta, etc., y las imponentes ruinas de Selinonte, Pesto y Metaponte, con otras muchas, como los restos de Thasos (fig. 311), demuestran la fuerte acción, el empuje sostenido y vehemente de aquellos tiranos magníficos. Pisistrato el ateniense, que dió á las fiestas de Minerva, las sacras *Panatheneas*, no vista majestad; fundador de una magnífica biblioteca pública á que concurría todo el mundo; que produjo adelantos en la escritura y

dió á luz ordenados los poemas de Homero, creó la vida artística de Atenas que sirvió de botafuego al adelanto de toda Grecia. Sus vastos jardines, lugar de solaz de todo ciudadano, y sus fábricas grandiosas, tienen fama en la historia del arte de este período ya clásico; su ignota esplendidez puede compararse á la de algunos *condottieri* de Italia y de augustos mecenas.

Pobre antes Grecia reunió ya en esta época tesoros, fortunas é industria que le permitían magnificencia y relaciones frecuentes con Egipto y Asia, á que servía de medianero activo el lucrativo comercio (1). Era entonces que Sais, Caldea y Persia recibían consejeros griegos y griegos soldados á sueldo. Alceo, Safo y Stesicoro, poetas de lírico estro y verso armonioso, florecieron ahora preparando la vía grandiosa al atlético Píndaro, sucediendo con sus vehementes melodías á la armonía épica. Las danzas y la orquéstica, la rítmica del metro, acorde con otro ritmo superior de espíritu y de raza, se fueron metodizando á la sazón con maestros poetas y versificadores, dramaturgos expertos en el arte de la tragedia. La gimnopódica y la hiporquemática y otras formas orquésticas, decía O. Muller, habían adquirido mucha perfección artística (2). La gimnasia usual en Creta y en Esparta admitió el desnudo en las fiestas populares y se extendió á toda Grecia. A su influjo tomará la escultura mayor realidad y mejor forma humana (figs. 312 y 313), que servirá para la producción de estatuas de atletas y dioses. Las muchas escuelas dorias y jonias que entonces nacen ofrecen una favorable competencia y prodigan la escultura con imitación realista. Cada pueblo importante quiso representar sus dioses y sus vencedores ilustres de las justas públicas, y un clamoreo general de admiración se levantó constantemente durante aquel



Fig. 312. — Cabeza de mancebo, de la colección de M. Rampín, existente en París

(1) Véase August Boeckh: *Die Staatshauhaltung d. Athenen*, Berlín, 1817. Traducción francesa de 1828, págs. 10 y siguientes.

(2) K. O. Muller: *Hand. d. Archeol.*, c. B, II.

siglo en honor de esos dioses, los laureados y los artistas. El empuje definitivo estaba dado, y aquellos pueblos, aún sencillos y crédulos, morales por costumbre, iban á crear los maestros del arte ideal más sublimado. Llegábase al florecimiento de la cultura y usos, de la poesía y las letras, de la patria y sus grandezas.

Atenas tiene, por decirlo así, en el siglo v, la hegemonía de Grecia. Esparta queda como postergada. La empresa sin segundo de Leonidas en las Termópilas, en que aquel puñado de trescientos heroicos



Fig. 313. — Estatua de mujer, del Museo de la Acrópolis de Atenas

espartanos, casi indefensos y desnudos, amparados sólo por el ancho escudo y casco ligero y defendidos por la corta espada, hallaron la muerte ante la inmensa avalancha de soldados persas, cubrió de gloria á Lacedemonia, pero no la dió entonces la preponderancia. Maratón, Platea, Salamina y Micala fascinaron á toda Grecia, y los nombres de ilustres generales atenienses, Milciades, Temístocles y Aristides, dieron á Atenas durante el período de treinta años, hasta la guerra del Peloponeso, la dirección de los asuntos patrios. Después de las guerras con los persas, toda la supremacía y la riqueza griega fué á su recinto: los considerables tesoros del pueblo sirvieron para su embellecimiento y el de los edificios de la nación que los persas habían destruído. Dueña de los tesoros públicos que ascendían á fabulosas sumas (1), fué señora del Estado durante todo aquel tiempo. El entusiasmo popular, crecido con los triunfos de los helenos, arrastró á los jefes del Estado á las empresas más magníficas de embellecimiento público.

Toda Grecia se cubrió de fábricas imponentes y de estatuas, y Atenas, más que ciudad alguna, pudo enorgullecerse con los templos más grandiosos ó más bellos y los pórticos y públicos edificios de más señalada belleza; con la más admirable estatuaria de gigantescos dioses esculpidos en bronce, labrados en mármol, en oro y marfil. Los nombres de Ictino y Mnesicles, de Miron, Policleto y Fidias tendrán siempre en la historia de la arquitectura y la plástica la fama de eminentes artistas, y la ciudad de Minerva y su Acrópolis pasarán por los restos más admirables de que hace memoria la historia (figura 314). Los nombres de Cimón y Pericles, de éste, sobre todo, quedan á través de esa historia por los de engrandecedores ilustres del prestigio de la metrópoli. La poesía y las letras, la filosofía y la oratoria reciben entonces un

empuje que, como llevado por el aire en sonoras ondas armónicas, se reproduce hasta el siglo siguiente. Simónides y Anacreonte abren el camino á Corina y Píndaro el fogoso, entre los poetas líricos: éste deja sentir sus acordes al fragor de las armas y la pelea. «Es como el águila rápida que hiende el aire y lleva ventaja al aquilón; el terror le precede, sus ojos chispean, y cual desbridado corcel de agitada crin, de nariz de fuego, respira los ardores de la guerra.» Esquilo y Sófocles superan en mucho en la tragedia á Tespis, con rígida grandeza ó majestuoso estro; Epicurme, Eupolis y Cratino preparan la ancha vía al cómico Aristófanes; Herodoto, Tucídides y Xenofonte reciben de la musa histórica la rotundidad de sus conceptos y la majestad de sus obras; Sócrates, filósofo, el justo Sócrates, el buen sentido irónico de Atenas y la conciencia más pura, inspira respeto por su sapiencia al pensador y al artista, al mancebo y á la etaira, y sólo la envidia de su sinceridad puede darle la cicuta, pero sin quitarle la aureola: es el cerebro fuerte de aquel siglo. Pericles, Licias, Isócrates é Hypérides brotan de él con fascinadora elocuencia, hecha un sublimado arte. Pericles, *el Olímpico*, es el modelo político más admirado de su tiempo y la

(1) Boeckh: Oper. cit.

palabra fulgurante, como un rayo de Júpiter, que tritura á sus contrarios sin agitar ni un solo pliegue al majestuoso manto. La oratoria era entonces un arte plástico en los políticos y repúblicos. Y la literatura y la ciencia toda, una clásica maravilla como las Palas de Fidias.

Moral y grave el pueblo griego, tenía á la sazón todas las condiciones de un pueblo de gran cultura, que amaestrado por rudas desgracias, no olvidadas, y ávido de grandeza, pensaba sólo en el esplendor de la patria y la gloria de Atenas. La religión creaba los más admirados y nobles dioses de un pueblo aún creyente, pero no fanatizado, y enseñaba á tributar, con el arte, culto á los inmortales y á la hermosura, y la civilización caudalosa no tenía límites á su crecida. Las fiestas Panatenaicas son un ejemplo de ello, por su grandeza, su artística distribución y por su solemnidad. El teatro de entonces era otra prueba visible con orden rítmico, y su lirismo escénico, mesurado, elevado y vivo en colorido, casi vuela hasta los dioses, como descende á los hombres para exhibirlos con distinguida verdad. Cabe mucho en sus obras, desde la «energía arcaica de Esquilo á la elegancia de Sófocles,» que expresaron en la tragedia la rapidez con que se andaba. Estábase en pleno engendro creador y en actividad latente, pero viva y volcánica; y el arte, la vida, la cultura y la moral, la literatura y la poesía, la filosofía, la elocuencia, la orquística, la rítmica se hacen sin demora en toda Grecia envidiables, peregrinas, émulas bellas que enorgullecían á la culta Atenas. Fué entre el 430 y el año 400 antes de J. C.



Fig. 315. — Demóstenes.
Estatua del Museo del Vaticano (de fotografía)

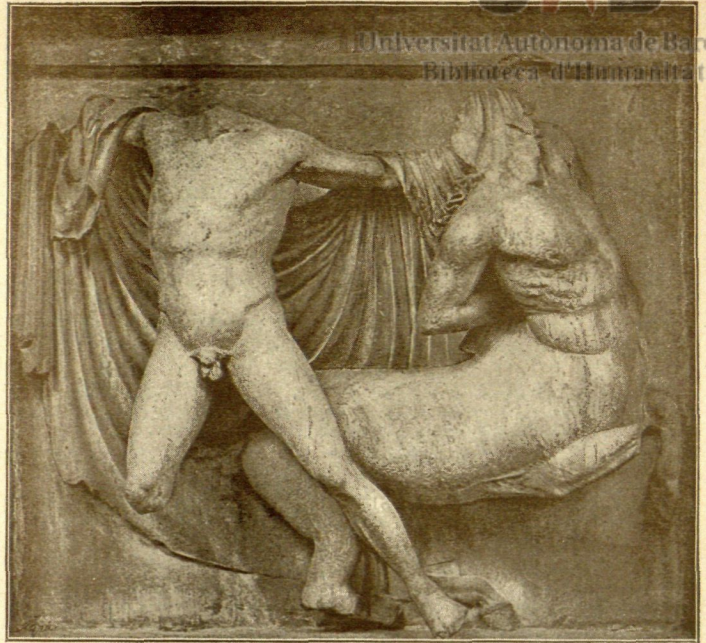


Fig. 314. — Metopa del Partenón. Escultura de los contemporáneos de Fidias, del Museo Británico (de fotografía)

Pero desde el año 400 comienza una nueva etapa para el arte y la cultura. La guerra del Peloponeso marca el período más álgido de las desgracias de Atenas y con ellas el comienzo de la decadencia escultural ó por lo menos de su grandeza. Los tesoros públicos se agotaron con los gastos de la guerra y las esplendideces públicas; las grandes empresas monumentales cesaron durante más de treinta años; la peste diezmó los hombres y arrebató los héroes, los sabios y los artistas; el pueblo se desmedró y se desmoralizó en gran parte durante ese grave período. La moral decaída trascendió á las costumbres y contaminó ciencia y arte. Entre los años 400 y 323, hasta la muerte de Alejandro, una revolución profunda se efectuó en la vida griega, que la cambió por completo. Crecióse el epicurismo, propagáronse los sofistas, los retóricos ampulosos, y los pérfidos espíritus hallaron eco en la plaza pública. Entonces pereció Sócrates víctima de la envidia. Propalóse un nuevo elemento para la disolución de costumbres con el aumento crecido de etairas que pervirtieron por completo á la juventud ateniense y de las importantes ciudades del Peloponeso y Corinto. Los nombres de Phryné, Cratina, Glycera, Pancasta, Taida son los de aquellas mujeres hermosísimas de cuerpo y ágiles de espíritu, que, como Safo y Aspasia,

notables por su cultura, eran compañeras de políticos, literatos y artistas, y modelo de las más hermosas Venus ó Afroditas de la época; mas no son los del sin fin de lozanas criaturas, danzadoras, floristas, tañedoras de instrumentos y esclavas ó libertas, que corrompían la juventud (1) y sembraban la desmoralización en todas las clases sociales. La idea del perpetuo goce del alma, que explicaba Epicuro, se entendió por la idea de material placer, unido al goce moral, y la elevación del filósofo desapareció ante las rastreantes costumbres de una vida libertina.

El arte tomó de ésta el lado más simpático y le aplicó á la escultura y después con Apeles á la naciente pintura, dando á sus figuras rebuscada gracia y semi-romántica expresión. La poesía lírica se hizo pasión ditirámica y corruptora de la música, la danza excesivamente desenvuelta, y entre los cómicos fué Aristófanes modelo digno del elogio de Platón. Eurípides perdió la gravedad solemne y la claridad antigua, y su drama filosófico y complicado revela un estado de decadencia en el gusto dramático. Crates, Pherecrates, Amipsias, Platón el cómico, Filemón y tantos otros autores de la *comedia nueva* estaban en grado muy inferior á Aristófanes, y el atildado y pulcro Menandro era el representante de aquella nueva vida escénica, imitativa de costumbres, verdadera, pero que no tenía como arte ni la tersura ni la superioridad de la antigua poesía dramática. Y no se diga de la oratoria, que dejó de ser ática, aunque fué grande con Iseo, Esquino y el fogoso Demóstenes (fig. 315): el *pathos* y la afectación fueron su rasgo peculiar. Sólo la filosofía conservó su tersura y aristocracia, su selecto y ático gusto con Platón y la severidad con Aristóteles; entendimientos potentes entre los declamadores y sofistas que hacían de la filosofía retórica. Demócrito, selecto en la forma como Platón, al decir de los antiguos, y Heráclito sostenían, aunque con menos vigor, la enseña del buen sentido, que Epicuro, moral, á pesar de sus interpretadores, tremolaba también. Así es que el arte, la literatura y la elocuencia tomaron un nuevo sentido, característico de su tiempo y de sus luchas, pero que revela decadencia en el aticismo helénico.

Empujadas las creencias por ese camino y desmedradas por el teatro las costumbres y la falta de moral; desfavorecidos los dioses por el pueblo y los dramaturgos, no hallaron más apoyo que el de escultores y pintores, que les dieron sello nuevo, como en otro lugar se dijo. Allí se amparó la mitología, no con la religión de la creencia, sino con la religión del arte. Las fiestas públicas no fueron ya aquellas fiestas sacras, religiosas y ciudadanas, ni aquellas justas nacionales que hacían una inmensa fiesta de las memorables de Olimpia. Extinguiéronse éstas luego como acto patriótico en los años 392 y 396 antes de la era común, y se extinguió con ellas aquel fuego sacro patrio, aquel democrático entusiasmo que sirvió de escabel al pueblo y de admiración al mundo. Política, vida y usos, todo está injerto en el arte, que con su sentimentalismo, sus primores y sus pasiones externas, preparó en breve tiempo el decadente comienzo.

A éste se encamina á paso rápido el último cuarto del siglo III desde 323. La dominación de los macedonios marca desde Alejandro un cambio radical en todo el modo de ser de Grecia. A una división peculiar, de tradición originaria, sucedió una imposición monárquica que hizo un solo reino de aquella federación antigua. La nacionalidad tomó un nuevo carácter, la vida y la autonomía de la ciudad dejaron de existir, y la hegemonía absorbente, la innovadora centralización, mató el espíritu público y el antiguo sentimiento patriótico. Ya no hubo libertad en Grecia, no hubo sentimiento democrático y no corrió la pasión griega con su grandeza ingénita y su espontaneidad activa. Los actos del culto fueron públicos, aparatosos, mas no íntimos; las ceremonias, regias, no nacionales; impuestas, no de costumbre; la soberanía, intrusa, no natural; la vida de estímulo y competencia de ciudades desapareció por completo, y el extranjerismo macedónico ó asiático imperó con toda su fuerza. La guerra afortunada de los capitanes, llevada á todas partes, propagó con mayor extensión el grecismo á pueblos extranjeros, como Persia y

(1) O. Muller: *Historia de la literatura griega*, ya citada, tomo II, cap. 19.

Egipto, llegando hasta la India; pero sin volver nada importante ó nuevo á las creencias y costumbres helénicas. En cambio, todo espíritu vital que en letras, artes y costumbres se acrecentó antes por la autonomía de la ciudad, desapareció casi por completo, ó se desmedró en todas partes. El Asia sólo y las islas vecinas fueron las que crecieron en importancia con prestigio, fausto y arte.

La división nacional y del país conquistado, efectuada por los sucesores de Alejandro, dió el último desmedro á aquel espíritu público antes sobrado y vicioso. La vanidad, el orgullo y el aparato de los nuevos soberanos no hallaron más límite que su capricho, ni más modelo envidiable que la esplendidez asiática. Como obra ó importación griega fué sólo aparatosa y exuberante, fastuosa y desmedida. Las fiestas celebradas por esos advenedizos en Alejandría y varias partes, y en honor de determinados dioses de carácter híbrido; los suntuosos objetos, naves, tiendas y carros contruídos por ellos, frágiles y convertidos en obras de pasatiempo y fascinación del vulgo, en objetos de fantasmagoría con figuras y dioses autómatas, revelan la estrechez de espíritu y la frivolidad y aparato de soberanos sin abolengo. El arte desplegado en estos cuadros carnalescos, si es que puede llamarse arte, no fué más que un juego y un capricho, una parodia de grandeza. ¡Cuándo había presenciado Grecia, la Grecia soberbia y altiva, aquellos risibles espectáculos bárbaros é infantiles!

La época de Alejandro representa el mismo intento con los pomposos cenotafios, altares y piras, rodeados de esculturas de efecto en grupos y estatuas; los sepulcros como el de Mausoleo, aunque bellos, pertenecen al mismo conjunto de obras y son fruto del mismo gusto. Era la época de lo colosal, lo complicado, lo fastuoso, representado por lo escénico, desviado por cierto de la simplicidad y el buen gusto de los tiempos de esplendor, como lo ampuloso retórico de lo clásico selecto. El contacto con Asia contribuyó á tal cambio de gustos, y la riqueza advenediza y pródiga adquirida con el tráfico y la conquista, sólo producía trabajos en que se hacía alarde de dispendio y de lujo de fantasía. Así aconteció con la arquitectura, que se ocupaba en producir vastos edificios pródigos de adornos, palacios suntuosos y hasta quintas y casas de simples particulares, refrigeradoras y gratas como no había visto nunca Grecia. Era un género nuevo de construcción producido por el deseo de goce comfortable y de bienestar. Levantáronse á un tiempo muchísimas ciudades geométricamente trazadas en un solo plan y de una sola pieza, como Alejandría, Antioquía, Tesalónica, etc., con que se probaba la nueva senda que tomaba la arquitectura convertida en ingeniería por un lado y en arte de utilidad por otro. El lujo del pueblo y la esplendidez de los acaudalados y poderosos no hallaron límite á la vanidad y al capricho, y exigían moradas dignas de sus ornadas cabezas y de sus esplendentes trajes, de su acicalamiento y pavoneo.

No quedó rastro en la vida de aquella sobriedad antigua, de aquel espíritu parco y sencillo, en lo selecto. El innovado grecismo no tenía ya por estímulos el patriótico desprendimiento, la religión, la libertad, la democracia y la patria, sino el egoísmo y el cálculo interesado á que sólo la razón de conveniencia servía de conductor. Por eso se acabaron los grandes ideales del pueblo que produjeron maravillas, y se fué á otros ideales que hasta en la majestad rastrean. La metrópoli y la península griega perdieron su vigor, y el grecismo expatriado, aunque partiendo del continente, se guareció en las islas, Rodas, Creta, Chipre, y entre los jonios de Asia. Y aun se encaminó más lejos, llegando hasta

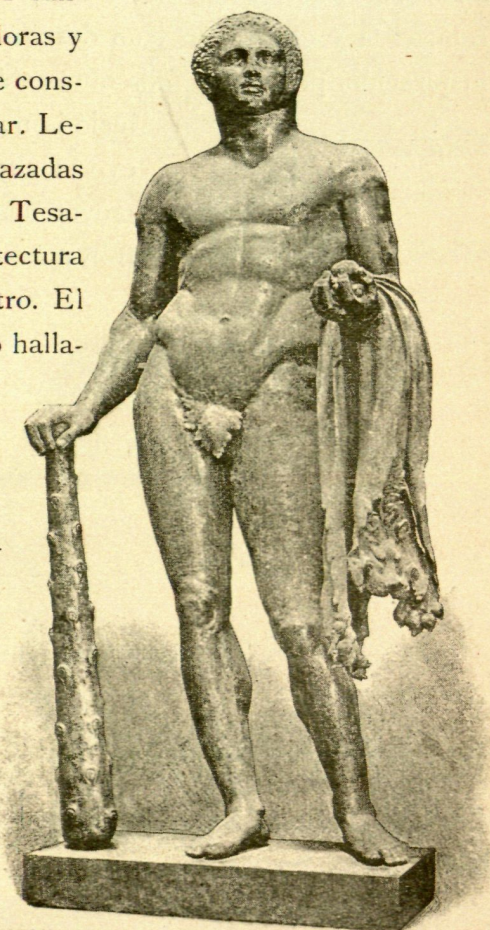


Fig. 316. - Hércules colosal en bronce (de fotografía)

la India después de hacer respiro en Persia. Allí las obras de manos griegas alardearon de maestras en mezcla con los indígenas y en maridaje de forma.

Los dioses de carácter asiático filtraron su influjo por todas partes, y los dioses secundarios, como Eros, Dionisos, y las cohortes báquicas, casi dejaron en suspenso á los soberanos del Olimpo, que fueron como viejos ídolos, no los adorados del pueblo. La corpulenta figura de Hércules (fig. 316) tuvo también importante lugar, prodigada muchas veces, y el mito de Ganimedes (fig. 317) adquirió gran prestigio. Al influjo de Oriente tomó título nacional el asiático culto de Mitra, y al rumor de las conquistas se prodigaron las Victorias, como la de Somotracia y Brescia, que son de inspiración coetánea. Las imágenes de Dionisos, Eros y las Bacantes, los Panes y Silenos, aislados como estatuas, ó en relieves de bulliciosas tropas, lucieron en pedestales y frisos con actitudes retozonas. Figuras simbólicas cual las que representan villas y ciudades, ó las de la Torre de los Vientos de Atenas, vienen á la par á escena como representaciones míticas. El arte estuvo, empero, aun aquí, admirable y delicado, selecto en obras tan escogidas como los relieves báquicos del monumento Coral de Lisicrates, que sirve de enlace á dos épocas. Teatros y odeones se construyen, que hacen par á los mejores templos erigidos á la sazón. Y los sitios públicos se poblaron de estatuaria grandiosa sorprendida á la leyenda, como el *Grupo de Laocoonte* y el *Toro Farnesio*, y entre las más nombradas figuras y grupos, de vencidos, que ornaban á veces cenotafios, como los galos moribundos ó heridos. El móvil fundamental de las esculturas míticas y reales era el anhelo de impresión, de producir efecto y novedad; la gracia rebuscada y el artificio y un deseo de fascinar con la sorpresa de los asuntos. Cálculo frío, no ardiente inspiración, precedía á toda obra estética, y toda pieza de nota fué á lo más un modelo de forma en que

lució la maestría ó la exquisita habilidad. El fin del arte no fué entonces el de evocar altos conceptos, sino provocar impresiones, estimular un deseo ó promover un goce de orden bello sensitivo. Teócrito, Mochus y Bión, ó Licofrón más tarde, son en literatura los más selectos ejemplos del género de goce

y encanto: la armonía peregrina de sus obras es la del sutil ingenio que anhela deleitar con lo exquisito y fino, y sus idílicos temas son un bordado de conceptos de carácter literario, en fondo de artificio, con afilegranado estilo. Con ellos fantaseó el poeta y gozó el lector culto saboreando la forma externa y encantado del vivir grato en fingida é ideal naturaleza. Era la época de la pintura, de la decoración polícroma en cámaras y aposentos, de la lujosa escenografía, la *ryporographia* caprichosa, del adorno en mosaicos, y la fantasía juguetona en paisajes, medallones, cómicos tipos y caricaturas que llenaban techos, paredes y suelos.

A las escuelas clásicas tradicionales de Atenas y el Peloponeso, á las otras grandes escuelas griegas, sucedieron en prestigio (aunque sin destruir la huella de su actividad), entre 323 y 146 antes de J. C., las de Rodas, Pérgamo y Éfeso, que producían plástica y escenas vehementes, afectadas, gracioso-

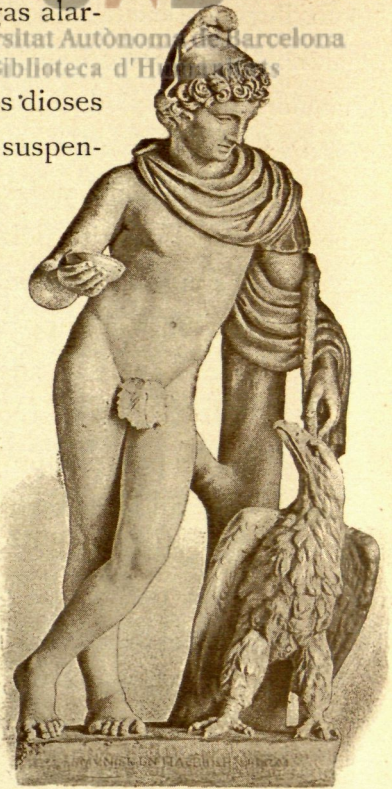


Fig. 317. — Ganimedes y el águila de Júpiter, del Museo Pio Clementino (de fotografía)



Fig. 318. — Figurita de Tanagra en barro

sas ó fantásticas y pinturas decorativas, aunque con carácter clásico. Y daba retratos históricos ó contemporáneos é imitaciones, y copias abundantes de obras producidas anteriormente por los artistas de más nota. Era el arte de la vida real y de las piezas ampulosas y hasta cierto punto barrocas; de las copias y las imitaciones; de la escultura microscópica de imágenes en miniatura, y de los lindos barros cocidos imitación de los de Tanagra (fig. 318), Mirrhina, Thisbe, en Tarse, Pérgamo, Éfeso, Mileto y Esmirna, tan del gusto de entonces, cuando se buscaban en las obras admiradas copias que popularizar, y en las costumbres y profesiones pábulo á su artificio y á su deseo realista de ocupar entreteniendo con esbozos de tipos y caracteres ó escenas del mundo real (fig. 319). Mas se había acabado la grandeza del arte maestro y se iba á lo pintoresco y á lo caprichoso y ameno.

Así caminó el arte griego por la senda de la innovación y la imitación natural, y en los siglos III y II produciendo piezas que todavía quedan ó de que se tienen restos, las cuales, aun en plena decadencia, son inimitables modelos en que se forman los artistas. ¡Tanto era el vigor de aquel arte que hasta desmedrado admira y al morir aún nos enseña! Roma, dueña de Grecia, aprovechó las grandes obras, recogió sus maravillas, y honrando á sus genios preclaros se hizo con ellos honra, transmitiéndonos después sus despojos.

El curso del arte griego nos da aquella marcha histórica que comienza con conatos entre los siglos VIII y VI; crece con ensayos y estudios desde el VI á fin del V; logra el mayor esplendor de arte clásico al primer cuarto de este siglo; fluctúa entre la majestad y la hermosura con el resto del centenario; toma pasión y gracia en el IV y artificio en el III, y fine como todo arte antiguo trocando el originario sello por híbrido é impuesto gusto. Es aquel arte que echó raíces y creció en la Hélade; tuvo el Ática por maestra, se extendió á Italia con sus modelos al preludiar los buenos tiempos, y halló por lecho de muerte la que fué tal vez su cuna, el espléndido suelo de Asia, adonde emigró en el IV siglo. Fogosas y activas las metrópolis y sus islas hasta en la decadencia, no sólo cubrían de colonias y obras el Asia Menor y la Sicilia sino que las desparramaron por Egipto y el Norte de Africa, Etrusia ó Toscana, Francia del Mediodía (Provenza, etc.), la costa Este de España, países donde, creada una vasta ramificación griega, se conservaron con el tráfico, la lengua, costumbres, religión y letras, y se siguieron del arte helénico las fluctuaciones.

Como se ha dicho con acierto, la plástica adelantada pasó del estilo al género, del género á la manera y de la manera al capricho ó voluble fantasía. A las condiciones naturales é históricas debió su desenvolvimiento y evoluciones típicas. La diversa y armónica naturaleza, cielo, mar, llanuras escasas, terrenos amenos y ondulantes, escabrosos y desiguales; escuetos ó agrestes montes, clima veleidoso y grato, formaron el fondo y escena en que se desenvolvió el arte griego; la luz sin fin y el éter diáfano, la temperatura normal vivífica, se hicieron su estímulo constante; la raza con sus variados elementos, con sus múltiples y vehementes condiciones morales y su buena organización física, fué el factor activo en acción, y el tiempo, con su sucesión y alternativas, constituyó el cuadro histórico de su crecimiento, desarrollo y cambio de condiciones naturales (origen, progreso, esplendor, decadencia), ó diciéndolo en otros términos, de la infancia, mocedad y lozanía de aquella virgen hermosa y gallarda, coronada de flores, que vestida del blanco peplo y abrazada al laurel patrio, parece, aun hoy, más bien que muerta, dormida en dulce y agradable sueño.



Fig. 319. - Figurita en barro hallada en Tanagra

EL ARTE GRIEGO EN LOS TIEMPOS ANTEHISTÓRICOS

(hasta el siglo VIII anterior á la era común)

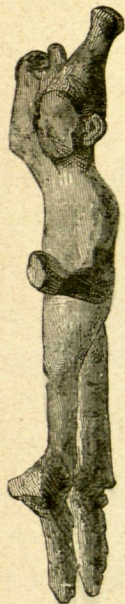


Fig. 320. — Figura en bronce hallada en Tirinto

Si después de comparar los pueblos de arte oriental y de estudiar sus obras se intenta juzgar los más antiguos restos del arte griego, una impresión extraña y confusa llena el ánimo de dudas. Y es que acostumbrados á las sensaciones brillantes del arte asiático y al aspecto imponente ó magnífico de sus obras, nos sorprende no hallar desde luego producciones ideales y superiores. Al juzgar ciertas obras de la civilización primitiva no histórica de Grecia (fig. 320), nos creemos trasladados á las construcciones incas del Cuzco ó á los vasos fenicios de Amathus y de Curium; pues si se prescinde de las descripciones homéricas y de otras de los viajeros antiguos, nada nos eleva en tales obras al ideal que presentimos en el arte griego.

Aun incluyendo en los restos artísticos de los tiempos heroicos el sinnúmero de los descubiertos con fortuna reciente en Hisarlick y Micenas, y en varias otras partes, nos aparecen las obras ciclópeas y los magníficos adornos, estelas, jarros, armas y joyas, cual restos de un pueblo parecido al oriental ó al fenicio que hubiese cruzado como huésped el territorio y las colonias de la Grecia antigua.

Es que se ha de pasar por los primeros ensayos artísticos de las tribus productoras de este país clásico á fin de hallar el terreno completamente preparado para su desarrollo floreciente. Y desde el origen de la civilización griega hasta el siglo VIII anterior á nuestra era, hay que cruzar también el período de influencia asiática en que toma cuerpo y unidad la civilización helénica y se constituye el verdadero arte griego. Entonces se vislumbra un diminuto punto claro de la cultura naciente que indica la vía novel por que marchará el arte, y se apuntan condiciones locales en embrión de las que han de formar después el cimiento duradero del gusto y de la plástica. Mas antes otras ideas, otras aficiones y gusto y otras costumbres produjeron otras artes. Esto marca á manera de dos períodos ó ciclos históricos distintos y opuestos, en el último de los cuales se efectúa como un rompimiento de la antigua marcha histórica en el país y en sus artes. El primer gran ciclo es el pelásgico, el segundo es el helénico. En el arte como en la vida, el primero aparece á su fin aún mezclado con el segundo, cual antes se indicó. Y el último borra el primero totalmente como si se evaporara á su acción para jamás volver.

Este cambio en el ser del arte, basado en el de la historia y la vida, da lugar á dos grandes ciclos históricos que á su vez se subdividen. Uno, el anterior á la invasión dórica; otro, el posterior á esta invasión. El arte pelásgico y el helénico primitivo, que llamaremos pelasgo-helénico, corresponde al primer período, y el arte griego puro de las dos familias principales dórica y jónica, mezclada ésta más ó menos con los descendientes del período ciclópeo y con las demás familias griegas, eolos y aqueos, etc., es el que forma el segundo ciclo. Juntos componen el arte antehistórico y llenan el período heroico, que comprende el apellidado antehomérico, traslucido por la *Iliada*

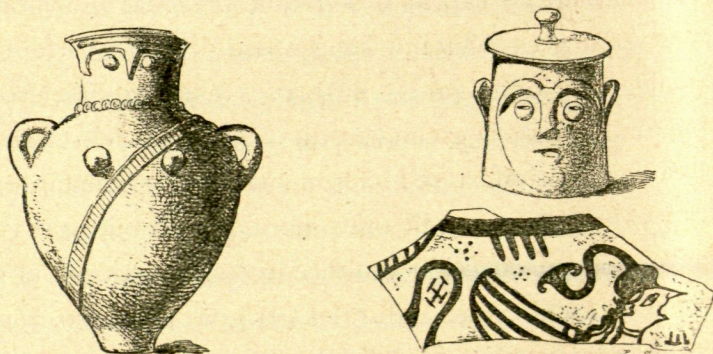


Fig. 321. — Vasos de Hisarlick imitativos de rostros humanos, anteriores al siglo XVI antes de J. C.

y la *Odisea*, que autores hacen terminar en el siglo x antes de la era común, y otros autores prolongan hasta comienzos del siglo ix ó promedios del viii. Esta última etapa es la del período posthomérico. La vida griega histórica que comienza con la primera Olimpiada presenta entonces su expansión y sus caracteres etnológicos.

Mas hay que hacer, como á la historia, al arte, más detallada clasificación de la primitiva edad heroica que abarca el período pelasgo-helénico, en tres grandes evoluciones: en Santorín, en Hisarlick y en Micenas.

Santorín y Terasia en la antiquísima isla de Thera recuerdan el primer paso del arte greco-pelásgico que se enlaza con la época prehistórica por sus industrias pelásgicas y sus tarros grotescos, cuyo hinchado cuello imita formas femeniles ampulosas. Dícense del siglo xv al xx sus mejores hallazgos. *Hisarlick ó Ilión de Homero*, según Schliemann (1) y otros autores; *Ilium recens*, según libros, ha puesto á descubierto restos que parecen más modernos, aunque en poco, y que se llaman más antiguos por varios autores. Son vasos hechos á mano parecidos á los de Santorín, con imitaciones humanas, muy inhábiles á las veces (fig. 321), y abundantes piezas de bronce y joyería de un pueblo que empezaba á hacer uso del metal y su trabajo. Son obras semibárbaras que demuestran ingenioso artificio y mecánico adelanto en la manipulación tosca del barro. Y son, sin duda, muy anteriores al siglo xv estos objetos: no es posible equipararles á otras obras, como la metopa del templo dicho de Atena en Ilión, que con formas y trabajo bien modernos



Fig. 322. - Helio ó el Sol en su carro (metopa del templo de Atena, en Ilión)



Fig. 323. - Fragmento de un vaso de oro hallado en Vaphio (Laconia).
Relieve que representa toros domesticados

representa á Helio ó el Sol con su cuadriga (fig. 322). Ningún recuerdo, influencia ó imitación de Asia ó Egipto se desvela en los restos de Hisarlick.

Micenas la heroica ocupa el lugar tercero en este cuadro de modernos descubrimientos, y tiene otro preeminente por la abundancia de los hallazgos de Schliemann (2) en varios sitios de su recinto fortificado y fuera de él: cinco vastas sepulturas ó sarcófagos con quince esqueletos adornados y cubiertos de antifaces de metal algunos de ellos; número inmenso de joyas y preseas de oro y plata, armas de bronce y de cobre, vasos pintados y diversos utensilios; ídolos de barro; hermosos jarros y copas riquísimas en oro, cobre y bronce; armaduras esplendentes por su adherencia de piezas valiosas y áureas láminas metálicas como cosidas al vestido; preciadas diademas; orfebrería labrada con hojas y flores en botón, mari-

(1) Enry Schliemann: *Troy and its remains*, London é *Ilios*.

(2) Schliemann: *Mykena y Mycenae*, París.

posas y campanas en número crecido (más de 1.200); botonaduras ó chapas de oro circulares de varios tamaños en cantidad exorbitante, y cinturones, collares, brazaletes, ajorcas, zarcillos y pendientes, fibulas, anillos, en mezclanza confusa con grandes jarros, copas, cráteras de oro purísimo y tazas de plata.



Fig. 324. - Piedras grabadas de Creta y otras islas griegas (época heroica)

numerosas; ni las dagas y cuchillas, ni los jarros repujados ó bruñidos en fino bronce. Tantas piezas de arqueológico y artístico valor, que autores graves aseguran pertenecieron á los héroes cuyas proezas cantó Homero, y por las que llegan á afirmar que fueron éstos el heroico Agamenón y sus compañeros griegos



Fig. 325. - Piedras grabadas de Micenas con representaciones heráldicas, simbólicas y naturales (época heroica)

asesinados por Egisthe y Clitemnestra. Como coetáneos se señalan los hallazgos de Tirinto y de Nauplia en Argólide, de Spata y Menidi en el Ática, de Orcomenos en Beocia, de Vaphio en Laconia, computándose que desde Tesalia hasta el Eurotas y sus valles se extendieron en igual tiempo unas familias y una cultura parecidas á la de Micenas, á lo largo de las playas del Egeo. Algunos centros de arte heroico señalados en este párrafo, son, aunque en poco, superiores en adelanto á los de la ciudad privilegiada de la Argólide, y, cual ya se dijo, parecen ser algún tanto posteriores á su período. Un solo vaso, de Vaphio (fig. 323), basta á probar ese adelanto y período posterior de industria y arte, y los grabados en piedras duras, en ágatas y esteatita de varias islas, con trabajo algo plano y escenas orientales, con leones en forma heráldica y luchas de hombres y seres míticos, ó cuadrúpedos de la fauna continental, son ejemplares de gemas que demuestran similar y coetáneo ejercicio industrial al de Micenas (figs. 324 y 325).

Aquí hay empero, al decir de eruditos conocedores del arte antiguo, dos períodos de desarrollo en los hallazgos de Schliemann. Uno primero en la Acrópolis, que se remonta al siglo xv, y descende hasta el xiii, representado por el caudal más importante de joyería, y sobre todo por las dagas imitativas de las egipcias del siglo xvi en reinados de la XIX dinastía, y por algún escarabeo encontrado entre las joyas y preseas de los restos desenterrados, escarabeo distinguido por la leyenda de la reina Ti, mujer histórica del faraón Amenofis III. De la otra época se computan los descubrimientos hechos en la población baja y en las sepulturas abovedadas, los que representan grifos, esfinges y cabezas humanas, trabajo todo en marfil, y un adelanto decorativo y ornamentación de egipcio y asiático influjo, de imitación más hábil y trabajo más perfecto que lo encontrado en la Acrópolis. Algunas informes figuras, lejano trasunto humano y animal (fig. 326), de inteligencia infantil y ejecución muy tosca, y varias láminas de piedra con luchas de héroes en carros y personajes á pie, con ornato de espirales (fig. 327), son sin duda ninguna de aquellos rudimentarios productos de la época más antigua.

Asegúrase que fueron los autores de esa producción heroica los griegos aqueos anteriores á la inva-

Preciosísima orfebrería por su tiempo y su valor en cantidad de más de 20.000 piezas, cuyo peso ascendía en lo pequeño á unos 40 kilogramos, sin contar la pedrería, ónices y ágatas, ni el alabastro, el marfil, los cristales y las gemmas

Como coetáneos se señalan los hallazgos de Tirinto y de Nauplia en Argólide, de Spata y Menidi en el Ática, de Orcomenos en Beocia, de Vaphio en Laconia, computándose que desde Tesalia hasta el Eurotas y sus valles se

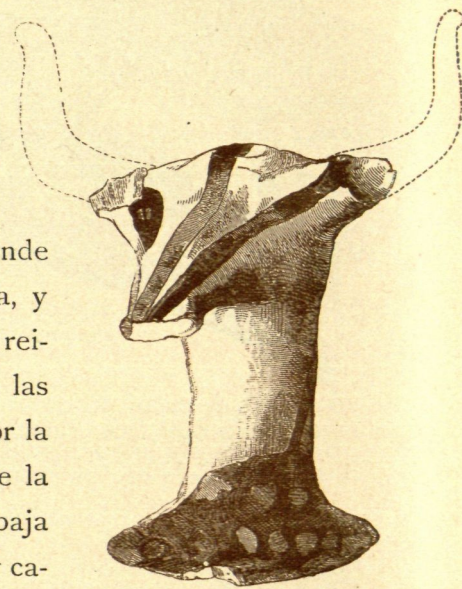


Fig. 326. - Idolo de barro cocido con cabeza de vaca, asa de un jarro

si3n de los dorios. Con menos probabilidad de certeza se afirm3 anteriormente que eran los pueblos carios habitantes de Grecia, y ti3ndese hoy 3 comprobar que fueron los heroicos atrides, de renombrado abolengo, los que produjeron tantas joyas de valor real 3 hist3rico, de m3rito industrial y art3stico. Su historia se hace remontar 3 una 3poca indecisa, que asciende para unos al siglo xv, y baja para otros al siglo xi, teniendo siempre empero 3 la vista el acontecimiento famoso del sitio y toma de Troya, asunto del inmortal poema.

El Asia tuvo en aquella industria parte con algunos de sus s3mbolos y con joyas ornamentadas, y, m3s que todo, con los grupos de luchas y alegor3as animales, pudiendo recordarse en alg3n modo las relaciones fenicias con la representaci3n de un templo coronado por palomos que recuerda el de Asart3 en Paphas. Egipto dej3 las suyas en las dagas ya dichas y en el escarabeo mentado, hallado en el alc3zar de la Acr3polis; en varios vasos representados en las sepulturas de un Rams3s de la XII centuria, y en otros vasos encontrados recientemente en el Fayum con igualdad de estilo, anteriores unos y otros al a3o 1104, en que se supone acaecida la invasi3n de los dorios: 3 no haber error en los datos, fuera el arte de Micenas contempor3neo en gran parte de los Faraones guerreros de la dinast3a XVIII y comienzo de la siguiente. Mas lo que no deja dudas es que se hall3 en las tumbas de la ciudad heroica un arte original en las formas y el ornato, importante por lo nuevo, caracter3stico y espl3ndido: un arte que se distingue por sus l3neas espirales y c3rculos conc3ntricos (fig. 327), como las obras de bronce del per3odo prehist3rico, y que entre otros ornatos luce rosas y botones en flor, hojas puntiagudas y acu3ticas plantas; abolladuras en relieve, mariposas 3 insectos; pulpos, medusas y seres marinos que cog3an los pescadores. T3pica ornamentaci3n que caracteriza de hist3rico y de art3stico primitivo 3 aquel tesoro fastuoso y arsenal de ricas joyas.

Tras 3poca de tanta nota sobreviene la invasi3n d3rica que siega durante un siglo la producci3n fecunda; invasi3n de pueblo b3rbaro, avalancha terror3fica que puso en conmoci3n la Grecia, arrollando 3 los aqueos y 3 los helenos moradores, y que desde el siglo xi hasta comenzar el ix 3 promediar el viii no permiti3 3 las artes nuevo ciclo de esplendor. Coincide con la 3poca hom3rica, escas3sima en hallazgos de excavaci3n fruct3fera, y s3lo juzgada hoy por descripci3n de los poemas. Aquella familia d3rica fu3 como el aquil3n terrible que descuaj3 el tronco erguido de una civilizaci3n formada, y que destruy3 el plant3o de varios siglos de cultura. Fu3 el inart3stico pueblo de aquellos tiempos inquietos de sucesi3n antehist3rica, que s3lo tienen por artes las da3inas de la guerra.

Durante m3s de dos siglos volvi3 3 comenzar el arte con ensayos y tentativas, influ3do nuevamente por egipcios, asirios, fenicios y por las ramas lido-frigias vecinas de los heteos, 3 que formaron estos pueblos, rehechos ya 3 la saz3n del desastre producido por los dorios; mas tom3 entonces nuevo sesgo con imitaci3n natural y estudio de otros modelos, que dieron color grecista 3 la industria y 3 las artes con sello definitivo. Naci3 coet3neamente el arte hel3nico y d3sde sus primeros conatos se caracteriz3 de tal con sus rasgos nacionales. Mas se entra de lleno con estas obras en terreno conocido y en per3odo cronol3gico.

Hace algunos a3os que la escultura m3s antigua de Grecia nos era casi s3lo conocida por noticias de viajeros antiguos 3 indicaciones de otros escritores cl3sicos y por los textos hom3ricos. Todos ellos nos daban algunas nociones de provechoso estudio, m3s 3tiles 3 la arqueolog3a que al arte, motivo frecuentemente de insegura-



Fig. 327. - Estela funeraria hallada en una sepultura de la Acr3polis de Micenas

ras controversias. Hoy, gracias á los descubrimientos del afortunado investigador grecista en busca de los restos de la antigua Troya y de la Acrópolis de Micenas (1), nos encontramos con el rico caudal de obras de arte del período heroico, que enriqueciendo notablemente el de nuestros conocimientos, sirven de plástica aclaración á las indicaciones que ya teníamos. Estos descubrimientos numerosos no son generalmente de obras de gran tamaño que nos hagan conocer la habilidad escultural y el adelanto de la técnica de la estatuaria primitiva, pues lo componen, cual se dijo, objetos suntuarios en su mayor parte, fragmentados algunos de ellos, pero que sirven para manifestarnos lo que el arte sabía producir en obras valiosas decoradas con imágenes, los asuntos que les adornaban y el procedimiento, gusto é influencias que en ellas se distinguían.

El estudio comparado de los textos de autores clásicos ha dado hace años la certeza de que la escultura primitiva griega debió producir pocas estatuas, y éstas sólo consagradas á la representación de dioses. El espíritu público de entonces debía estar más apegado á las imágenes literarias que á las representaciones humanas. La poesía, con sus impresiones vagas, sus personajes fantásticos, sus dioses y seres sobrenaturales, agigantados, que aparecían mágicamente y se evaporaban como fantasmas, eran muy propias de un pueblo primitivo, creyente, fanatizado, más acostumbrado á las imágenes míticas legendarias é incorpóreas de los cuentos y los cantos populares fabulosos, que á la plástica productora de figuras corpóreas con proporciones y formas naturales. Los cantos homéricos nos dan idea clara de las divinidades en boga y de las aficiones creyentes de aquellas sociedades griegas. La poesía épica no presentaba tampoco imágenes religiosas de fácil representación por la escultura, cuyos rasgos de fisonomía fuesen marcadamente plásticos, sino que propendía á mantener entre el pueblo la afición á los seres poco concretos, de fisonomía y aspecto variables, que se mezclaban como otros sobrehumanos en las acciones de los hombres, cambiando frecuentemente su apariencia ú obrando como poderes invisibles.

Los calificativos de estas divinidades no eran tampoco plásticos, como hace tiempo se ha observado, revelando, por el contrario, concepción vulgar ó general é indefinida. Las artes gráficas, por otro lado, estaban demasiado en sus comienzos para poder posesionarse con grandeza y elevación de figuras poco definidas, de una mitología no formada, para convertirlas en corpórea é ideal realidad. Los tipos homéricos tienen en verdad un sello superior admirable que sólo podía representar un arte muy adelantado, y debían fascinar con su visión poética á unos pueblos de educación primitiva y de aficiones delicadas, que prefería naturalmente las concepciones formadas envueltas en aroma diáfano y trascendente, á las efímeras representaciones de escultura y pintura vulgares. Como complemento contrario á la estatuaria había la afición constante de todo el Oriente á la producción de imágenes simbólicas, de figuras feas y monstruosas, de pavorosos seres, dragones, parcas, grifos y quimeras, que unían á lo extraño y fantástico de su carácter, cualidades más propias del relieve que de la estatuaria. Los vasos antiguos, que, como los productos egipcios ó asirios y fenicios, eran objeto de lujo entre los griegos y de abundantísimo comercio, nos dan idea de cuáles debían ser los tipos gráficos de más estima entre los asiáticos y helenos del período heroico, y nos convencen sin dificultad del carácter impropio de la estatuaria de aquellos seres y representaciones.

Dícennos las noticias que poseemos que era común antiguamente en Grecia la idolatría más vulgar que pueda hallarse entre los fenicios ú otras sociedades primitivas. Por todas partes eran pilares y rústicas piedras los símbolos de las divinidades adoradas (fig. 328), los falos ó los *lingam*, como en pueblos de materialismo bárbaro, lanzas y postes como símbolos de gran veneración. El cetro de Agamenón, en Cheronea; dos maderos con otros dos en cruz, como representación de los Dióscoros de Esparta; una tabla figurando la Hera de Samos; un rudo palo como Minerva en Atenas; otro no trabajado cual la

(1) Henry Schliemann, *Troy y Mikena*: Noticia de los descubrimientos del autor de los dos libros, llevados á cabo con infatigable constancia durante porción de años.

Palas en Linde, y un pilar prismático en Cízico; treinta toscas estacas por otros tantos dioses en Pheres, y un fuste no menos rústico coronado de hiedra como el Baco de Tebas. Los piadosos moradores vertían aceite en homenaje ó aromatizaban aquellos primitivos símbolos de la más bárbara veneración con piedad cándida ó con culto sensual semejante al que se tributó á los dioses en Pafos y Cartago.

En época más adelantada eran *hermes* (fig. 328), piernas ó postes con una ó varias cabezas los símbolos de su politeísmo, á los cuales añadían apéndices á guisa de brazos, donde pendían coronas. Y otras veces les daban estas extremidades pasivas ó accionando (fig. 330), y como á divinidades generadoras

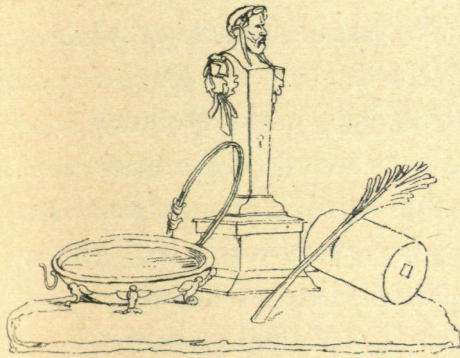


Fig. 328. - Hermes para colgar coronas y objetos varios de adoración primitiva

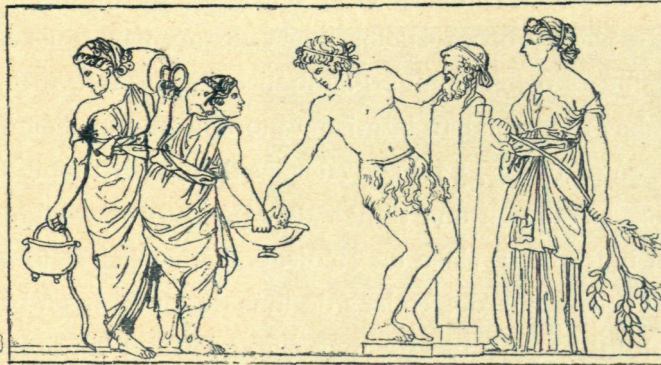


Fig. 329. - Lavado de un hermes de Dionisio. Bajo relieve reproduciendo la costumbre antigua

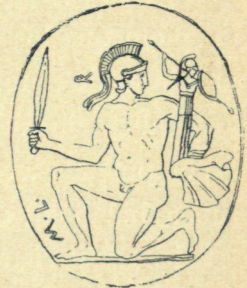


Fig. 330. - Diomedes y el Paladino troyano (piedras grabadas)

un pequeño falo simbólico adherido al pilar. Envolvíanseles también en un manto y se les situaba así en las avenidas y encrucijadas, caminos, calles y sitios públicos, donde eran cuidados con esmero y adorados como seres protectores del ciudadano, del viandante ó del fanatizado vulgo. Las escenas de piedad de que eran objeto están indicadas en la literatura antigua y representadas por el arte, siendo sabido por espectadores fidedignos que fueron más tarde tradicionalmente conservados tales simulacros en los santuarios como los símbolos más venerados que representaban á determinados dioses (fig. 329). Maniqués vestidos, peinados, lavados y adornados adoraban también los piadosos y cándidos moradores atenienses, troyanos, de Elis y Tegea, y de cien poblaciones griegas que ponían en ello fanático cuidado. Adoraban en estos también á Palas ó Juno, Esculapio y otros inmortales del Olimpo. Pintaban tales efigies de colores simbólicos, minio, azul, blanco, rojo, y dorábanles el rostro como al Apolo Amicleo. Otras veces les daban más carácter, como figuras de madera trabajadas y también coloridas, con las piernas juntas, el cuerpo informe, envarado, provocando á risa, los ojos cerrados, ó cuando más indicados ó medio abiertos. Objeto de culto y leyenda eran los Paladiones ó imágenes de Minerva (fig. 330), que ora consistieran en un pilar con cabeza y casco, ora con brazos, escudo y lanza, no tenían más acción ¡y era mucha! que la de amenazar con la lanza y amparar con la rodela. Estos eran á veces representaciones metálicas, en bronce, que se debían juzgar admirables por aquellas creencias y aquel arte primitivos. ¡Que tan lejos estaban los héroes de la leyenda del ideal artístico de los tiempos posteriores, y tan próximos se hallaban de las deformes figuras de pueblos asiáticos que les habían precedido!

Divinidades rústicas trabajaban asimismo la cerámica para el culto

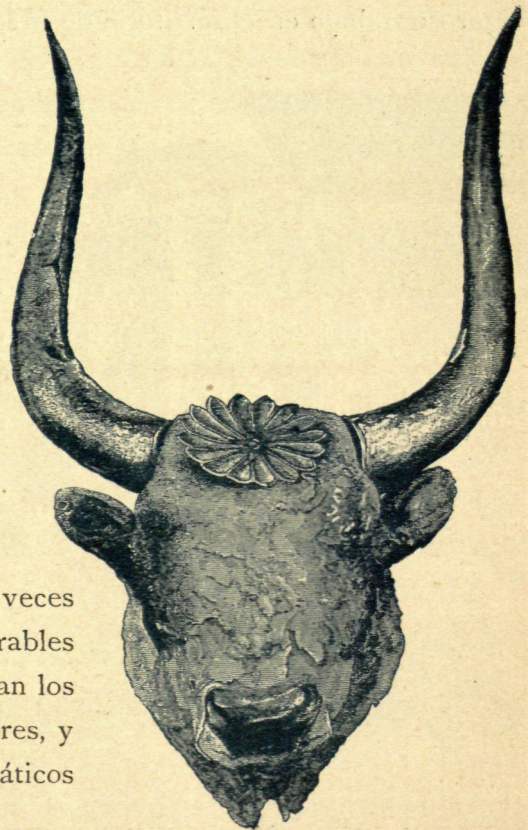


Fig. 331. - Cabeza de vaca

privado y el de las sepulturas, siendo muchas las que se han descubierto en diferentes épocas. Idolos de barro de esta clase imitando seres humanos ó diferentes animales con impericia asombrosa se han encontrado en las excavaciones de Micenas, comparables únicamente á los más toscos de América ó de Fenicia. Otros copiados en diferentes obras demuestran infantil intento de reproducir la forma humana. Así eran los dioses inmortales cantados por la poesía é imaginados por la escultura.

Figuras de divinidades en oro debían existir también, ya de trabajo macizo, ya labradas en láminas recortadas y batidas á martillo de modo forzado (*repoussé*), como era común labor entre todos los pueblos anteriores y contemporáneos de Asia. A esta clase de trabajo pueden pertenecer, si no son fábula, figuras cual perros de plata y oro, forjados por Vulcano, para guardar la sala del palacio de Alcino, á la manera que los esfinges ó los animales simbólicos de Nínive y Persépolis, y aquellos juvenes de oro, portadores de antorchas que ornaban la misma morada. A este género de obras puede agruparse la hermosa cabeza de vaca en plata (fig. 331) con cuernos de oro (de un pie) que luce en el testuz áurea estrella de dos pulgadas, vaca hallada en una tumba de Micenas; obra admirable en verdad, que revela vida y prueba habilidad en imitar esta clase de cuadrúpedos con el sello vigoroso y pasivo de los egipcios y los asirios. Su vista evoca recuerdos típicos de más de un Apis en bronce de artista señalado.

La obra de escultura que demuestra más claramente el sentimiento de lo oriental son los famosos leones de la Acrópolis de Micenas (fig. 332), erguidos sobre su puesto, amenazadores sin duda, y vueltos al espectador (y es lástima que les falten las cabezas), grandiosos y robustos, que forman con el aro ó pilar donde se apoyan una obra arquitectónica y de estatuaria monumental. En estos hay vida y carácter, impresión severa y primitiva libertad de inspiración, que no recuerda los toros alados, ni los leones de las construcciones asirias, pero que retrae su intento: hay en ellos el relieve sobre robusta lámina como en un *escudo heráldico*, alto, corpóreo y simétrico, con intención imitativa, decorativa impresión y paralelismo monumental, como en las puertas de Nínive.

La fama de la primitiva plástica era mucho mayor en las obras de relieve que en las figuras de la estatuaria. La *Iliada* menciona una imagen colosal de mujer en pie, vaciada ó esculpida en altísimo y vigoroso trabajo en el territorio de Magnesia y en la montaña de Sypylos (Asia Menor). Figura una mu-

jer llorando, según autores modernos que han dado con esta obra, con relieve de diez y seis pies y á doscientos sobre el nivel del suelo, que de cerca se confunde con una roca y á distancia produce efecto, indeciso en sus contornos, pero de una pieza antigua de corte primitivo y de puro influjo asiático. Era griega oriental, sin embargo, y se la conocía hasta en los tiempos de Pausanias por la Niobe de Sipylos.

Varias estelas esculpidas, algunas de cuatro metros, halladas en Micenas, dan también idea del trabajo en piedra con imágenes y adornos. La mejor de ellas representa en dos zonas un carro con caballo y cochero; otra figura con un arma entre adornos espirales y como volutas, y otra serie de volutas en filas á la manera que en las piedras y vasos de metal antehistóricos, que demuestra la permanencia de ciertos adornos primitivos y un influjo oriental de visible comparación. El trabajo es tosco y las figuras son intencionadas, pero inhábiles y casi infantiles.

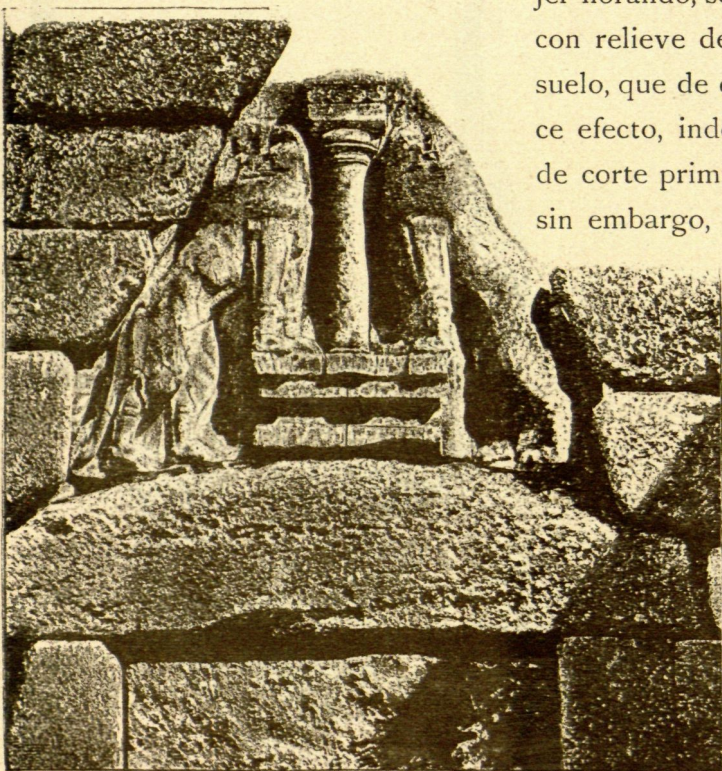


Fig. 332. — La Puerta de los Leones de la Acrópolis de Micenas

Fama mayor de obras portentosas tienen las armas con figuras trabajadas en relieve de las descripciones homéricas y otras. El escudo de Aquiles, pieza fantástica, hecha como de mano de Vulcano, es sin duda la más notable. Sus cinco cuarteles cubiertos de representaciones circularmente imaginadas, del cielo, la tierra, el mar, la vida pasiva ó guerrera, campestre ó urbana, las danzas en círculo, las fiestas ó escenas públicas del pueblo, el cuadro vivo de las estaciones con las siembras y las cosechas, los ganados pasciendo, los leones en lucha con dos pasivos bueyes, tienen un interés viviente, una elevación poética y un sentimiento plástico que interesan como cuadro descriptivo y de relaciones esculturales. El escudo de Hércules, aunque menos encantador y más fantástico, tiene también, en otra pieza poética, carácter de realidad, y los broches de manto ó el cinturón del mismo Heracles imaginados en la *Odisea*, con relieves de oro que figuran luchas de animales y de seres humanos, cual las de perros persiguiendo corzos, etc., del arte oriental, ofrecen semejanza con obras griegas, asiáticas y fenicias.

La fantasía de los poetas inmortales, ó de las populares fábulas brilla en estas descripciones más que el oro por su materia ideal; pero el sello de época, los rasgos de verdad, el concepto imitativo, reproductor por inspiración de tales cuadros, no es pura fantasía, sino inspiración de escenas parecidas que hemos visto esculpidas en Nínive, Persépolis, Mira y Asia Menor, en trabajo forzado sobre todo, de las copas de Chipre, Curium, Idalia, Amatonte, en la taza dicha de Palestrina, y que se hallan todavía, aunque en pequeño tamaño, en las piedras y objetos grabados de Micenas. La musa inspirada hallaba en ellos, sin plagiarles, el campo de sus conceptos, la realidad histórica de objetos que la Grecia admiraba é imitaba y la imagen viva que ornaba y embellecía con perfección ideal. Un estudio interesante comparativo entre la literatura y la plástica heroica y oriental pondrá cada vez más evidente el sello de verdad de las descripciones populares de los aedas. El arte no estaba en las obras á la altura imaginativa y técnica de literatura épica; pero la precedía en los conceptos y le daba las formas plásticas.

En Micenas se hallaron pequeñas piezas de oro y pedrería cuyos grabados, de un arte adelantado, representaban luchas de hombres y de leones, uno de éstos herido; escenas de caza y guerra, figuras agrupadas de ciervos con inquietud pintoresca que recuerdan perfectamente y con imagen viva las descripciones de los poetas. Son de un movimiento animado aunque hierático y de empuje sencillo, ingenuo y natural y otra de las reliquias de un arte esplendoroso lleno de imitaciones y rico de fantasía. ¡Qué lástima que no existan muchas magníficas representaciones, que harían una soberbia ilustración de la *Iliada* y la *Odisea* y de las obras de Hesiodo!

El arte de la joyería heroica produjo en preciosos objetos de adorno otras muchas figuras de aves, caballos, bueyes, ciervos, leones, lagartos, culebras, carros, soldados, figuras varias, hombres con una ó más aves, al parecer palomas; esfinges, grifos, leones alados, mariposas, calamares, en que hay igual asunto de la realidad, á veces en diminuto trabajo, y un sabor asimismo asiático en muchos de gran estima igualmente por el arte y lo nuevo del hallazgo. Las pequeñas cabezas de vaca vuelven á verse también en la escultura de relieve y grabado en pequeño tamaño.

En todos estos objetos hay una intuición penetrante de la vida y de la forma en quietud y movimiento. Mas donde sobresale ésta de una manera grandiosa es en varios antifaces de oro (fig. 333) que cubrían el



Fig. 333. - Antifaz de oro de uno de los esqueletos heroicos descubiertos por Schliemann en Micenas (un tercio del original)

rostro de cinco de los quince personajes heroicos enterrados en los sarcófagos de la Acrópolis de Micenas. Los que reproducen la figura del rostro en anchas láminas en que está dibujada la cabeza toda con severa ó adusta verdad, son de sorprendente expresión característica, á pesar de cierta rudeza y de las



Fig. 334. - Cruces de oro en forma de hoja ricamente ornadas (tres cuartos del tamaño del original)

abolladuras que produjeron en ellos los objetos de inmenso peso bajo los cuales se hallaron. Alguna de estas caretas originales está completamente torcida; mas aun así ofrece rasgos vivientes. Todas fueron trabajadas á martillo por el procedimiento forzado. En una de las máscaras se ve figurada una cabeza de león, desgraciadamente mutilada. Recuerdan otros objetos iguales, encontrados en Egipto y en Babilonia, el primero en la tumba de un hijo de Ramsés II.

La imitación de hojas naturales, sueltas y combinadas (figura 334), también aparece en esta joyería, como broches y adornos de ejecución muy hábil. Unas mil doscientas de estas piezas en oro se cuentan en el antes oculto tesoro de Micenas. La fauna y la flora unidas á rosetas, espirales, ziszás, estrellas, que constituían el ornato especial de esta joyería antehomérica; las figuras de mariposa y calamares, son una especialidad decorativa que representaban como bello y primitivo ornato. En unos broches de Micenas, y sobre todo en los platillos de una balanza de oro hallada en una sepultura, están con agraciado relieve (fig. 335). La flora pequeña, como flores de numerosos pétalos convenientemente dispuestos, ó en una sola distribución circular, formando hojas largas como en las basas de las columnas de Persépolis y Susa y con un botón en el centro, son de efecto gracioso, quizás productora de otros adornos posteriores en palmas del arte griego. Las hojas mayores, sencillas ó en cruz, son también preciosas. Los demás ornatos son en forma parecida ó casi igual al de la columna y otros fragmentos arquitectónicos hallados en el *tesoro* de Atreo, ó parecidos á las estrellas y rosetas de la decoración asiria. Los hay que forman un largo torzal ó varios superpuestos, como en las estelas sepulcrales, una estrella ó agrupación de estas. También figura el ornato de la joyería grupos á guisa de seis piedras dispuestas dentro de un círculo con otra como piedra en el centro y algunas con cinco adornos: todo enlazado á veces dentro de una combinación ornamental, con piezas interpoladas y sueltas.

Objetos preciosos de esta joyería son á la vez un sinnúmero de botones de oro y de grandes broches, hebillas llenas de primores de ornato; ajorcas que ceñían las piernas de los héroes á la manera oriental, con flores ó estrellas de relieve bellísimo, brazaletes en espiral con numerosas vueltas como los ornatos; empuñaduras de espadas en gran número, algunas de un arte delicado y composición rica; fragmentos de armas decoradas con relieves; copas de elegante forma llenas de juegos en espiral que recorren sus redondeadas superficies, varias con abrazaderas terminadas por la cabeza de dos cuadrúpedos; tazas de oro, dignas de los dioses y para beber los héroes, cubiertas de flores de bello

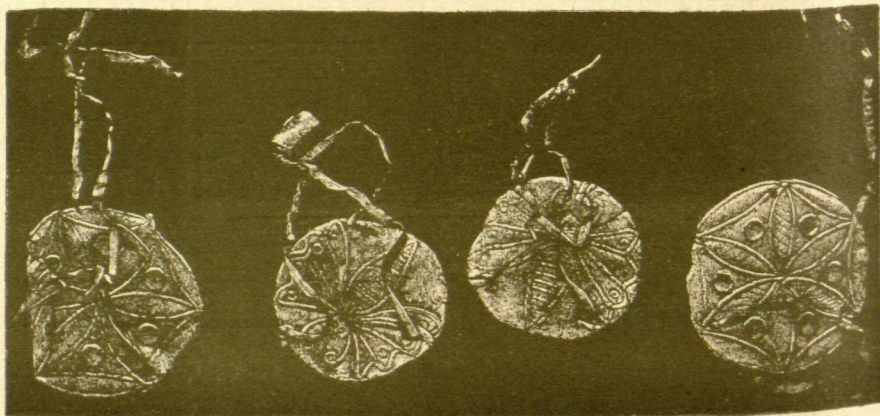


Fig. 335. - Joyas de oro con varias figuras (un quinto del tamaño del original)

relieve; diademas de sencillez y elegancia clásica con grandes piezas y ornatos de hojas, y alguna magnífica como corona regia (de dos pies) con treinta y seis artificiosos florones y frontal deslumbrante por el ornato y el repujado, como la más suntuosa presea asiática (fig. 336); corazas llenas de ornamentación; collares, cinturones, anillos con imaginería, pendientes, pulse-
ras; todo hallado en número increíble en unos cuantos sepulcros de Micenas, como leves despojos de las fabulosas riquezas que en los tiempos heroicos debían contener la Grecia asiática y la península griega.

Al ver los relieves primorosos, llenos de artificio, de dos vasos de oro hallados en un sarcófago de Vaphio, Laconia (fig. 323), se comprende mejor

aún el gusto suntuoso, original, de la imaginería decorativa empleada por los artistas pelasgo-helénicos. Representase en los dos vasos con dos cenefas, en uno la caza de toros no domados en un país agreste; entre palmeras y plantas rústicas; lanzan y derriban á sus cazadores, que les tratan de sujetar con lazos, en otro se figuran toros domesticados guiados por pastores y que pacen entre olivos y hierbas, y en los dos vasos están representados los cuadrúpedos con mucha naturalidad, grandeza, sabor pintoresco y vida vehemente y rústica, que recuerda las poéticas y concisas imágenes de la clásica poesía heroica. Con ellos revive ésta. Robusta forma, elegancia sobria, trazo enérgico y seguro, imitación real é inspirada, fantasía lozana y rica, naturalidad poética, son las cualidades que distinguen á estas composiciones maestras, de selecto y adelantado arte. Son joyeles estos vasos, dignos de los héroes de la *Iliada* y agrupables á los del tesoro de Micenas (fig. 337).

Ante tal cúmulo de suntuosas maravillas diríase que el Oriente había mandado á la tierra ciclópea la flor de sus riquezas ó enterrado en ella sus aparatosos reyes.

Forman hoy la glíptica y *esculptura* de la época heroica numerosas gemas de Micenas, Creta, Chipre, Rodas, Milo y otras islas, de la *Tholos* de Menidi, Vaphio, varios sitios de Laconia, Argólide, Corinto y Ática. Las de Micenas (fig. 325) representan leones *heráldicos* derechos y encarados, colocados

á la manera de los leones de la puerta de Micenas (fig. 332); grifos corriendo, devorando un cervatillo, vacas, cerdos, cabras monteses en grupos ó solas, grabados en ágatas, calcedonias, jaspe, sardónices y cristal roca. En las islas son principalmente piedras blandas, amatistas y esteatitas fáciles de grabar y trabajar al torno. Sus asuntos son parecidos á los de Micenas, y entre sus animales figuran el ibex de largos cuernos retorcidos, cabríos, cabras, toros, leones corriendo y otros animales de las piedras de Micenas; seres convencionales é híbridos compuestos de dos especies animales ó de hombre é irracional; caballos con cuerpo de pájaro, y cua-

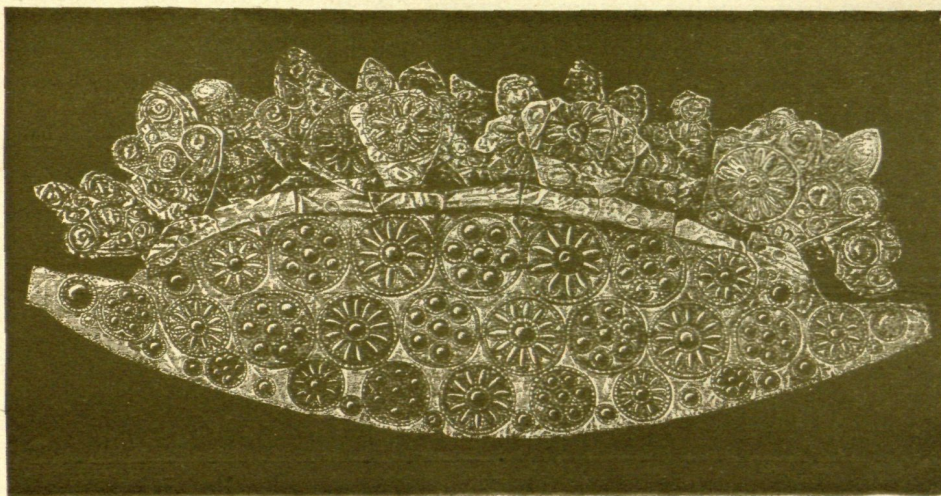


Fig. 336. - Diadema ó corona de oro de dos pies y una pulgada que ceñía las sienes de un esqueleto de Micenas (ornato en relieve)



Fig. 337. - Copa de oro macizo de cuatro libras de peso hallada en un sarcófago de Micenas (mitad del tamaño del original)

horizontales y verticales interpoladas por palmetas; líneas espirales, losanges, meandros á la vez ornamentados; cintas como tejidas ó trenzadas á manera de cordón; volutas y formas redondeadas, como las astas de un cuadrúpedo; cenefas paralelas, y de vez en cuando representaciones de fantasía que reproducen, equidistantes y paralelas, pequeñas siluetas de caballos con dos pies y cuello corvo como el del cisne. Son piezas en barro cocido de industria ya práctica, de arte que comienza: queda aún el torno en que fueron trabajadas estas ú otras vasijas de igual clase. A época antigua se remontaban los vasos en arcilla, como dijimos al tratar del Egipto, atribuyéndolos los griegos como invención á Corebus, y siendo los encontrados en Tirinto, en Micenas y en Hisarlick ejemplares de un arte adelantado que unía ya la gracia á la utilidad y se gozaba en engalanar sus productos con una ornamentación en parte imitada y en parte típica de la primitiva cerámica griega. Algunas de sus formas (crátera, jarro, ritón) y sus ornatos (ziszás, losanges, meandros, palmetas, líneas ondulantes) debieron servir de elementos á la más brillante fabricación de arcilla que conoció el arte antiguo.

Aunque la literatura homérica recuerda otros objetos suntuarios religiosos y profanos, como trípodes, cofrecillos, sillas, camas, tronos, carros, en los que entraba el metal común en láminas de bronce y cobre; el oro, el *electrum*, el marfil, como incrustaciones, y las maderas más ó menos finas, como base principal de muchos de ellos, nada puede darse con certeza, no quedando pieza ninguna que confirme las noticias escritas. Sábese sólo que eran obras groseramente desbastadas con el hacha, pulidas luego con mejores instrumentos y cubiertas de láminas de valiosas materias, con incrustaciones que debían fijarse por medio de clavos. También se sabe que en aquellas edades primitivas se gloriaban los personajes importantes de construirlas con sus propias manos como gala y prueba de su ingenio, y que era honrar al más noble con un objeto precioso de mano heroica é ingenio casero. Así Icmalius distingue á Penélope, consorte de Ulises, con una silla de su mano. Y el héroe épico tiene entre sus títulos el de haber fabricado él mismo con patriarcal sencillez una cama elegante ó artificiosa. El tejido y el bordado en piezas del traje, sin duda en alfombras y tapices á la manera asiática, también se cultivaba, según la leyenda, vistiendo los distinguidos personajes túnicas y mantos con imágenes en bordado. Piezas que quizás tejieron ellos mismos, tiñeron y bordaron con la sencillez de costumbres legendarias. Así se envolvía Ulises en una clámide con cabritillos y perros bordados, y la hermosa Helena con un traje en que había representado las luchas de acheos y troyanos (Homero).

El bordado era probablemente lo mejor de la pintura antigua: en el resto sólo se señala la rústica coloración de figuras con tonos chillones; el adorno ornamental de los vasos; las combinaciones de metales, marfiles, etc., como incrustaciones, y la distribución de unos ú otros materiales con tonos ó tintas distintos, ora pertenezcan á la industria llamada Toréntica, ora á la Empéstica.

Por lo mecánico se señalaron los antiguos pueblos de la gran familia griega en el arte de aplicar pequeñas piezas de metal batido y recortado sobre formas de otras materias, como madera y metales; procedimiento por el cual superponían figuras ú ornatos en grandes ó pequeños planos y producían composiciones ó combinaciones artificiosas y típicas que suplían el nielado y el esmalte. También trabajaron el metal en piezas ó á martillo para darle forma, y unían por medio de la soldadura, primero de cobre y encima de oro, por ejemplo, en la vaca de Micenas, las formas de una pieza de escultura de cierto tamaño. Trabajaban el metal por láminas forzándole con el martillo y unían también las partes distintas claveteándolas. Pero no conocían la fundición en pieza que los tiempos posteriores aprendieron ó inventaron, ni las artes del nielado y esmalte que el Egipto y el Oriente practicaban.

Estaban todavía en los comienzos de los procedimientos artísticos de las civilizaciones occidentales. Carácter semi-mítico tenían por esto todavía entre ellos las familias de artífices que inventaban, introducían ó aplicaban determinados instrumentos, como el yunque, las tenazas, la fragua, y los transmitían con su sucesión á la posteridad. Así eran los *Telchinos* ó fundidores, que comunicaban sus artes hasta los

dioses, dando á Neptuno (Poseidón) el tridente: habitaban en la isla de Rodas; los *Dactilos* de Ida y Troya; los *Smilis*, representación de los artífices, ó artistas, Eginetas y aquel famoso *Dédalo*, figura legendaria que recordaba entre los artistas de Creta algún invento ó adelanto técnico. A él se atribuían figuras en Creta, trabajos en Libia, la creación de agrupaciones de esculturas industriales, y como á otros artistas de su fama, artes mágicas y de encantamiento.

Hasta entonces las imágenes, las divinidades y los símbolos eran de madera, desproporcionados, deformes y feos; tenían los brazos paralelos y pegados al cuerpo, las piernas perpendiculares y unidas, los pies juntos y como dormidos, los ojos cerrados y el conjunto envarado á la manera de las figuras egipcias, cuyo influjo en Grecia no es posible determinar claramente en el período homérico por la falta de noticias precisas y de restos arqueológicos encontrados. Lo que se comprende es que las imitaciones griegas, si es que eran imitaciones, carecieran del arte y la grandeza de las obras imitadas, por la inhabilidad mecánica de aquellos reproductores. Dédalo, según la tradición, fué quien dió algún movimiento á la estatuaria; quien les despegó los brazos del tórax; quien les abrió los ojos á la luz como conato de vida, y el que les adelantó el pie derecho en actitud de andar; él fué quien les dió cierta acción arcaica y movimiento rítmico, como aspirando á producir la plástica activa y viviente — ¡cándido intento de tal época!; — él quien, al decir de Homero, trazó en la vasta Cnoso un coro para Ariana, la de la hermosa cabellera. Mas sea ó no Dédalo personaje mítico; represente ó no escuela ó núcleo de artífices; fuera el símbolo del arte en progreso ó una figura individual histórica, es lo cierto que sintetiza el movimiento artístico de Grecia y explica sus adelantos antes del período dórico y entre los siglos xv y xiii. Su figura legendaria se recuerda como la del notable arquitecto y mecánico que construyó en Creta el Laberinto donde se encerró al *Minotauro*, y que sirvió también á su autor de encierro por disposición de Minos. Lleva por un lado el sello mítico por haber escapado de esa su cárcel fabricándose alas de plumas debidas á su artificio; el sello que daba la fantasía y la poesía de los helenos á todos sus héroes antehistóricos y á sus personajes legendarios, y toma por otro lado, como fugitivo matador de un ateniense refugiado en la Creta de Minos, el carácter heroico-histórico de aquellos personajes fogosos y turbulentos, ó inquietos y benéficos, que, como Teseo y Hércules, Cecrope y Danao, producían loables acciones, acometían arduas empresas y sentaban con su audacia grandes piedras de la historia, cimiento de fuerte cultura, acompañándolas de rudos actos, de crueldades y hasta criminales ardidés y riesgosas fugas con que esquivaban peligros. Era Dédalo, para la fantasía de los griegos, uno de los indomables genios que con hercúleo empuje les impelieron al adelanto, tomando por su grandeza apariencia fabulosa.

Con él agrupó el egregio cantor de la *Iliada* y la *Odisea* otros artífices notables que tienen sentido histórico y algunos apariencia mítica: Epeus, el del caballo de Troya, astuto y heroico constructor; Tychis, hábil en el trabajo del cuero, el que hizo el escudo de Ajax del ancho pellejo de un toro; Polybe, el industrial de Nausica, la hermosa hija de Alcinoos, soberano de los teacienses; el dorador Laerces, metalista ingenioso, que batió piezas al fuego, orífice y platero distinguido, que ornaba los cuernos de las reses inmoladas en sacrificio; los magníficos sidonios, que labraban plata y oro en los vasos repujados; Harmonides, albañil ó arquitecto; Phereclus, diestro en ensamblar la madera; Icmalius, el que forjó en plata y marfil el regio sital de Penélope, y hasta el soberano Ulises, carpintero de su alcázar, que hizo el tálamo nupcial, ó la veleidosa Helena, que bordaba en un *diplax* la lucha diaria y sangrienta de troyanos y griegos (1), pecado de su hermosura. Artistas y artífices antiguos de aquella edad de hierro que hacen memoria de una industria entre las industrias artísticas, y señalan los simples medios con que se preparó el adelanto por mecánicos expertos, soldados de abolengo y primorosas mujeres.

El arte plástico heroico fué creciendo así entre la mitología y la realidad, entre la fábula y el adelanto;

(1) J. P. Rossignol: *Des artistes homériques*, París, 1861.

tomando por distintas vías y procedencias, formas, ornamentación, escenas, procedimientos de Asiria, de Egipto, de Fenicia, quizás de Frigia y de Lidia; creando en su seno un confuso cosmopolitismo de industrias y artes, que con su aliento poético, su gusto selecto y su inspiración vivificadora fundió, como en las fraguas de Vulcano, y transmitió con nueva vida, cual imagen de Prometeo, á la Grecia de Praxiteles y de Fidias.

DESARROLLO DE LA PLÁSTICA GRIEGA EN EL PERÍODO HISTÓRICO

(á contar del siglo VIII antes de Jesucristo)

Al desaparecer la civilización pelásgica ó pelasgo-helénica, al entrar la Grecia en nueva senda normal, tras la invasión de los dorios, tomaron el país y su cultura un sello peculiar histórico que fué genuinamente helénico. Todos los pueblos de la gran familia ariana habitantes de la península y sus islas y colonias, jonios, dorios, eolos y aqueos, y por añadidura la antigua levadura turano-pelásgica, entraron á formar parte del contingente nuevo y dieron novísimo carácter á la civilización naciente. Entre los siglos XI y VIII tuvo lugar ese acaecimiento que fué una transformación histórica. El arte, renuevo de entonces, se informó en tal cambio de ideas, á que contribuyeron andando el tiempo las predisposiciones de raza, las costumbres públicas y en algo las privadas, la cultura, el gobierno, las leyes, la organización de la familia griega, los grandes hombres, la religión, la riqueza y el comercio, las influencias exteriores y los acontecimientos históricos. Todos esos elementos sirvieron de estímulo á la formación del espíritu nacional, que halló por fondo constante, por campo perenne de acción, la local naturaleza.

De esas causas, como se ve, unas son cósmicas, etnográficas, cual esa naturaleza, el suelo y clima, las razas, hombres y pueblos; y las otras históricas, las costumbres, gobierno y organización pública, la cultura y grandes hombres, la riqueza, religión é influencias exteriores y los acontecimientos históricos, en que va involucrado lo demás, desde la naturaleza á la creencia. Permanentes fueron los acontecimientos naturales; variables y sucesivos los históricos, que, ora colorieron perennemente los períodos, ora con diversidad, desarrollando ó decreciendo, según épocas, la influencia de determinadas tendencias, dando brillo siempre á la Grecia histórica, que aparece hoy con los vivos y gratos tonos del arco iris en el vastísimo espacio de la humana historia. Formaron en Grecia, como en todas partes, la naturaleza y el hombre el *medio natural* ó el fundamento etnográfico, y compusieron los elementos históricos el *medio social*, que da el relieve sociológico al arte y á la historia. Y uno y otro aspecto tuvieron entre los griegos marcadísima importancia, siendo sobre todo en el arte de un relieve plástico sorprendente. Sin los sucesos permanentes no tuviera aquella plástica caracteres etnológicos, y sin el activo trabajo del tiempo y sus influencias transitorias, crecientes y mudables, no hubiera adquirido la expansión y el alto cuerpo con que la vemos perennemente en la sucesión de los tiempos. Esto sucedió en todas partes; mas en Grecia, por las condiciones locales y geográficas, por la vida viril y por la organización libre del pueblo, fué más visible y extensa la acción de los factores laborantes de la historia.

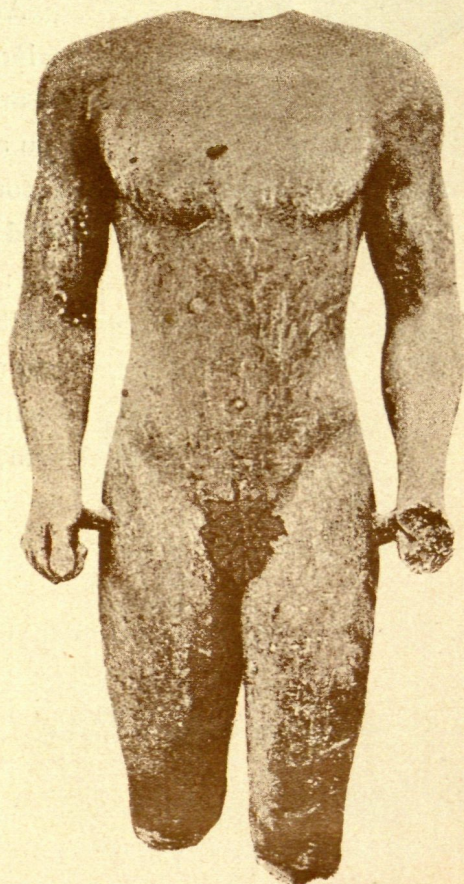


Fig. 340. — Fragmento de una estatua del siglo VI, hallada en Beocia (Museo de Atenas)

Suprimidos los elementos en acción, no existiera el arte griego; eliminado uno de sus elementos le faltarían caracteres, y si fuera posible borrarlos, nos aparecería inexplicable é incolora la vasta y compleja producción artística que tan clara y simple parece. Y estudiados los medios de formación y desarrollo de la plástica helénica, merma en mucho la sonada influencia del arte egipcio y oriental en sus admirables obras.

A partir del siglo VI se hace por completo griega toda labor estética, todo trabajo artístico, toda manifestación de la vida y de la cultura helénicas: la arquitectura y pintura, y sobre todo la plástica (fig. 340), no dejan vislumbrar entonces rastro ni indicio, ni siquiera átomo de la imitación breve y embrionaria, de la influencia corta de las artes orientales, que cesa rápidamente. En ese segundo período de influjo egipcio-asiático, el arte griego se emancipa con virilidad y rapidez de toda imposición extraña, probando cuánto era el vigor, cuánto el brioso empuje de aquella civilización naciente y del ingenio fecundo de sus artífices y artistas. ¡Y de qué hermosa manera, con qué grandeza inaudita realiza su emancipación y viste de originalidad los bellos frutos de su ingenio!

El arte griego es griego puro desde esos primeros pasos, y griego admirable (fig. 341), sublime, en sus períodos florecientes, sin que deba ya entonces al extranjero orientalismo ni su sello nacional ni su rápido adelanto. Sólo los primeros conatos de los siglos VIII á VII marcan livianas señales, rarisimas en la escultura y sólo señales externas, de impresión asiro-caldea, fenicia, siria ó egipcia. Fué el estímulo primero, el buscapié instintivo al deseo de ser artista, con que un pueblo entonces niño, que luchaba por formarse, remedaba á pueblos viejos en dar forma á los conceptos é imitar la realidad; mas adolescente y crecido,

adulto el imitador, bastóse pronto á sí propio y se despojó de elementos con que por lo grotesco, lo simbólico, lo encogido y envarado, lo falto de vida natural se ornó antes de prestado: eran un anacronismo y un estorbo inadmisibles á las formas y al ingenio de típico sello histórico y de caracterizado grecismo.

Aquella naturaleza simpática, clara, expresiva; plástica de gran relieve, cariñosa y armónica, fué el iniciador, é iniciador perpetuo, de la tendencia artística que tomó el arte helénico desde fin del siglo VII. Su belleza y su armonía se imponen siempre al espíritu y le ordenan y metodizan, le disponen á sentir lo bello con regularidad, sencillez y medida; su plasticidad se hace tangible y acostumbra á lo corpóreo y lo escultural marcado: las ideas que produce son precisas, claras, lineales como formas de dibujo, y tienen un vigor y un nervio que deja visible el troquel que les dió forma expresiva. Ante la naturaleza griega no sólo se está elocuente, signo de armonía interior y de impresión viva en el espíritu, sino que se está artista y plástico en las ideas: se tiene la viveza de imágenes y se dice con relieves y hasta con formas de bultos que son las imágenes mismas. Y el alma queda inspirada, repercutiendo las impresiones que se injertan en el espíritu. El aspecto moderado de todas las formas exteriores no produce excitaciones, no lleva á desequilibrios, y deja en plena armonía el ánimo de quien admira.

Por todas partes rebosa vida la vegetación y las montañas, pero vida natural que comunica el sentido de lo real proporcionado, que tiene por modelo ó ley de medida la forma humana y viviente: la planta, el animal, el hombre. Y el hombre, el animal y la planta son en el suelo un tipo de relación y de comparación



Fig. 341. — Venus de Gnido (?)
existente en el Museo del Capitolio (de fotografía)

de medidas que tiene todas las perfecciones en proporción y forma. Nada hay allí desigual; nada que rompa la ley acorde basada en la humana unidad; nada que ofrezca desproporciones, ni contrastes, ni oposición nacida de desequilibrios, pues la naturaleza griega parece una obra de arte, un vasto templo natural lleno de perfecciones, de encantos pintorescos y de relaciones humanas, creada por sublime artista para morada del hombre. Y ni el Pindo, ni el Olimpo, ni el Parnaso, el Ida, el Himeto, el Helicón, el Taygeto, el Citerón, el Pentélico, ni los más altos montes griegos rompieron nunca esa ley armónica del suelo que le rodea, con desmedidas proporciones, formas desmesuradas ó fantástica impresión que dejen el ánimo en suspenso por el desordenado sublime. Ni, como ya se dijo, hay vastos llanos, ni caudalosos ríos, ni colosal vegetación en medio de la cual se pierda el hombre como un punto en el espacio, que le ahogue ó que le aplaste; ni picos, abruptos cual los Alpes ó el Pirineo nevado; ni hondos precipicios espantosos, sino naturaleza simple, montes que se dibujan, siluetas que se pintan en el cielo y que descienden á la llanura armoniosas y van á buscar el mar suavemente y ondulando (1). Por eso aquí la poesía y el arte fueron siempre una armonía y proporción delicadas, nunca un producto gigante desordenado y confuso como virgen maleza. Por eso el sello distintivo de la poesía y del arte fué lo bello, no lo sublime, y no hubo templos ni esculturas colosales que rompieran la ley armónica con su excesivo tamaño, ni se salieran de lo humano que es módulo natural.

El aire, la luz, el cielo confortan y excitan en Grecia á impresiones delicadas; templan el alma y la saturan de agradables impresiones; estimulan la vida íntima y forman el cuerpo y el espíritu con lozanía vigorosa (fig. 342): hacían al hombre expansivo, no encerrado en sí mismo; alegre, no melancólico; ameno, no adusto ni esquivo; activo, de fantasía y de brillante espíritu, como el éter transparente y el espacio azulado; claro y abierto cual la luz, y que sin doblez ni repliegues se dejaba adivinar con su ingenuidad de raza, como el contorno de sus playas ó la cresta de sus montañas. Ameno y jovial el griego reflejaba aquella vida de la atmósfera serena y el verde frescor del alma que da la alegría del cielo. Y el griego vivía de la luz, del cielo azul, del aire, de la temperatura grata que le daban fogosos bríos y del pintoresco cuadro de sus llanos floridos y arbolados, de sus cordilleras y el mar. El elemento azulado, mar, cielo y montañas, era un activo factor en el color de su espíritu que tomó de celeste el tinte, en lo terso y claro, lo diáfano de las ideas, que hallan en el transparente azul el símbolo de un común modo de ser. Suprimid á Grecia el cielo, y desde Asia á Italia cambiará completamente el suelo de aspecto; quitad al griego el elemento azul y dejará de ser griego: raza, genio, vida, empuje, carácter expansivo, armónica naturaleza se extinguirían por completo. Luz, mucha luz, aire, mucho aire, cielo claro y esplendente, éter diáfano bañado en celeste azul, ardiente sol vivificador, he aquí lo que necesitó y halló el heleno para entonar su cultura, colorir su poesía, hacer la vida grata, briosa la expansión del pueblo y luminoso el arte. Y el mar azul, que pasa del violado denso al claro verde de esmeralda (2), que en día de bonanza es nítido como el cielo, daba á sus moradores y á sus pescadores y marinos aquella melancolía dulce propia de Sorrento ó Nápoles, distintivo del Mediodía que aún conserva el canto griego de las marismas y playas. El alma respiró poesía y naturalidad viviente en aquellos pueblos antiguos por influjo natural, tomó flexibilidad expansiva, apasionado temple, finas y estéticas sensaciones, plasticidad natural, amor por lo visible y plástico, afición á lo armónico y proporcionado, á lo corpóreo poético, y se predispuso al arte.

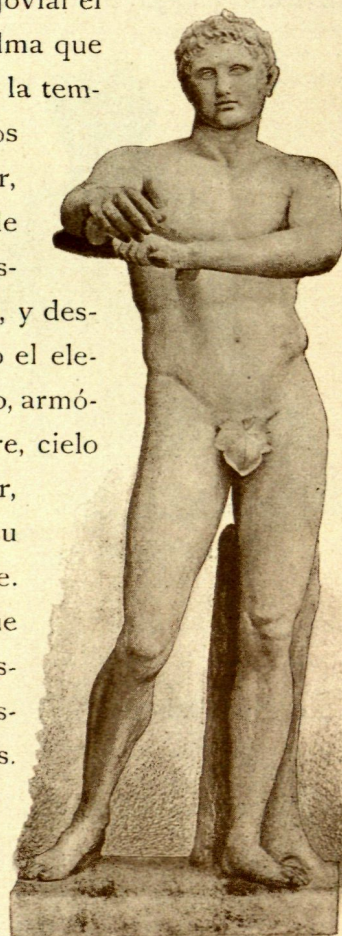


Fig. 342. - Atleta de Lisipo conocido por el Apoxyomeno del Vaticano (de fotografía)

(1) Pablo Milá y Fontanals: Apuntes de su *Curso de la historia del arte*, 1857.

(2) G. Perrot: *Le sol et le climat de la Grece*.

Aquella predisposición natural y aquella vida expansiva concitaron siempre el ánimo á gozar de la belleza, y al hombre, del mundo real. Acostumbráronle á vivir á toda luz y aire libre, en plena naturaleza; en la sociedad de iguales, en la plaza y en el pórtico ó bajo platanares umbrosos. Allí, en la armonía exterior, aprendió á sentirse hombre, á juzgarse ciudadano, á ocuparse de lo público, á vivir de vida social y á aspirar á la grandeza de la ciudadanía y la patria. Causa fué la naturaleza con sus condiciones gratas y su atractiva apariencia de que el griego en todos tiempos amara el ocio de la vía pública y se apegara á lo común, no á lo individual y privado, á las empresas sociales, á las expansiones populares, á las manifestaciones patrióticas, á las fiestas y ceremonias y á la elocuencia y la poesía; y como por resultado de todo, sintiera pasión por el arte, que era la expansión más externa y el más noble embellecimiento de la plaza y del ancho pórtico. El arte monumental decorador del sitio público nació de ese apego á la vida exterior de los ciudadanos griegos.

Permitía el clima suave, el aire tibio y el sol ardiente mucha sencillez y libertad en el traje, sobriedad de ropas y desnudez de cuerpo, que hacían al hombre viril, á la mujer graciosa y á ambos económicos, contribuyendo así á la desocupación y libertad por la escasez de dispendio y de cuidado en el vestir, que hacía fácil el vivir público por liberal desprendimiento: permitía á la vez hacer constante exposición de la belleza del desnudo á los hombres y mujeres en todas las edades juveniles. Para el mancebo y el joven viril una camisa de lana sin mangas y que cubría hasta los muslos, y unas bien ceñidas sandalias sujetas al tobillo eran las piezas indispensables, y para abrigarse del frío ó guardarse de la lluvia una manta breve y ligera con que se cubría la cabeza y el cuerpo, á veces perfeccionada, apellidada *clámide*, añadiéndose en los viajes un casquete ó gorra calada, un sombrero de ancha ala ó estrecha y suspendida, un *pileo* ó gorro de mar, un *petasos*, una *causia* ó un *obbatús* y un bastón ó largo báculo que facilitaba la marcha. Traje sencillo, gracioso, y juvenil, negligentemente ceñido por un cíngulo ó correa, que caía en regulares pliegues, desiguales y flexibles, y que dejaba la forma humana constantemente á la vista sin reserva ni aprensiones. Este fué el elemento simple que dió perpetuo modelo á los artistas griegos, después de acostumbrar á todo el pueblo á admirar el desnudo. Entre los pastores y gente pobre se suprimió hasta la blusa, cubriéndoles sólo el cuerpo el envoltorio ó manta que dejaba en descuido por natural costumbre gran parte de la persona. Así se imagina á Diógenes.

Sólo era el traje talar, la túnica caída y larga, para los hombres ancianos, los magistrados y gente grave con representaciones públicas, pero aun como raras excepciones de aquel traje nacional. Así se vistió á Baco en la decadencia griega, y en túnica ceremoniosa al Apolo Musageto, tañedor de plecto ó lira. Era el traje talar peculiar de las mujeres (fig. 343), que desde tiempos heroicos le llevaban suelto, ó ceñido con descuido bajo el seno, sin mangas y sujeto por broches en el centro del hombro; traje ó túnica larga que se desprendía del cuerpo con sólo soltar



Fig. 343. - Danzadora de Herculano, hecha en bronce



Fig. 344. - Diana del Vaticano vistiendo el peplos (de fotografía)



Fig. 345. - Aquiles hiriendo al joven Troilos junto á un altar (copa de Eufronios)

los imperdibles y que dejaba traslucir la forma desde el pecho hasta los pies aun con la túnica doble (fig. 344). Con sus pliegues y caídas verticales y paralelas convertía en obra plástica, en severa ó hermosa estatuaría, sus bien formadas mujeres. Y las danzadoras, las coristas y tocadoras de instrumentos, las atractivas figurantas, usaban tenues vestidos, velo diáfano del cuerpo, que incitaban al velarlas. Común era hallar las doncellas vestidas cual los mancebos, haciendo ostentación de sus gracias, en Esparta y otros sitios, sin temores ni recelos, y sirviendo en toda Grecia de atractivo al ingenio, hasta en plena adolescencia, mujeres desarrolladas, cautivando en la vía pública por su perfección y sus gracias.

El traje airoso del soldado es el traje nacional con la túnica plegada hasta el arranque de los muslos, pintoresco traje griego en que los vivos y cabos y los bordados sencillos, pero de gusto exquisito, hacen todo el ornamento. No hay nada que oculte las formas, nada que prive la acción y el movimiento libre, y en los hombres y mujeres, púberes y ancianos, todo invita á hacer del cuerpo la admiración del pueblo y el estudio de los artistas. No hubo en aquel traje artificio, ni cupo suntuosidad; pero hubo sencillez y gracia, sobriedad de elementos y bello ornato de la forma, desde la sandalia roja ó de colorido gayo y la franja ornamental, á la coraza lustrosa y el casco y cimera bruñidos. Mas en unas y otras piezas de equipo y vestido griegos es el traje en todos tiempos, no un envoltorio del cuerpo, sino molde de la forma y realce de la belleza. Con él viste constantemente el despreocupado griego en la ciudad y en campaña (fig. 345), de pie ó sentado en la ancha vía, moviéndose entusiasmado ó echado en la verde hierba entre concierto de amigos, accionando en todas partes con entera libertad como con piezas que hizo para usar en vida pública. La amable naturaleza fué quien inspiró aquel traje de tan adecuado uso y de forma tan artística.

Y esa misma naturaleza fué quien hizo frugal al griego, parco en la alimentación, económico de tiempo y dispendio, para que acaudalado ó humilde pudiera consagrar su acción á la vida social y pública. Con unas pobres legumbres y corta ración de pesca se sentía



Fig. 346 - Ejercicios de los efebos, pintura de un vaso

confortado para pasar el día (1), contender y discutir. El pueblo de estas condiciones era de una raza fina, robusta y resistente, nacido para la acción, la lucha, la actividad batalladora, el gimnasio y la palestra (fig. 346), la existencia al aire libre y las contiendas patrias: era aquel pueblo de marinos y soldados, de pastores y labriegos que tenían la energía de fuertes hombres y la belleza de sus dioses, que como seres superiores se hacían esculpir en mármol.

La propia naturaleza ofrecía las materias con que engrandecer á esos hombres: el bronce de Corinto, la toba calcárea de todas partes, la piedra del Pireo, el mármol del Himeto empleado desde el iv siglo, el pentélico transparente, el mármol de Tegea muy usado por Scopos, ó el de que el Ática formó una sólida masa ó una montaña, y el de Paros, «el más hermoso de todos y á la vez más luminoso, aquel cuyas rubias cristalizaciones y suave brillo recuerdan de modo mejor los cálidos tonos de la carne (2);» el oro, la plata, el plomo y otros metales de Laurium, que el ateniense aleó para sus hermosas fundiciones, no faltándoles tampoco el estaño, el cobre, ni el hierro, que el suelo no producía y que aportaban los fenicios. Pródiga la tierra y rica en costas, dió á la escultura medios para hacer renombrados á sus hombres, héroes á los atletas, inmortales á sus ingenios y sublimados á sus dioses. Y el arte nació por obra de ese suelo con todos sus elementos y típica grandiosidad.

Para el arte nació la raza por su forma y por su espíritu. Aquella belleza exterior de los dorios y los jonios, sin igual sobre todo en éstos, de púberes, mancebos, doncellas, matronas y adultos, hasta de severos ancianos, era un elemento activo para formar escultores apasionados de la forma, y un estímulo constante en toda la sociedad para estimar lo hermoso. Por eso en aquel pueblo no aprensivo se hacía alarde en todas partes de la perfección corpórea. Millares de vasos pintados demuestran hasta qué punto era cosa familiar el presentar el cuerpo humano de los hombres y mujeres en toda su desnudez. Bañábanse las doncellas griegas en las heladas aguas del Eurotas á la vista de todo el mundo sin reserva ni envoltorio; concurrían á los gimnasios exentas de todo abrigo haciendo ostentación de su cuerpo; luchaban en Esparta con los jóvenes sin impresión de pudor, y se exhibían constantemente á los artistas y al público para probar los resultados de la educación corpórea y la perfección adquirida en su belleza externa. Combatían en el teatro en plena desnudez, y desnudas danzaban en las fiestas públicas ante los jóvenes y el Senado ó los reyes y el pueblo entero. Era un honor, no una vergüenza, el don de la hermosura, y por obedecer á Periendo y hacer obsequio á su mujer, todas las hijas de Corinto fueron desnudas al templo de Venus Afrodita.

La pasión por la belleza era casi una idea religiosa, pues los concisos espartanos decían al elevar sus preces: *Añadid á lo bueno lo bello*; los habitantes de Segesto (Sicilia) erigieron á Filippo de Cortona un templo, y en él hicieron sacrificios por su extrema hermosura, aunque era extranjero; y fué requisito indispensable para ser sacerdote de Apolo, de Júpiter adolescente, de Mercurio y otros dioses, el tener el don divino de la belleza y haber ganado por ella premio. Entre las cuatro cualidades del ser feliz ponía Simónides la hermosura, y llegó á decirse en Grecia que el alma de un ser bello dejaba á éste al morir con extremo sentimiento. Los éforos de Esparta obligaban á los mance-



Fig. 347. - Venus de Médicis, tal vez reproducción de otra hecha según Phriné (de fotografía)

(1) Aristófanes y Luciano dicen que con tres aceitunas, un ajo y una cabeza de sardina vivía un griego. (Véase H. Taine: *Philosophie de l'art*, tomo I, parte II, v.)

(2) J. Perrot: Artículo dicho de la *Revue des deux mondes*.

bos á presentarse á su presencia para juzgar de sus formas y corregir sus defectos. Y los cultos atenienses llevaban sus hijas á Aspasia para que impresionadas de sus maneras adquirieran bellas formas. Así Sócrates conducía á sus discípulos ante la etaira Teodota, tipo de encanto natural, para que pudieran admirarla festejándola por sus amores, y se llevó tan al extremo esa pasión por lo perfecto y la armónica belleza, que Platón en su República condenó á muerte á los contrahechos, y Licurgo en sus Estados despeñaba á los imperfectos de lo alto de un precipicio. Era una aberración tanto extremo; mas aunque parezca en parte excesivo, era un estímulo del arte aquella pasión por lo bello. A la vista de tantos datos que suministra la historia, se comprende que todo un pueblo, una nación de cien pueblos, de montes, mares y ríos, de sociedades sin cuento despoblara su propia patria y fuera á morir á Troya por la hermosura de Helena.

La raza griega compuso un pueblo ideal bien nacido para el arte y para la forma plástica que se basaba en el desnudo; para el arte era una nación que tenía por únicos estímulos la gloria, la belleza y el patriotismo. Y era noble, generoso, entusiasta, poético y de un sentimiento delicado; así acometía las más arduas empresas, como ejecutaba las más nobles acciones; así cantaba apasionado las glorias de la patria, como se extasiaba ante los fenómenos naturales, sus tradiciones y anécdotas, ó frenético se apasionaba ante las obras de sus artistas, la elocuencia de sus oradores, el razonar de sus filósofos, las imágenes de sus poetas ó las glorias de sus soldados y capitanes insignes. Su fino sentido de lo bello le hacía distinguir el ingenio, la fuerza, la gracia, la chispa, la habilidad, la astucia, la destreza dondequiera que se hallara y amar con pasión la hermosura como fortuna ó don divino.

Por eso sin tener frivolidad dió premios á la belleza en todas las formas posibles; premio á las mujeres más hermosas; premio á los mancebos más gallardos, y distinción y lugar honroso en fiestas y actos públicos á los más bellos ancianos. Esparta, Lesbos y los Parrasios, entre muchas ciudades griegas, tenían concursos de doncellas y mujeres; el arcadio Cipselo los instituyó para los hombres, y para hombres y mujeres los conservó la Élide. Desde los tiempos de Homero era la belleza un premio: ejemplo eran aquellas siete escogidas lesbianas que habían ganado el lauro de las hermosas y que como regio presente ofreció Agamenón á Aquiles para aplacar su cólera. Y en época mucho más moderna se hacía lenguas el pueblo de Atenas admirando al bello Antolico que brillaba en la vía pública como antorcha encendida en la oscuridad de la noche, ó aplaudía con frenesí á Phriné que, por imitar á Venus desnuda, salía ante el pueblo reunido de entre la onda oscura y la blanca espuma del mar (fig. 347).

La gracia hizo que se dieran recompensas en la fiesta de Apolo en Philesia y también en Megaria al púber ó adolescente que con más arte y gracia supiera imprimir un beso (hoy parece frivolidad), y el dulce y bello mirar hizo decir de Demetrio que tenía en sus párpados las Gracias: fuera ligereza de espíritu en cualquier país excepto en Grecia, donde las rudas lacedemonias ponían junto al lecho nupcial las bellas figuras de Nireo, Narciso, Jacinto ó Cástor y Pólux para tener hermosos hijos. Desde los magistrados más severos hasta las criaturas más frívolas era un rasgo distintivo el tener adoración y culto por la belleza.

Y el pueblo que así pensaba unía la belleza á la gloria, consagraba la hermosura á la patria, á un ideal elevado, en las fiestas, en los juegos, en las ceremonias públicas y en los campos de combate. Una simple corona de olivo ó una corona de laurel era la mayor recompensa de un

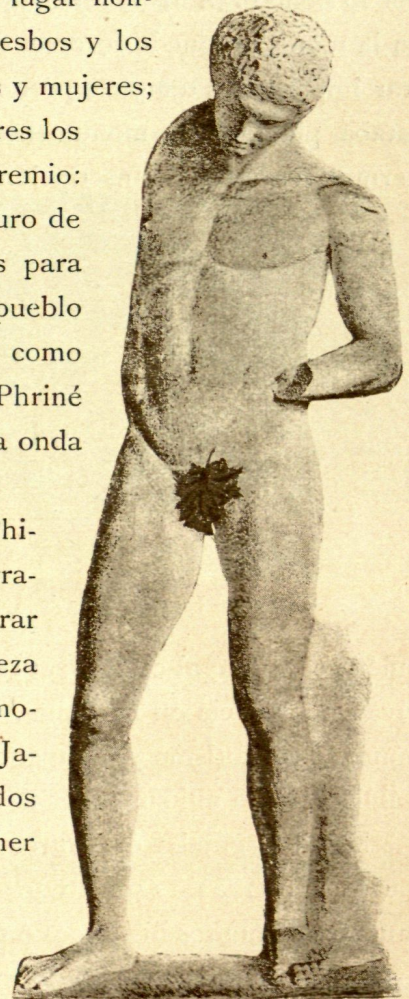


Fig. 348. — Estatua del atleta de la Gliptoteca de Munich, época de Mirón

ciudadano heroico, de un individuo hermoso ó de un vencedor diestro ó fornido, como de un cantor ó poeta. Por la gloria luchaban y por ella sabían morir. La sed de gloria provocó las justas literarias, musicales y artísticas y las fiestas populares de que salían cien laureados. Herodoto, Píndaro, Esquilo, Sófocles y Fidias, Cresilas y Policleto lucharon sólo por la gloria y pasaron á la historia por ella. La idea de una recompensa, de un simple y modesto gajo, de una corona valiosa, de inscripción honorífica en un tronco de columna ó de una estatua de recuerdo ó icónica figura era la mayor fortuna para el ciudadano griego (fig. 348). Y esa pasión distinguida era escabel del arte que por ella daba estatuas en fabuloso número á todas las ciudades griegas y á los templos y edificios en que se celebraban justas.

Fué el amor á la patria y á la ciudad nativa otro elemento artístico, pues libres los ciudadanos de toda mira personal, de todo interés egoísta referente al individuo, consagraban sus elementos al embellecimiento público y á recordar la grandeza del estimado suelo. Antes de la muerte de Alejandro no había quintas ni palacios de repúblicos y acaudalados; las moradas de los ricos y de los políticos ilustres eran rústicas cabañas de endeble tapia y frágil puerta como las de gente más pobre. Escalábanse fácilmente y penetraban en ellas los explotadores de lo ajeno horadando sus tabiques. Un lecho humilde y poco cómodo y algunas ánforas bellas eran el principal mobiliario (1); sólo una fuente pública proveía de agua á toda Atenas, y las vías rurales de Grecia eran yermos descuidados. En cambio abundaban los buques para defender la patria; sobraban soldados patriotas, y las ciudades y santuarios estaban poblados de edificios magníficos, de pórticos y sitios públicos, donde se ejecutaban actos cíviles, y de estatuaria admirable que recordaban loables hechos y á ciudadanos viriles.

Atenas sola hacía memoria de aquellos días renombrados en que el patriotismo, la gloria y la pasión por lo bello eran los móviles activos de su preponderancia histórica, política y artística. Con Pausanias en la mano, se puede recorrer de imagen sus prodigadas maravillas. No se podía dar un paso sin encontrar imponentes templos, pórticos magníficos, teatros y odeones suntuosos. La sola calle de los Trípodas estaba plantada de monumentos de triunfo de los vencedores de justas, y las vías más modestas de hermes cubiertos de inscripciones en honra de los que murieron en los campos de batalla. Los pórticos



Fig. 349. - Hipnos, cabeza de bronce hallada cerca de Perasu

concurridos estaban tapizados de pinturas recuerdos de la epopeya de Troya, del combate de las amazonas y de las guerras con los persas, que ofrecieron á Grecia victorias y capitanes ilustres. Estatuas y bustos de esos y otros soldados, prez y defensa de la patria; cenotafios de patriotas, cual el del insigne Temístocles; columnas conmemorativas de acontecimientos notables, y hasta columnas de bronce que recordaban perpetuamente

quién se vendió al oro persa; representaciones de dioses y de seres venerados, todo tenía su imagen con viva importancia en las calles. Era que la grandeza, que servía de aureola á las nacionales pasiones, de honor y patriotismo y de apego á la hermosura, se hacía plaza con el arte de manera ostentosa. La vida pública estaba allí simbolizada por tales obras y con ellas daba prueba de las condiciones de raza.

Mas presentaba ésta otros rasgos de sublimado sello, que eran á la vez rasgos artísticos. Son entre varios la fuerza de espíritu que les hacía elegir con admirable juicio crítico y fundir en nuevo molde los muchos elementos históricos ó tradicionales que el arte extranjero y el nacional proporcionaban, puliéndolos y depurándolos de todo lo que de espíritu advenedizo pudiera distinguirse; otro es el espíritu de selec-

(1) H. Taine: Obra dicha y lugar citado.

ción que á las formas naturales aplicaron para producirlas con sello de arte; otra la plasticidad de espíritu que se traduce por esculturas y forma plástica como rasgos importantes de familia indoeuropea; otros, en fin, el entusiasmo por las obras de concepto: la pasión por la poesía y la inventiva é imaginación corpórea que convirtió en realidad poética todo lo que concebía.

Así al explicarse el origen de la pintura dirá el griego que fué fruto de un idilio de amor de un joven apasionado, que al despedirse de su novia dibujó en la pared el perfil ó sombra oscura proyectada por el rostro de la feliz enamorada; y si quiere explicar el origen del capitel corintio contará que al morir una doncella ornó su nodriza con una cesta el sepulcro de la niña, dándole por cubierta un ladrillo ó tableta de alfarero, y que con el transcurso del tiempo creció ondulante bajo esta losa, por entre la canastilla endeble, la hojarasca lozana de un acanto, antes oculto en el suelo, que le sirvió de corona. Así también al contar impresiones naturales dará vida, figuras y asuntos á los sitios pintorescos: dirá á una gruta junto al Neda, antro donde se retiró Ceres tras el rapto de Proserpina; al pantano de Lerna, el lugar y escena en que por mano de Hércules murió el león de Nemea; á la fuente de Pirene, en Corinto, el lugar donde Pegaso apagaba su sed ardiente, y llamará al río Inaco padre de la fabulosa Io. Y Boreo, Orithia, Notos, Hipnos (fig. 349), Bellerofon, el Pegaso y Eryctonio tomaron varias figuras de caballo ó de serpiente; la preponderancia de la agricultura y el comercio se convirtió en una encarnizada lucha entre Atena y Poseidón, y todo asunto moral ó de ingenio, toda forma real ó imaginaria adquirió por obra de fantasía aspecto viviente ó humano y escena cómica ó dramática.

La pasión y sentimiento tomaron aspectos distintos favorables al arte cuando el entusiasmo por lo bello rayaba en fabuloso. Fué así que los siracusanos, vencedores de los griegos, á quienes degollaban sin piedad, les desataron sus cadenas, les dieron hospitalidad y les volvieron salvos á su patria, por sólo haberles oído cantar unos versos de Eurípides; por ello los vencedores de Atenas que asistían á una representación del dramaturgo de Salamina cejaron en la idea de destruir la ciudad de Minerva con sólo haber oído decir al coro significativas palabras: «Venimos, hija de Agamenón, á esta humilde y desolada cabaña.» La sentida frase del poeta arrancó lágrimas á los vencedores, que compadecieron el infortunio de la ciudad en desgracia. Así se hizo sublime el corazón magnánimo por el influjo del arte. Y ese arte se imponía á los más íntimos sentimientos. Lleno de pueblo un día el teatro, llegó la noticia de otra derrota que ponía en riesgo y llevaba el luto á muchas familias; cubrióse la multitud la cabeza con el manto para expresar su dolor, y por respeto al genio siguió silenciosa y solemne presenciando la representación. Y así se explica el entusiasmo unánime con que se aplaudía á un vencedor, ó saludaba el pueblo entero la historia de Herodoto y las líricas poesías de Píndaro y Corina. Todas esas cualidades revelan en aquella rama ariana el mayor equilibrio de espíritu en armonía con el del cuerpo y el carácter más adecuado para las fruiciones del arte.

Eran las costumbres públicas la masa solidificada de los rasgos etnográficos, el resultado final de sucesivas acciones. Las bellezas naturales y de raza, la



Fig. 350. — Hércules disparando un dardo, inspirado en las figuras de los gimnasios y atléticas. Colección de Carapannios

afición á la vida pública, la pasión á la hermosura, la inclinación al desnudo, el amor á la patria y á la gloria produjeron unidos el concurso de circunstancias sociales que se tradujeron en costumbres. A la vuelta de tiempo los hechos aislados toman carácter y rasgos nacionales; los premios á la belleza se hacen una necesidad; el desnudo y el cuidado de la buena organización del cuerpo humano, una exigencia; el vigor y la fuerza, un distintivo patrio; el honor y la gloria, un derecho; el patriotismo, un deber, y el arte una idolatría común. La gimnástica se generaliza, y no hay mancebo ni doncella, no hay ciudadano griego que no le rinda tributo. Hasta las divinidades arcaicas toman apariencia atlética (fig. 350). El desnudo viene por consecuencia de tal ejercicio, y á contar de la XV Olimpiada se hace acto forzoso con Orsippe el megario corredor, y luego de uso general en la lucha y otros ejercicios atléticos (fig. 351 y 352). De Creta y de Esparta vino á Olimpia como costumbre pública, siéndolo antes en esos países como natural usanza para los trabajos de fuerza, agilidad y destreza. Desde la Olimpiada XX á la L llegó á su mayor

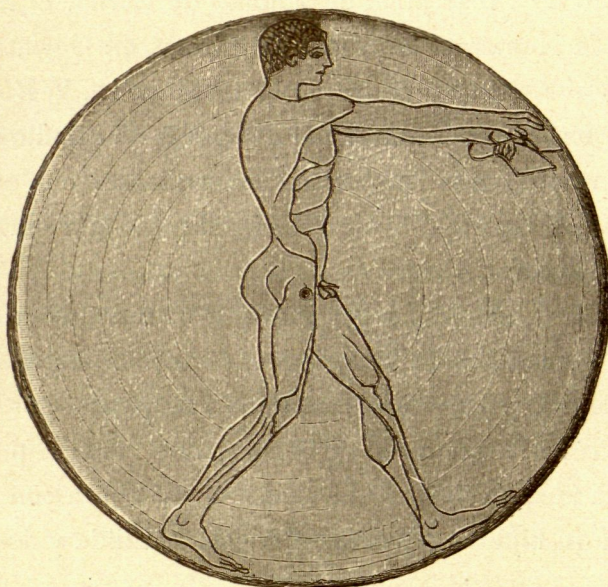


Fig. 351. - Efebo armado de halterios pronto á saltar

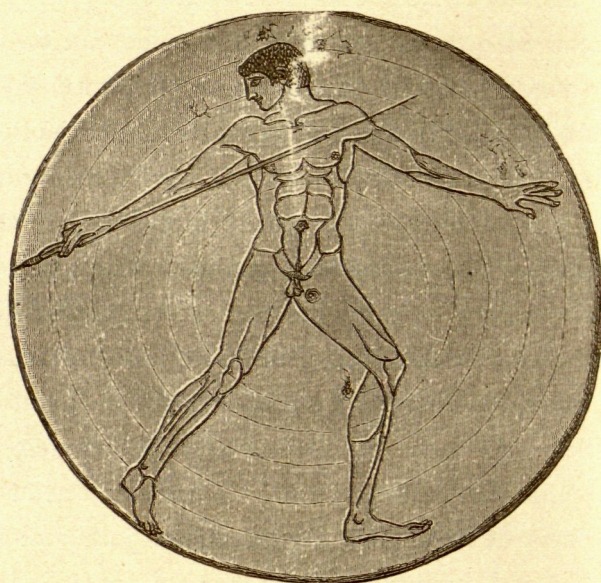


Fig. 352. - Efebo disparando el venablo

auge entre los lacedemonios; siendo, como en muchas ciudades, de uso común en Egina por las Olimpiadas XLV y LXXX, y de brillantes resultados en Cortona entre la L y LXXV. En todos esos ejercicios la gracia, elegancia y distinción de las actitudes y movimientos constituían cualidades y méritos; al par que la experiencia y maestría en el desarrollo del cuerpo, la armonía y belleza de formas, señalaba el peculiar saber en que se distinguían los maestros. Generalizóse también por entonces todo género de danza y rítmica, y con Sacadas, Taletos y otros, los géneros orquésticos crecieron en expresión y esplendor (Olimpiada XL á L) acompañados de la música. Tespis y varios trágicos coetáneos (Olimpiada LXI) y posteriores eran maestros de danza en que lucía con gracia y arte el cuerpo vestido y desnudo. La expresión, las actitudes, movimientos, manera y acciones y el compás rítmico, variable y adecuado, no menos expresivo, constituían los rasgos más salientes del baile figurativo, la *gimnopódica* y la *hiporquématica*.

Las danzas cívicas, religiosas, militares y dramáticas fueron otros tantos espectáculos de admiración popular y de peculiar empleo en las fiestas y ceremonias. Y en ellas era el desnudo un elemento principal requerido por la costumbre. Los jóvenes más esclarecidos, sin distinción de sexos, y los personajes de más nota, toman parte en esos bailes como en solemnísimo acto. Sófocles, hermoso adolescente, se desnudó de su traje después de la victoria de Salamina para bailar, cantando el Pean ante los trofeos de la victoria; y Alejandro Magno, el gran Alejandro, tributó en Asia Menor homenaje á los despojos de Aquiles, celebrando carreras de ilustres en que corrió desnudo con sus generales insignes. Todos los mozos griegos danzaban en grupo la pyrrica, llevando por único traje un casco, un escudo y una espa-

da (1); y ante las procesiones sagradas y las ceremonias cívicas, en los actos religiosos, en las fiestas más notables de carácter nacional, las muchachas y los jóvenes se hacían admirar del pueblo por su habilidad artística, su distinción y sus encantos. En cambio las mujeres, exentas de tales ejercicios, iban á presenciarles vistiendo sencillos trajes, ariosos y holgados, blancos como la nieve, orlados de primorosas franjas y plegados con sobrio buen gusto. Hermoseaban la cabeza con artístico peinado, los pies con primorosas sandalias, y haciendo alarde del moldeado busto y brazos, daban estímulo á los artistas y modelo á la estatuaría. Hacían con ellos hermoso corro, envueltos en el doblado manto, los varoniles ancianos, y con su ligera blusa los jóvenes y adultos gallardos. El arte plástico estaba allí humanizado y vivo en animado cuadro.

Grecia, país de fiestas y ceremonias públicas, ponía constantemente en evidencia á sus hombres importantes y á los artistas y gente hábil en ejercicios corporales. El número de solemnidades religiosas y cívicas en honor de seres divinos, héroes y acontecimientos históricos tenían lugar allí por centenares, y crecían sin cesar con los sucesos públicos ó las militares empresas de que se hacía memoria y en que se daban gracias á los dioses. Más de trescientas fiestas anuas ocupaban los altares. En muchas los actos de culto y los sacrificios y ritos hacían imponente el cuadro de impresión pintoresca: quinientas reses se sacrificaban en Atenas entre nubes de humo en conmemoración de los triunfos que ocasionaron los persas. En otros esas prácticas en uso iban acompañadas de regocijos festivos, de lides y concursos. Sólo el desocupado griego pudo tomar parte en tales fiestas con su trasiego continuo y convertirlas en actos ciudadanos. Y algunas, las más imponentes, ocupaban con sus justas y regocijos á toda Grecia, á las colonias más lejanas y á los países vecinos.

Los juegos públicos de Nemea en el poblado de este nombre dedicados á Júpiter, ó en memoria de Opheltes, lucían carreras de carros con carácter funerario; los ístmicos ó de Corinto, consagrados á Neptuno, eran también de espectáculo; los píticos en honor de Apolo, que se celebraban en Delfos con más prestigio que los otros, admitían en sus justas todos los ejercicios peculiares á tales fiestas,

á pie, en carros y en luchas y habilidades distintas, en concursos de canto para loar á Apolo, de flauta, poesía y letras y diferentes danzas que probaban arte y destreza. Celebrábanse todos periódicamente con más ó menos retardo para darles solemnidad: éstos cada cuatro años (primero cada nueve) y aquéllos siguiendo trienios ó con periodicidad de tres años, y en todos señalaba un símbolo la suerte de los afortunados: en Delfos eran co-

tas, en concursos de canto para loar á Apolo, de flauta, poesía y letras y diferentes danzas que probaban arte y destreza. Celebrábanse todos periódicamente con más ó menos retardo para darles solemnidad: éstos cada cuatro años (primero cada nueve) y aquéllos siguiendo trienios ó con periodicidad de tres años, y en todos señalaba un símbolo la suerte de los afortunados: en Delfos eran co-

lección: éstos cada cuatro años (primero cada nueve) y aquéllos siguiendo trienios ó con periodicidad de tres años, y en todos señalaba un símbolo la suerte de los afortunados: en Delfos eran co-

lección: éstos cada cuatro años (primero cada nueve) y aquéllos siguiendo trienios ó con periodicidad de tres años, y en todos señalaba un símbolo la suerte de los afortunados: en Delfos eran co-

(1) La pyrrica era una danza militar que bailaban desnudos los mancebos y á veces con arcos militares y coraza. (Véase el bajo relieve hallado en Atenas por Beulé entre 1852 y 1853.)

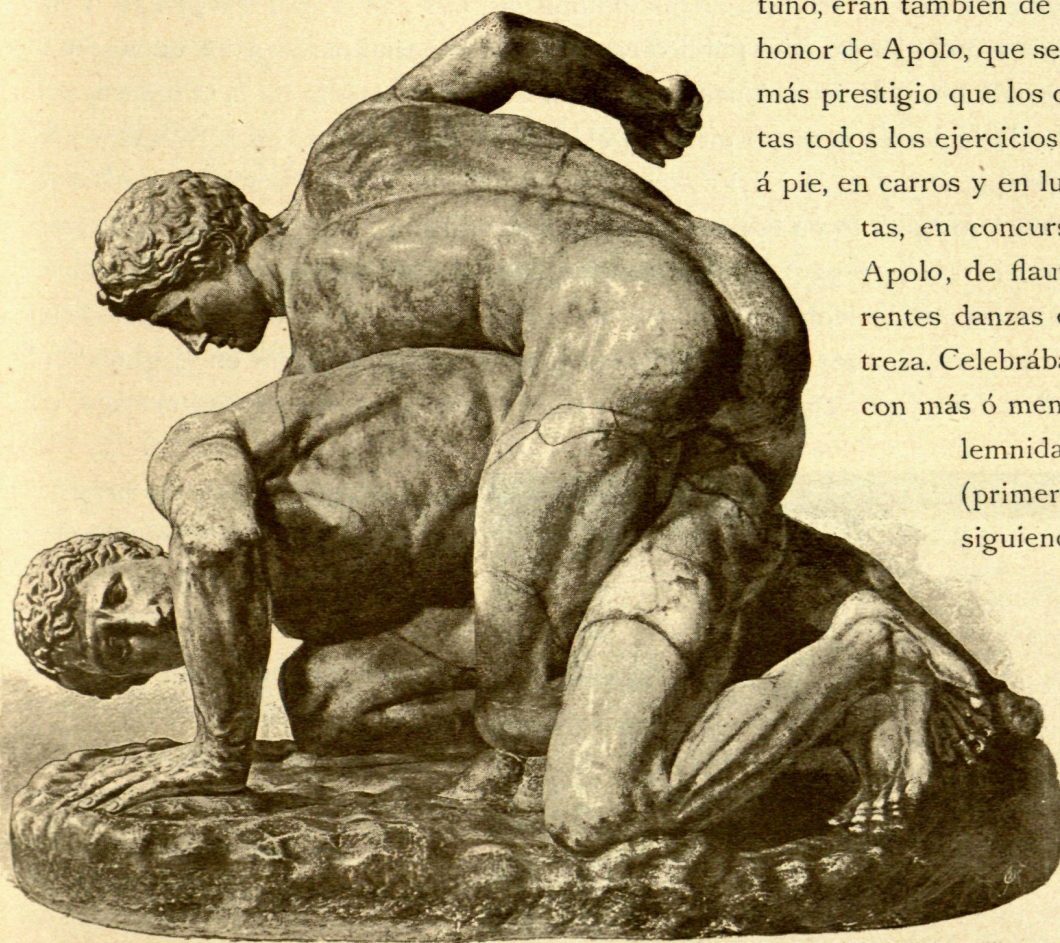


Fig. 353. - Los luchadores, grupo de Pancraciotes, existente en la galería de los Uffizii (de fotografía)

ronas de laurel, ramas, frutas y guirnaldas, y antes joyas y objetos artísticos; en el istmo de Corinto coronas de pino ó de perejil, y de esta clase, especialmente como símbolo de luto; y trenzadas de olivo eran las coronas de Nemea. La fama popular de tales juegos recuerda su prestigio y su artístico y patrio carácter, retrae el de otros muchos é imita los renombrados de Olimpia.

Aquí, como en el resto de Grecia, eran ejercicios populares los que hicieron desde antiquísimo tiempo su prestigio nacional. El salto, la carrera ágil á pie y á distancia, á veces empuñando armas; el disco redondo y pesado (1) de origen lacedemonio; la jabalina disparada con fuerza é intención; el vigoroso y diestro pugilato, en casos sangriento y mortal; la lucha cuerpo á cuerpo que recuerda el grupo de Florencia (fig. 353); las justas á caballo con una ó dos monturas, y en carros con briosos corceles ó mulas enjaezadas; ejercicios algunos antiquísimos, coetáneos de Homero otros, y cantados con pasión por Píndaro los de atrevidos carreros. La forma humana aparece majestuosa con ellos, y la vida y fuego de los desbriados cuadrúpedos en las bigas y cuadrigas polvorientas eran dignas del carro de Aquiles, del Sol ó de la Aurora (fig. 354). Las danzas rítmicas y acompasadas, bélicas, dramáticas ó sacras; los coros y cantos solemnes, solos ó acompañados de instrumentos, la flauta y la lira; la poesía lírica, dramática ú otra, la elocuencia, la filosofía y la historia fueron otros tantos ejercicios que unían el arte y las gracias, las nobles formas del ingenio y el vuelo espiritual, á las materiales cualidades de los gimnastas diestros y atletas para el prestigio de las fiestas que cada cincuenta meses presenciaba el sagrado de Olimpia en su estadio y en sus pórticos. Y la plástica con sus símbolos, sus dioses y sus efigies ó icónicas figuras, dió artístico carácter, el más artístico si cabe, á la animación patriótica.

Remóntase la fecha de los juegos olímpicos al año 884 antes de J. C., en época de Iphitus, coetáneo del legislador Licurgo y como él espartano. Otros le dicen 408 años posterior á la ruina de Troya, señalándole muchos, y hoy comúnmente, como fiesta nacional, el año 776, en que Coroebus el heteo fué vencedor en la carrera. De entonces data la era de las Olimpiadas, ciclo de cronología griega. Y hasta entonces sólo el correr á pie era el ejercicio del público estadio. Por etapas aparecen los otros que fueron dando prestigio y variedad á esa fiesta nacional. La corrida del doble estadio en la Olimpiada XIV; en la XVIII el pentathle y la lucha; el pugilato en la XXIII; la justa en carros en la XXV, y por la necesidad de innovar se establecieron en la XLI Olimpiada premios de ligereza, lucha y pugilato para niños (2). Las muchachas entraron pronto en esa competencia corporal con los premios de la carrera, en que obtuvieron más de una victoria (fig. 355). El desnudo fué ley y costumbre en tales fiestas públicas, en que se quería ver, no sólo los ardidés del competidor y su resistencia corporal, sino la organización y la forma que antes en el transcurso de diez meses se habían puesto á prueba diaria en el gimnasio de Olimpia. Por causa de la desnudez y por consideración al pudor y á otras circunstancias morales, estu-

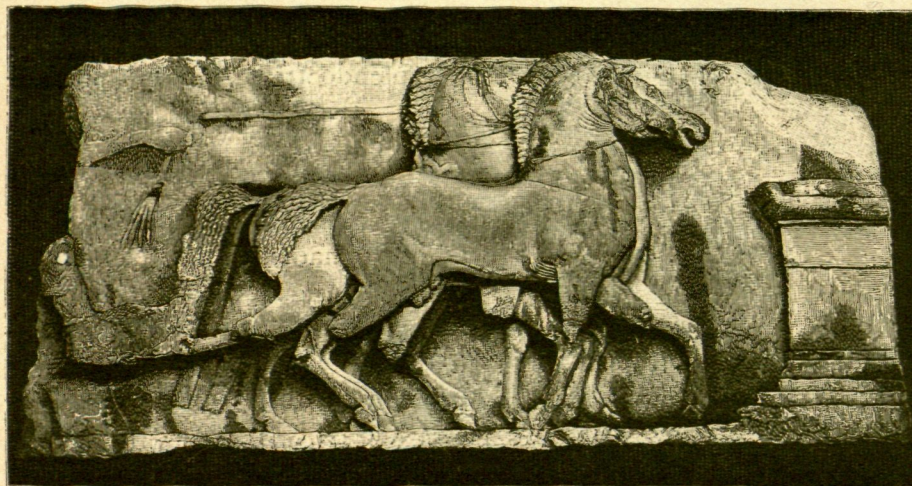


Fig. 354. — Carro de carreras en un bajo relieve de Delfos, en mármol, obra policroma del siglo V

vieron excluidas las mujeres durante algún tiempo de presenciar esas fiestas; mas quebrantada la privación con el relajamiento del rigor á que acostumbró el entusiasmo, participaron de aquellos espectáculos á la par de los varones como de acontecimiento glorioso en que tomaba parte todo griego.

(1) Véanse las reproducciones de los dos discóbolos ó lanzadores de discos, que damos en estos capítulos de arte griego, obra de Mirón y Naucides.

(2) E. Beulé: *Peloponeso. Elide*.

Y todo griego contendía en él, ora como espectador, ora como actor; pues de las más lejanas comarcas, de las colonias griegas más apartadas, de Asia, Libia, Egipto, Sicilia, Francia y España, iban á presenciar los juegos que una fama imperecedera y vasta había hecho famosos en todo el mar Interior donde aportaban buques griegos, «en aquella corona de ciudades florecientes que rodeaba el Mediterráneo.» Era la mayor de las fiestas, la única fiesta nacional que conocía el país, en que se suspendía la guerra y se imponía la paz entre contendientes vecinos, se hermanaban los helenos de diferentes regiones, cesaban los odios y antagonismos, temporalmente por lo menos, y hasta se suspendían los procesos y ejecución de criminales y se concedían indultos: eran los días de armonía en que héroes como Temístocles, frenéticamente aplaudido, y filósofos como Platón, silenciosamente escuchado, iban á recoger un lauro y á hacer pública su grandeza, proclamando en su entusiasmo que eran aquellos momentos los más felices de su vida. Y después de esas justas que despoblaban la Grecia por un anhelo de familia, que llevaba á Olimpia á todo noble ser en quien había sangre griega, para admirar los triunfos de compatriotas vencedores y soberanos adalides, volvía el ciudadano á su hogar llevando la impresión de la grandeza y las glorias de la patria. Como un eco imponente y sonoro repercutía por todas partes el clamoreo nacional. Regresaban los espectadores al hogar para renovar el entusiasmo y despertar nuevos estímulos para la próxima Olimpiada, y avivar el amor patrio con sentimiento nacional; y tornaba el vencedor á la ciudad nativa llevando el laurel de la victoria. En Olimpia dejaba su estatua si era vencedor una vez, y otra icónica figura que vivo le reproducía si lograba alcanzar tres premios (fig. 356), y su ciudad nativa le consagraba otra después de recibirle en triunfo, como el vencedor heroico, montado en suntuoso carro y abriendo brecha en las cercas ó muros de la ciudad para dar solemne paso al laureado con fortuna.

Los nombres de esos atletas y otros ciudadanos quedaban registrados en Olimpia y por igual en Delfos, en los demás juegos públicos, y en el santuario y en su ciudad tenían lápidas é inscripciones. En los juegos nacionales daban el nombre á la Olimpiada, y en el bosque sagrado de Apolo y en el de Júpiter Eleo quedaba recordando una estatua que tuvo la patria un hijo eximio, señalado ó bravo. El pinar sagrado de Neptuno, campo de los juegos ístmicos, como el Altis de Zeus Olímpico, estaban atestados de recuerdos y de un pueblo en forma plástica. La admiración obligaba á más, pues la ciudad en muchas partes, cual acontecía en Atenas, les llamaba hijos preclaros, les daba sitios preferentes en todos sus actos solemnes y les mantenía del fondo público. Los que llegaban vencedores de los concursos píticos recibían en Atenas extraordinaria recompensa, y podían aspirar á señalados puestos y á cargos distinguidos, cual aquel colosal atleta, Milón el Cortonense, siempre vencedor de Olimpia, y de quien guardó el bosque sacro la estatua, que fué elegido general de numerosa tropa griega y marchaba á su frente envuelto en una piel de león y armado de gigantesca maza á semejanza de Hércules. En toda Grecia eran juzgados los justadores con éxito como seres extraordinarios, superiores á otros mortales y de dones más que humanos. Por eso el entusiasmo era grande y el honor semi-divino; con él se podía dejar de existir después de inmortalizado.

Cuéntase un suceso legendario de un anciano que tuvo sus dos hijos coronados á un mismo tiempo en Olimpia. Aplaudidos los atletas con apasionado júbilo por la multitud entusiasta, hicieron partícipe al padre de su extraordinario éxito suspendiéndole en sus hombros y paseándole en triunfo ante la muchedumbre apiñada. Mas ésta que juzgaba inaudita tan excesiva fortuna, y superior á un ser humano la de padre tan dichoso, prorrumpió en exclamaciones de frenético trans-



Fig. 355. - Joven de Elide, victoriosa en la carrera. Estatua en mármol del Vaticano

porte y gritaba al confuso anciano: «¡Muere Diágoras, muere! ¡No verás mayor fortuna: te es imposible ser dios!» Y cuentan que el feliz viejo, hondamente impresionado, agitado y convulso, murió atáxico de gozo, abrazado á sus dos hijos entre la gritería y el entusiasmo. Sea anécdota, sea verdad, dice un autor que lo recuerda copiándolo de los antiguos, prueba esto que para un heleno ver en dos hijos hercúleos puños y las piernas más ágiles de Grecia, era, entre las dichas terrenas, colmo de fortuna; y que con este juicio se prueba hasta qué extremo se admiraba el cuerpo robusto y la humana perfección (1). Pruébese también la importancia de los juegos y fiestas públicas por el valor que tenía un lauro alcanzado en Olim-

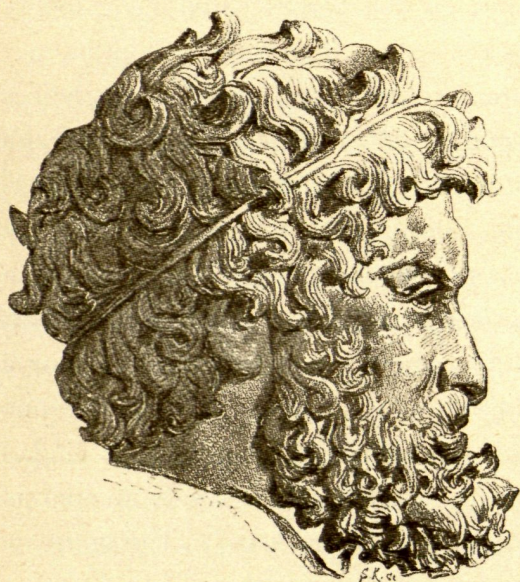


Fig. 356. - Cabeza en bronce de un vencedor en los juegos olímpicos, en el pugilato ó el *pancracio*

pia, y el sublimado sentido del patriotismo y el honor entre los clásicos helenos. Diágoras y sus dos hijos pasaron á la posteridad por la pluma de escritores que contaron sus hazañas reconociéndolas del pueblo, y por el grupo de estatuas erigidas en Olimpia que tendían la mano diestra en ademán de súplica, implorando de los dioses favor y apoyo divinos y amenazaban con la izquierda como luchadores fuertes en el *pancracio* y el pugilato.

Tales ejercicios públicos daban ciudadanos fornidos y robustos y soldados vigorosos, patriotas llenos de amor propio, de entusiasmo y pundonor capaz de grandes acciones; mas lo que sobre todo hacía era proporcionar enseñanzas y modelos á la escultura, que se distinguían con sus obras. La vida habitual y el traje griego acostumbraban al artista á las impresiones de la forma; mas los ejercicios públicos ofrecían con el desnudo mayores enseñanzas: exhibían por una parte bellos modelos y daban con ello noción

de los rasgos de la vida, de las proporciones del cuerpo, característico dibujo y saliente modelado; y ponían á la vista por otra parte al hombre todo en acción, con movimientos naturales y actitudes artísticas, con nuevos efectos é impresiones, con expresiones pasajeras marcadas con cambios de vehementes pasiones, con sorpresas mil de la vida y juegos sin fin de luz y forma, con masas esculturales esbeltas y airoas, varoniles ó hercúleas, que imponían por sus siluetas y dibujo acentuado ó enérgica musculatura. Era la enseñanza del desnudo que mejor cuadra al artista por las impresiones que produce y los recuerdos que deja, y de que debían tomar apuntes los escultores griegos. No es la enseñanza fría del modelo desnudo, sin energía ni arte que se adquiere en los talleres, ni la noción docente de la musculatura en acción, que enseña la anatomía; no es ninguna de esas prácticas de aplicación académica, sino la atractiva lección, constante y siempre distinta, en mucho inesperada, de la naturaleza que acciona por obra del pensamiento y de actividad fisiológica.

Y en las artes orquesticas que, como decía un maestro, eran una expresiva *mímica, armónica y acompañada* (2), presentían el vulgo y los artistas de cuánto era capaz el cuerpo humano en expresión y movimiento, y en movimiento elegante, cadencioso y acorde, enseñado con buen gusto por trágicos distinguidos. Porque la danza griega y todo cuadro ó escena mímica eran *una expresión de afectos y sentimientos íntimos*, traducida por acciones, ademanes y actitudes. Así en las fiestas nupciales representaba el baile los deliquios del amor y los apasionados transportes de la pasión más ideal; y en el teatro y otras diversiones, en las ceremonias religiosas, cívicas ó militares, en los funerales y comidas era un accionar selecto, relacionado con el sitio en que la danza tenía lugar, compuesto para él, vivamente expresivo de las cualidades salientes, de la filosofía sintética de tales espectáculos, ceremonias y actos. De esto viene que en Atenas mujeres y doncellas llevando cestitas y atributos sagrados, ejecutaban danzas y marchas expre-

(1) H. Taine: Obra citada.

(2) P. Milá: Lecciones dichas.



Fig. 357. - Estatua de escuela ática arcaica, existente en el Museo de la Acrópolis de Atenas

sivas, pantomimas simbólicas, ora con modesto pudor, ora con poco tímido transporte; que en Delos muchachas coronadas de flores representaban pasajes de la leyenda de Apolo y Artemisa y de las aventuras de Latona; que en Atenas grupos de jóvenes imitaban con insinuante balanceo el de una agitada isla azotada por las olas, y en cuyos pasajes se mezclaban muchachas de Delos que simulaban con formas coreográficas las tortuosas revueltas del laberinto de Creta; y que en Esparta doncellas vestidas de ligera y corta túnica ejecutaban, con poco respeto al rubor, danzas arrebatadas en honor de Artemisa (1). Así se decía con mímico lenguaje lo que el simbolismo ó la creencia expresaba con la fábula. Y la música, no menos expresiva y adecuada á la danza, completaba con la melodía y el ritmo lo que la acción y la mímica no podían expresar. Tal conjunto de medios estéticos se ingerían en el espíritu individual ó común, dándole la sensación y sentimiento de una concepción de arte comunicativa y grata. Y la buena elección de individuos que tomaban parte en los cuadros (fig. 359), el encanto de sus formas, la viveza de su ingenio, su intención expresiva, su distinguida elevación y la gracia y perfección de su accionar, unido á lo adecuado de su actitud y típico de los detalles, daban á tales cuadros el carácter de obra plástica, y de plástica bellísima, con animadas figuras. El arte escultural aprendió en esto otros primores clásicos. Con ello se encaminó al realismo la escultura del siglo VI, y hasta al más vulgar realismo (fig. 357), y buscó luego el ideal de los hombres y los dioses, después de dominar el mecanismo y pasar con muy buen gusto, con

gran adelanto técnico y perfección de la forma, por la imitación natural (fig. 358).

Así el empleo de la gimnasia, del baile y danza expresiva de que hacían gala las fiestas públicas, y la costumbre de ver siempre y en todas partes el cuerpo humano desnudo ó vestido ligeramente y con actividad y pasión, contribuyó muy mucho al desarrollo de la escultura. El sentimiento de belleza y perfección externa era tan original y estaba tan encarnado en la familia griega, que llegó á obtener mayor prestigio que toda otra idea de superioridad moral, intelectual ó afectiva referente al ser humano: es aquella añeja costumbre y práctica consciente hecha rasgo de opinión pública que llevó á ser figurantes y danzadores á varios hombres de nota antes de tenerles por sabios; que convirtió en atletas, según tradición antigua, á Crisipo y Cleanto, á Pitágoras y á Eurymene, y les hizo buscar un lauro por las calidades del cuerpo antes de ser reconocidos como señalados filósofos; que dió el privilegio á Sófocles, por su extrema hermosura, de dirigir muy joven el grupo de adolescentes desnudos y perfumados, que cantaron y bailaron al son de la lira el himno sacro, el himno de victoria, ante los trofeos de Salamina; que hacía aparecer sin velos por vez primera á Phriné en las fiestas y baños sagrados de Neptuno en Éfeso ó en Atenas, como á Venus Anadiomene; la que le hacía erigir una estatua de oro en Eleusis al lado de los dioses inmortales; la que construía imponentes cenotafios á Pythione ó Pythionice y durables recuerdos á otras bellas, verbigracia á Glycera, tratada como reina en vida, semi-divinizada después, y á quien como á los grandes héroes se erigió una estatua de bronce por la ciudad de Rosa; era aquella misma costumbre que llevaba á toda mujer favorecida á los baños sagrados, donde, cual las danza-



Fig. 358. - Cabeza de escuela ática, de fines del siglo VI. Museo de la Acrópolis

(1) Leveque: *Revue des deux mondes*, 15 de enero de 1864.

(2) F. Winkelman: *Historia del arte*, tomo I, libro IV, capítulo I, párrafo 8.

doras en los festines y vías pobladas, salían del elemento líquido dando idea del desnudo á través de las empapadas ropas; era, en fin, tradicional creencia, la que hacía pasar á todas las doncellas de Girgento ante los ojos del pintor Zeuxis para poder elegir cinco tipos de perfección en que poder inspirarse para su Juno Lenmiense.

La admiración y el respeto á los dones naturales se extremó tanto en Grecia que llegó á sobreponerse por desvío apasionado á toda ley de moral y á toda razón de justicia. Ejemplo el de la bella Phriné, varias veces perseguida cual otras mujeres de su estado, y siempre puestas en libertad por sus condiciones naturales. De Phriné se cuenta que condenada á muerte (reza la anécdota antigua) y defendida por Hipérides, no halló gracia de los jueces la elocuencia del orador ni la razonada defensa, sino un ingenioso medio sólo tolerable en Grecia que se le ocurrió al abogado: tomar por la mano á la acusada, presentarla al Areópago, y rasgando sus vestidos, poner á descubierto el seno ante los severos ancianos, que encantados y suspensos, quedaron por ese solo hecho convecidos de que no debía privarse á Grecia de un tan perfecto cuerpo que envidiaran los dioses y que servía de modelo sin igual para las obras más notables. Y como recuerdo extremo de pasión por la belleza (mejor se diría de ceguera), puede citarse el de Hipócrates, médico público de Atenas, el sabio profundo y recto que se convirtió en criminal, según el justo entender, privando á una etaira de ser madre para conservar su hermosura y sus perfecciones naturales. La moral de los antiguos, muy distinta de la nuestra, hacía raras concesiones, tenía extrañas tolerancias, accesos incomprensibles y atrabiliarios actos que la llevaron á posponer la rectitud de juicio y la natural humanidad al goce estético de la forma y á la impresión de los sentidos.

La lista de los hombres rectos que la posteridad admira, que hoy calificamos de grandes, se dejaba seducir en su inmensa mayoría por los encantos externos que entonces se confundían en el concepto de *amor*. Desde los días de Solón, quizás sólo entre los sabios el incomparable Sócrates hizo excepción á esta costumbre: todos sentían una pasión sin límites por las cualidades del cuerpo y las facultades é ingenio en mezcla con el placer, y aun el filósofo del buen juicio visitaba á la política Aspasia para admirar y aprender, y á las mujeres menos rígidas para estudiar la vida real y el espíritu en acción. Ha de decirse, empero, que todas aquellas criaturas á quienes dotó naturaleza, daban color á la vida de las ciudades griegas: á Atenas, Corinto, Tenedos, Abidos, como á Mileto, Lesbos y otras muchas poblaciones, regiones y santuarios de la Hélade y sus colonias.

En la Cerámica, el Sciros y el foro viejo, en el foro de Pireo y los pórticos cercanos, eran el elemento viviente y activo de aliciente continuo, solaz de los hombres públicos y el aguijón de los mancebos y de la gente rica. Sin ellas toda la vida griega, en lo que toca á lo privado y á la amenidad social, hubiera sido monotonía y varonil vulgaridad: ellas fueron el condimento, la activa sal y pimienta, estímulo del paladar y de comidilla diaria; ellas las que dieron al teatro su interés femenino en las comedias de costumbres, que no tuvieran ningún móvil, ni siquiera existencia, sin la actividad constante de esas peregrinas mujeres. Sólo ellas fueron en Grecia las mujeres de la acción pública, las mujeres de sociedad, las compañeras de los hombres en las conversaciones amenas, en los festines y banquetes, en las plazas y sitios abiertos, en los lugares concurridos, y por un privilegio extraño, las casi solas griegas asistentes con persistencia á las academias y escuelas de oradores, poetas y filósofos; ellas, únicas casi siempre, las mujeres instruídas que amenizaban el trato y con quienes se podía discurrir de algo que elevara el ánimo, agitara el espíritu ó provocara el ingenio; ellas las únicas sabias, doctas, poetisas, razonadoras fecundas, ingeniosas y vivas, osadas y á la vez hermosas, mujeres artistas y filósofas, músicas y danzadoras (fig. 359), decididoras de arduas cuestiones, sublimadas como Safo, diplomáticas como Aspasia, locuaces con noble frase, con frase incisiva y picante, con gracejo singular, y cuya lengua intencionada gozaba público prestigio, inexplicable hoy por su discreto y ocurrencias, sus toques vivos y atrevidos, por su vocabulario gráfico, distinguido y singular y sus calificativos chispeantes. ¿Por qué no poder decir que sin el

concurso de esas mujeres de privilegiado cultivo y más privilegiadas dotes faltara una nota al arte y quizás un elemento, trascendental sin segundo, para producir prodigios? Y ¿por qué no decir también que, dado el modo de ser griego, eran una necesidad y un fundamento social? ¿Cómo no añadir aún que, á pesar de sus deslices y de lo poco moral de sus costumbres íntimas y su manera de pensar, eran un aliciente y encanto, aunque encanto peligroso, poco honesto á las veces, de hombres libertinos, materialistas y epicúreos (la bella sociedad griega tenía de esto sus ribetes), un encanto semi-ideal, una *voluptuosidad del alma*, como decía Demóstenes, que hacía espiritual á Grecia y servía de escabel al arte....? ¿Cómo no disculpar á tantos privilegiados talentos, á tantos ingenios sin segundo, á un sin fin de celebridades que daban al amor sensual un sentido elevado y unían en bello himeneo amor, hermosura y arte....?

Disculpémosles en verdad por el extravío de sus espíritus, por el desvío de sus costumbres, y hagámosles justicia admirándoles por lo que tuvieron de grandes y por su amor á la belleza, que fué el buscapié del arte. Dispensemos á Harmodio, el matador de Hiparco, el libertador de Atenas, á quien inmortalizó la opinión pública y conmemoró la estatuaria; disculpémosle que amara con pasión á Lena (en nuestra lengua *la leona*), digna del matador viril y á quien se erigió una columna; perdónese á Alcidas, el retórico de Elea, los amores con la bella Nais; á Crates el giboso el haber amado á Hiparchia, con quien se desposó después; á Arístipe su pasión por Lais; á Pericles por Aspasia; á Sófocles por Theoria; á Praxiteles por Phriné; á Apeles por otra Lais, después de compartir con varias bellas sus expansiones de artista; al voluble Alcibíades por Timandra y luego por Nemea, á quien figuró un pintor diestro sentada en sus rodillas; á Platón el filósofo, el espiritualista sin par, por la encantadora Acamandra, á cuyos rosados otoños consagró frases delicadas y sentimentales poesías recordando que en los pliegues de su rostro anidaba aún el amor; á Aristóteles severo, su intimidad con Herpilis, de quien nació Nicómaco; á Epicuro por Leoncion, á la que también amó su discípulo Metrodoro, imitador del maestro; á Isócrates el heroico por Lagisca; á Harpale por Pythione, reina de aquel cenotafio de Atenas, digno de un Cimón ó un Pericles; á Menandro y Philemón por Glycera encumbrada como Venus, y á Demóstenes por Lais, la bella siciliana, con quien gastó en una noche todos sus emolumentos adquiridos en un año, y por quien fué competidor y émulo apasionado de Arístipe el filósofo y de Diógenes el cínico. A muchísimos oradores, filósofos y poetas hay que perdonar sus yerros ó su fascinación estética por Targelia la jónica, amiga de Aspasia de Mileto, por Aristonice ó Ananta, por Plangón, Cratina, Thaida, Bachis y Pancasta, y por la elegante y vivaz Guathena que tenía fama de preclara.

Y los soberanos que dominaron la Grecia competían con los poetas, filósofos y artistas, con los atletas y marinos y con los ricos y acaudalados su culto privado á Eros, y pagaban tributo á la hermosura con una regia liberalidad que merecería mayor censura en época moderna: Alejandro el Grande, amante de Caligena por voluntad de sus padres, llevaba consigo á una Tais, que ciñó corona en Chipre, al incendiar á Persépolis embriagado en una orgía; Hieronimo el Siracusano vivió enamorado de la etaira Peitho, con quien contrajo matrimonio; Ptolomeo Philopator cegóse por Agathocle que trastornó su reino; Demetrio el conquistador ciñendo la corona iba á visitar á La-



Fig. 359. — Danzadora del Museo Pío Clementino en Roma (de fotografía)

mia en la ciudad de Atenas, cual un simple ciudadano, sin temor de rebajar su cetro y sus preseas y haciendo ostentación en público de sus amores livianos (1). Y de aquellos hombres notables y estos soberanos libres nacieron nuevas etairas que continuaron en Grecia la tradición *cortesana*, y vástagos distinguidos como Temístocles, Timoteo, Demade, Aristophon, Bion y otros varios que sin desdoro de su origen, no tomado en cuenta entonces, fueron generales y repúblicos, filósofos, oradores y retóricos, y ocuparon señalados puestos en el gobierno nacional y en la administración de las ciudades. La idea moral de la belleza tenía esas comunes lenidades y mayores extravíos, pues Petronio y otros clásicos nos cuentan el apego apasionado de personajes ilustres, de sociedades enteras, que degradan á sus autores, sin que la moral pagana se sintiera ofendida por costumbres repugnantes importadas de Oriente.

Á esto condujo muy pronto el goce natural y el amor de la belleza, creciendo cual lunar visible en las costumbres públicas y en la moral del individuo; mas vese por otra parte, en el orden estético, que transportaban el ingenio á la región ideal de los hombres y los dioses en pro de las nobles pasiones y del ardiente patriotismo. La huella de tales deficiencias en las costumbres antiguas de la moral griega, no aprensiva en determinadas cosas, ha de buscarse en los asiáticos y por traslado del tiempo en los heroicos homérides, que materializaban el placer y hacían del amor un goce también materialista. Descendiendo mucho en ello, hacía que dijera Ulises á los personajes fóceos que no había placer mayor que el de una bien provista mesa cargada de manjares y vinos. Y el ideal de la vida en períodos griegos modernos era el gozarla tranquilo, sin combates ni luchas, sin inquietudes interiores, sin trastornar la armonía, la serenidad y la calma, y verla cubierta de flores para sorber con fruición en diferentes órdenes el bienestar humano, los arrobos del amor, los espectáculos y confortes de la bella naturaleza, las creaciones del genio, los encantos del arte y los mundanales placeres y estímulos materiales. Sólo lo bello ideal ó la poesía de lo hermoso tejió la gasa transparente recamada de bordados que colora y transfigura, en la Hélade sobre todo, la realidad común y la frágil vida humana.

Creó el griego la ciudad y la vida ciudadana: informó el patriotismo. Con el nacimiento de la ciudad fué involucrado algo más: el deseo de sostenerla, de hacerla fuerte y altiva y de embellecerla en lo posible, dándole importancia en la región á la vez que nacional. Los dones más preciados y escogidos iban á ornar su recinto y ocupar sus santuarios, y las fiestas y ceremonias tradicionales y locales, cual sucedió en Atenas, Eleusis, Delos, Corinto, Delfos, Nemea, Argos, Tanagra y Olimpia. Llevaban para su esplendor la cooperación del arte. Todos los ciudadanos estaban obligados por un acorde pacto tácito á la vida de la ciudad y á su grandeza y lustre, á su hermosteo y prestigio, y todos debían cooperar con su hacienda y su vida á aquella existencia pública, desde la del ciudadano indigente, que era de deber preclaro. Mas tales deberes ciudadanos suponían otros derechos, el de la participación de todos á la prosperidad común, á la preciada cosa pública. Como los esclavos eran las rentas, los rendimientos del pueblo, que reunía la ciudad y guardaba en sus santuarios, y cual la renta los edificios y las obras monumentales, conmemorativos y plásticos. Cada miembro de la ciudad se juzgaba copartícipe de la magnificencia de ella, y por considerarse tal trataba de acrecentarla, como aspiraba á su uso, á gozar de su impresión y de parte de su valor. Era un comunismo especial que así regía en el Estado y en la riqueza comarcana, como se entendía en el arte por otra callada concesión de los ciudadanos todos.

El arte era común como obra comunal y rendimiento del pueblo. Los ciudadanos reunidos, y por ellos sus magistrados, tenían derecho á erigir estatuas y edificios, como tenían derecho á destruir ó á quitar de los sitios en que se hallara lo que juzgaran indigno de ocupar aquel lugar: así tenían también derecho á expropiar ó embargar á cualquier ciudadano, siquiera fuese un repúblico, y á expulsarle del

(1) Entre los varios autores modernos que como O. Muller han hecho memoria de esos datos de historia íntima y de anécdotas amatorias recordadas por los antiguos, merece lugar especial Emilio Deschanel por su librito sabroso *Les courtisanes grecques*.

país por el voto del demos ó decisión del tribunal superior del Estado ó la ciudad. Así se persiguió á Temístocles, Milciades, Arístides, Trasíbulo, Cimón, Pericles, Sócrates y Fidias, como se expatriaba á un Pisistrato ó á otro tirano ilustre por la exaltación del pueblo y la mala fe sofista; y así crecían los desposeimientos cuanto más creció la sed de la masa popular por vivir del comunismo. El arca del Pritaneo, como un albergue de acogidos, era la casa común en que se podía vivir con apoyo del erario; y los santuarios de Delfos y Delos eran el arca común y la caja de ahorros de toda la nación, como fué el banco de préstamos á que acudían los ciudadanos. En Grecia una ley de pobres amparaba al hijo del país por obra del fondo común y daba apoyo á los hombres públicos, á los sabios, los artistas y los atletas, como velaba por la higiene y la salud de todo el mundo acogido á ciudadanía.

El número prodigioso de obras que las ciudades griegas erigieron del fondo público, y el que del peculio local tomaron nombre en la vía pública de poblaciones importantes, hasta en insignificantes poblados, es en verdad incalculable y representa centenares de millones de la fortuna griega y del erario público. Y no se cuentan en ellos el número fabuloso que construían los ciudadanos de su propio peculio como recuerdo nacional ó monumento de honor (fig. 360), ni las millares de obras que como votiva ofrenda atestaban los santuarios y los más modestos templos. Lo que las ciudades griegas costearon para Olimpia excede á todo cálculo como valor pecuniario, y los que la sola Atenas contenía en su recinto y en las vías inmediatas pondría á quiebra un Estado: era en una buena parte del banco traspasado de Delos. El cúmulo de artistas protegidos creció considerablemente; el de los sostenidos por la República para embellecer los poblados, y en especial la ciudad de Minerva, fué siempre en número importantísimo desde los días de Pericles, y el de los sostenidos en el Pritaneo, ellos y sus familias, ó con derecho á serlo, al apoyo de toda Grecia y por esta hospedados, debía ser tan fabuloso como el de los laureados y atletas que vivían del fondo público. Autores han llegado á decir que todo justador afortunado, todo patriota distinguido, todo soldado valeroso, todo hijo preclaro de Grecia, vivía del erario ó de la ciudad ó de las rentas nacionales (1).

Funerales de grandes hombres y entierros pomposos y en magníficos cenotafios, estatuas y columnas, eran también de costoso gasto, en que tenían su participación el arte y su remuneración los artistas; fiestas sin fin de espectáculo de dispendio constante ó periódico que ocupaban á los moradores, eran un imponente medio de gasto popular, local ó nacional con sus pompas y ceremonias y sus artísticos recuerdos. Lo que el teatro sólo importaba con sus representaciones admirables en Atenas y otros puntos parece hoy increíble: era gasto mayor que el que ocasionaba todo el ejército en los tiempos de paz. La representación de seis tragedias en Atenas (las *Bacantes*, las *Fenicias*, *Edipo*, *Antígona*, *Medea* y *Electra*) costaron más á la ciudad que juntas las guerras de los persas. Todo hacía del pueblo un consumidor magnífico y del Estado un Mecenas espléndido, á las veces derrochador, que se desangraban á sí propios y devoraban el tesoro público y los rendimientos de los ricos ó industriales acomodados.

Era un mal en verdad desde el punto de vista económico el excesivo lujo de artífices, artistas y obras públicas en determinados períodos; era sin duda una desgracia la dilapidación popular convertida en comunismo; mas á pesar de estos males, fué un inmenso

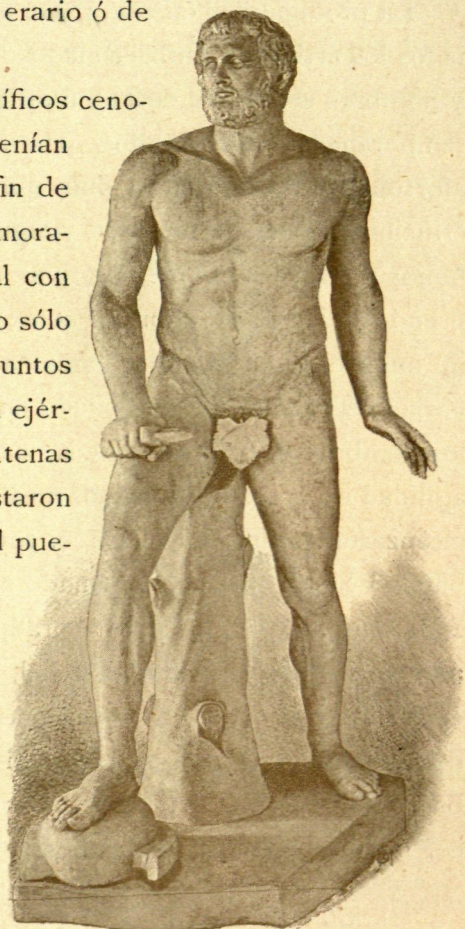


Fig. 360. - Alcibiades. Estatua icónica del Museo Pío Clementino (de una fotografía)

(1) Winkelman: Obra dicha; A. Blanqui: *Economie politique*, tomo I, capítulo II y siguientes, y Boeck: Libro citado de *Economía política de los atenienses*.

beneficio para la producción estética y el adelanto del arte, y un estímulo constante de los pueblos por acrecerles y de los artistas por honrarse con una distinción y premio que les señalara la República y les distinguiera del vulgo.

Píndaro, honrado en la ciudad de Atenas por la oda en su honor, estimulaba al ingenio, á la producción distinguida y al sentimiento patriótico á la vez que ciudadano; Fidias, puesto á los ojos de Grecia como el director de las obras erigidas por Pericles para el esplendor de la misma Atenas, aguijoneaba á los artistas á engrandecerse con el arte y á hacerse célebres en comarcas, ciudades ó santuarios; Polignoto de Tasos, el clásico Polignoto, negándose á poner su pincel al servicio de Delfos por no privar á su patria de sus habilísimos trabajos (1), alcanzó mayor prestigio de toda la República que el que le dieran sus obras: por su patriótico acto recibió de los anfictiones gracias en nombre del Estado, y por un decreto nacional el derecho de hospitalidad (de protección y sostén) en todas las ciudades de Grecia. Pintó para Delfos un cuadro; mas no admitió la espléndida retribución con que le brindaba la ciudad santa por no menguar su patriotismo. Zeuxis, acaudalado, tenía por más gloria la de verse distinguido por príncipes y jefes de los Estados como Arquíloco, y de las poblaciones griegas cual Girgento, por la esplendidez de regalarles sus obras peregrinas, que la de acumular tesoros y vivir como un magnate; y Nicías, pintor de animales, como Bizes de Naxos, hallaron más imitadores laboriosos en las artes por las estatuas con que les conmemoró Atenas, que por el activo aliciente de su misma habilidad. La vida pródiga de las ciudades, la protección de éstas ó del Estado y las recompensas de todos dieron más empuje al arte, y en especial á la escultura, que las predisposiciones naturales y peculiar ingenio de los artistas griegos. La corriente popular que arrastraba al dispendio y á las ciudades y tesoros á los gastos exorbitantes, á veces á la dilapidación de rentas, era el encumbrador continuo de los artistas y de la plástica: tenían las grandezas y los peligros, el amenazador empuje del oleaje espumoso que hincha é impele el viento.

La prodigalidad en esta parte no puede tacharse de vulgar, y el arte debía sentirse impulsado, estimulados los artistas y entusiasmados los pueblos por realzar el prestigio de toda clase de talentos, ingenios y hombres señalados en una ú otra especialidad. Sacerdotes y sacerdotistas, vencedores y atletas y contemporáneos ó antepasados, generales y jefes ilustres, ciudadanos que se singularizaron, jóvenes y niños afortunados, hermosos varones ó mujeres, recibieron costosos honores, funerales, culto y adoración y sacrificios después de muertos, y algunos hasta vivientes, con erección de altares, sepulcros y templos en su honor y estatuas conmemorativas. A un atleta señalado de Locride, que había ganado constantemente premio en Elis, se dieron por consejo del oráculo sacrificio y honores en vida y mayores ceremonias cuando muerto, y la ciudad de Egea en Acaya construyó un pórtico ó galería á otro atleta que fué vencedor varias veces para que ejercitado en él obtuviera nuevos triunfos. Y no eran sólo los hombres sino hasta bravos cuadrúpedos los que fueron reproducidos por su agilidad en la carrera (fig. 361): así los caballos de Cimón, capitán ateniense, que alcanzaron premio en el Circo, tuvieron estatuas-retrato como monumentos públicos, y hasta un asno afortunado que descubrió con rebuznos á los griegos cierta emboscada persa fué conmemorado en Ambracia con otra estatua recuerdo, monumento nacional, y un perro fiel, cual otros esculpidos, fué reproducido en el *Pecile* por el pintor Panceno como recuerdo de haber luchado con fiereza al lado de los helenos, y perseguido al enemigo en la batalla de Maratón (fig. 362). ¡Tanta era la pasión del griego por hacer memoria pública de sucesos con buen éxito y mostrar su gratitud



Fig. 361. — Fragmento de un caballo, existente en el Museo de la Acrópolis de Atenas

(1) Otros autores dicen que fué por no haber querido percibir remuneración de las pinturas que hizo para el *Pecile* de Atenas y un edificio público de Delfos. (Winkermann, libro IV, capítulo I, párrafo 13): pudo ser por las dos cosas.

por medio de obras plásticas hasta en los hechos mas nimios que les habían favorecido! Y no se sabe qué admirar más, si su alteza de sentimientos ó su pasión por el arte.

El desprendimiento público y la esplendidez del pueblo eran un rasgo distintivo de la vida ciudadana y de la organización nacional; pues siendo todo de todos, era de interés común el dar con prodigalidad para obras y acciones gloriosas. No dolía tampoco dar, pues lo que era de todos no era cosa de nadie: era de la masa pública, de una especie de *mano muerta*, de una mano casi anónima, que no parecía obligar al peculio individual. Si era razón el favorecer á la masa popular por un deber ciudadano, y obligación nacional, ¿no asistía mayor deber en mantener de común á los hombres señalados, y hacer pública su gloria como reconocimiento patrio....? Era el juicio de los griegos.

Dado este modo de pensar y las inclinaciones de aquel pueblo, no se hace singular, aunque sea sorprendente, el número prodigioso de estatuas consagradas al estímulo que se erigían en todas partes por obra de la escultura y de sinnúmero de artistas, ni que tan selecto núcleo de ingenios distinguidos llenaran las ciudades griegas de primores de su mano. Era un laborar continuo; los unos con su habilidad, los otros con su inteligencia y los más por su entusiasmo. Tomando á Pausanias en la mano se descubre por todas partes esa latente actividad fecunda en producciones bellas: una estatua para Gorgas por la gratitud de los griegos; otra erigida por Cresos á la servicial esclava que le preservó del veneno; una de Esparta á Licurgo, hecha después de su muerte; otra de Atenas á Calade por la redacción de varias leyes; aquí las de Armodio y Aristogitón, libertadores de griegos con el asesinato de Hiparco; allá la del elocuente Píndaro; á Bices de Naxos por su ingenio en encontrar el corte y aplicación de mármores tejas; otra, cual ya se ha dicho, á Nicias por su habilidad en pintar; número indefinido, de que aún quedan los bustos, las reproducciones ú originales, á todos los grandes hombres en letras, ciencias y artes; en poesía, música y danza, y, como un ramo culminante, en la tragedia y el drama; en las artes de la guerra y las industrias de la paz, y por todos los atractivos de naturaleza y entendimiento, de ingenio feliz y ardides ó cualidades salientes, que eran nota característica. Las estatuas de los atletas y de los hijos preclaros de las ciudades helénicas fueron en número tan crecido, que sería imposible contarlas si no se hubieran olvidado. Algunos más afortunados obtuvieron dos y tres, y tantas como pueblos distintos les habían recordado por sus diversos triunfos ó sus hechos extraordinarios. Ejemplo no común debió ser el de Homero por su universal renombre y por los retratos que de él quedan.

Los hechos y personajes ilustres las tuvieron prodigadas. Delos tenía conmemorada una victoria alcanzada á los etruscos por haberle consagrado los habitantes de Lapiri tanto número de estatuas como fué el de los barcos tomados al enemigo; y sólo Demetrio de Falero tenía trescientas sesenta en la capital de Grecia. El viaje de Pausanias es en una extensa parte la historia de las estatuas erigidas en el país y el de la plástica griega. La ciudad de Minerva había poblado de ellas el Pritaneo, la Agora, los teatros y las calles, así como las plazas, pórticos y otros lugares públicos y recintos sagrados. Desde la puerta de la ciudad hasta llegar á la Cerámica se extendían cubiertos suntuosos, y ante ellos había la efigie ó retrato en bronce de cuantos hombres y mujeres tuvieron el mérito de ser famosos. En el Altis de Olimpia señala el mismo viajero hasta el número de quinientas estatuas sin que las contara todas, pues fueron muchos



Fig. 362. - Perro del Belvedere, existente en el Museo Pío Clementino de Roma (según fotografía)

más los vencedores y los distinguidos laureados conmemorados allí. En Rodas, según traslado de Plinio, había tres mil figuras que embellecían sitios públicos, y entre éstas cien colosos prodigiosos en tamaño y en perfección de forma. De un solo taller de Rodas salían, al decir del latino, mil quinientas obras plásticas; y no es ello de admirar, pues, sin citar otros muchos, el escultor Lisipo hizo seiscientas diez estatuas sabidas de los viajeros, de las que ninguna nos queda.

Los conquistadores antiguos que despojaron á Grecia sin detrimento de su gloria, nos dan idea del tesoro que el arte había allí acumulado. Sólo el emperador Nerón privó á Delfos de quinientas imágenes por vengarse de una respuesta poco grata al tirano que le dió la Pitonisa. Y antes la entrada en triunfo de Paulo Emilio en Roma, que duró tres días seguidos, llevó á la ciudad de los césares ciento cincuenta galeras atestadas de esculturas, vasos y objetos de arte, solamente en el primer día en que duró la pompa. La destrozada labor desenterrada hasta ha poco de aquel suelo y su campiña, asciende á más de sesenta mil piezas, estatuas, bustos y obras importantes que hacen memoria de Grecia. ¡Y no hay en tantas maravillas casi más que reproducciones de los originales famosos! ¡Una pequeñísima parte de lo que acaparó la audacia!

El valor de tal riqueza es en verdad fabuloso y deja el ánimo absorto al pensar lo que importaba al tesoro de la Grecia. Sin disminuir el valor de las joyas prodigadas pagaba Atalo, rey de Pérgamo, cien talentos en oro (quinientas cuarenta y seis mil doscientas cincuenta pesetas) (1) por un cuadro famoso de Arístides de Tebas; y una tabla de Bularco (que no debía ser liviana por el recuerdo que se hace) costó á peso de oro; Candaulo, rey de Lidia, compró por raro valor otro cuadro importante del *Combate de los magnesios*, y tenían tal estima las obras selectas de entonces, que según nota de Plinio hubo período antiguo en que no bastó la oferta de toda una ciudad y el valor de sus riquezas, la gloria de una anexión para comprar alguna producción notable de los maestros eximios. Los artistas como Zeuxis nadaban en tanta riqueza que no hallando precio en metálico á que poder venderlas, las daban como presentes de magníficos artistas, de potentados ó príncipes. ¡En tanto se las justipreciaba!

A la vista de estos datos, ¿quién no se asombra de lo que debían costar ó representar en valor los inmensísimos tesoros de arte griego siempre crecientes, aumentados durante cuatro siglos en la Grecia propia y en la parte más importante de sus colonias y sus santuarios ó donde existían escuelas de arte? ¿Y cuán absorto no queda pensando en la osadía y abnegación de aquel pueblo al calcular lo que costaron su sin fin de monumentos en mármol, cuando se sabe que sólo los Propileos de la Acrópolis de Atenas, atestada de magníficas construcciones, importaron á la ciudad y sus arcas más de dos mil talentos, ó lo que equivaldría hoy á más de cincuenta millones de pesetas de la moneda española? ¿Qué mucho que el arte creciera y se desarrollara en un pueblo tan artista cuando tenía en su apoyo tal cúmulo de riqueza de producto nacional ó de fondos comunales y la suntuosidad religiosa....?

La creación de la vida ciudadana fué una causa ocasional en que se basó el adelanto de la escultura griega; el prestigio de la ciudad fué un aguijón constante; la espléndida prodigalidad del entusiasmo popular y la magnífica protección de gobernantes y repúblicas, el escabel del adelanto; la protección de los artistas, el cebo que favorecía aquel progreso continuo y actividad sin tasa; y la producción incesante de monumentos y recuerdos, de obras conmemorativas, religiosas ú ornamentales y de recompensa pública, producidas por millares, con infatigable labor, el ejercicio activo que encumbró aquella plástica hasta alcanzar en Grecia el mayor adelanto que nos señala la historia. Un defecto nacional, lo dadivoso del pueblo, se mezcló en esta parte con perjuicio en algún modo del medro y poder del erario y de la riqueza

(1) Este cálculo está hecho con la relación de que un talento equivale á cinco mil setecientos cincuenta francos. Otros autores dicen que un talento era igual á cinco mil seiscientos francos (Beulé), y otro aún que equivalía á cinco mil cuatrocientos francos (Robinsón), ó que cuarenta y cuatro talentos valían igual á trescientos lises de oro (P. Milá). La moneda griega valía seis veces más que la de hoy.

del país; mas fué con tan noble modo y tan soberano intento, que si hubo error del pueblo produjose por otra parte el más admirable yerro que el pasado cometió y que encumbró á sus autores: faltose tal vez en algún tiempo á los principios previsoires que enseña la ciencia económica, pero se dió á la civilización el fruto más peregrino y más pasmoso á la par, de valer y de cultura, con selectas maravillas que sin cesar aleccionan.

La creación de la ciudad fué la de su propia autonomía en política como en usos, en cultura como en arte. La vida social de éste era una vida de relación que le proporcionó caracteres; y en cambio el arte local dió nombre y vitalidad á las ciudades diversas con su actividad continua. Entre las ciudades y el arte hubo un mutuo cambio de servicios. Fué un medio de embellecimiento de todas las poblaciones y en especial de aquellas en que residían artistas y á veces se agrupaban; un medio de cultura, de adelanto y de riqueza con la producción de obras y medio de prestigio público dentro y fuera de las poblaciones.

Las principales ciudades griegas eran tan admiradas por su caudal artístico como por sus costumbres y sus leyes: el arte así considerado era el signo distintivo de todo lustre, bienestar y adelanto. Mas fué en su beneficio la creación de la ciudad y su autonomía é importancia, pues era la que le dió su sello peculiar ó regional y sus caracteres históricos; quien le impelió á producir copioso caudal de obras; quien por el amor á la ciudad agrupó á sus hijos artistas para que formaran escuelas provocando el estímulo y competencia de poblaciones distintas y sobre todo vecinas, que tan beneficioso fué é hizo progresar en tan gran modo y con rapidez pasmosa la escultura de la Hélade. A ella se debe la importancia de las escuelas primeras de Naxos, Chios, Paros, Delos, Samos, Mileto y Éfeso, y de las más adelantadas de Egina, Argos, Sicione y el Peloponeso, Atenas (fig. 363) y el Ática, Rodas, Tanagra y Pérgamo, y otros varios centros jónicos, que se distinguieron por sus obras, y algunas que sólo por ellas se nombran con singulares elogios. Por ellas la historia del arte griego adquiere tal desarrollo en los contemporáneos días, que ha casi doblado su importancia y sus ejemplares artísticos. Y el estudio de esas escuelas y el de sus obras sabidas forma una admirable historia, una historia de maravillas que ocuparía volúmenes.

La bellísima concurrencia de las diversas regiones fué de resultados tan grandes que dió lugar á luchas recordadas con gloria en los centros distintos de Grecia, y las producciones que crearon, los maestros que dieron, las ideas que produjeron, las luchas que ocasionaron, las coronas y lauros que reportaron á los artistas forman hermosos episodios de la crónica del arte. Los concursos de Corinto y Delfos



Fig. 363. — Escuela de Atenas. Fragmento de un grupo de los dioses espectadores de las fiestas Panateneas en el friso del Partenón. Museo Británico (de fotografía)

á que concurrieron Polignoto y Zeuxis, y los de principales maestros, como Fidias, Policleto, Cresilas, Pradmón y Cidón, como Panceno y Timágoras de Chalcis, fueron, entre muchos otros, motivos de nobles actos y de obras señaladas, de concesiones espléndidas y bello desprendimiento de los que en ellos tomaron parte, dispuestos siempre á hacerse hidalga justicia y á concederse el premio según sus merecimientos. Grecia, exenta de ruindades en lo que hacía á bellas artes, otorgaba las coronas, no por favor, por justicia y por el voluntario voto de los mismos contendientes que se gozaban admirando las más afortunadas obras con sorprendente equidad. La autonomía de las ciudades y su interés en esos triunfos es un rasgo distintivo de la importancia de sus artes y un mérito peculiar que sólo á esa independencia se pudiera conceder.

Suprímase á la ciudad su existencia activa, su autónoma vida pública, y quedará destruido su poder y patriotismo y la vitalidad artística, la diversidad de escuela y sus caracteres distintos, su riqueza monumental, el número prodigioso de artistas y de soberanos maestros, el empuje progresivo de seis siglos de aquella historia y la vida fecunda y rápida que le llevó á su apogeo. Constituída Grecia en república ó en monarquía democrática con espíritu centralizador, que convirtiera á Atenas ó á otra ciudad principal en absorbente metrópoli y capital privilegiada, hubiera dejado de existir aquella vitalidad potente causa de su prestigio: la hegemonía tiránica, la injusta imposición, hubiera segado el plantel que tan frondoso creció, cortándolo por las raíces: no hubiera existido esa Grecia admirable por lo activa, que sólo tuvo imitación y émulos señalados en algún pueblo de la Edad media y en el renacimiento de Italia.

Señálase la libertad griega como otra de las causas del adelanto del arte y especialmente de la escultura. La libre voluntad de los hombres, se dice, la libertad regional y ciudadana que produjeron la autonomía individual y colectiva, dió al artista griego vitalidad y energía para obras originales. En este sentido general es cierto. Mas ¿era Grecia un país libre? ¿Había allí libertad? La nación en que la mayoría eran esclavos no fué nunca nación libre. En Grecia sólo una pequeña parte de individuos gozaban de independencia, eran relativamente libres si no se les oponía el voto público, la opresión de un fuerte núcleo. Todo hombre podía ser allí sacerdote, ministro ó jefe del Estado y general de mar y tierra, porque todos esos cargos salían, como otros muchos, de la masa popular por elección del mismo pueblo; cualquier ciudadano adscrito tenía voto en las asambleas que decidían los problemas y las cuestiones arduas referentes á la acción pública y á la política nacional ó de determinados centros con gobierno de ciudades; y el hombre por pobre que se hallara, por humilde que fuera, tenía opción á un nombramiento desde soldado á repúblico. Entre esos ciudadanos libres no cabía, sin embargo, la mayoría del país: ni los ilotas de Esparta y de la región lacedemonia, ni los esclavos del campo, ni los esclavos ciudadanos tenían humanos derechos. Y estos hombres subyugados no tenían, pues, la libertad de que usaban los otros hombres, ni la de la propia creencia. En cambio estaban obligados á trabajar por los demás que eran ciudadanos libres, y que en virtud de su estado les trataban con dureza, les gobernaban con crueldad, y usando de ellos cual de *una cosa* (Aristóteles), les condenaban á horrible vida, á forzados trabajos, al látigo y la tortura y al trato de ser repugnante ó de animal inmundito. Para el goce y bienestar, para la holganza ó deleite de los moradores griegos, se hizo el postergado esclavo. No existía, pues, libertad en un país europeo organizado de este modo, en que todo el bienestar se otorgaba á los menos, que eran explotadores, y el sufrimiento más bárbaro era el deber de los más, condenados por su suerte. Había allí una aristocracia ó clase privilegiada que erigió para sí propia democrática república y para los hombres del trabajo despotismo y tiranía, como para los parias de India. Y fué esa democracia con aristócratas sin título de todos estados y fortunas la que dió importancia al arte con el lustre de las ciudades, no la libertad social, que no existió nunca en Grecia.

Cada ciudadano griego tenía, pues, derecho á otro esclavo que trabajaba por él y para él, y las más de las familias empleaban en su servicio número vario de esos hombres y hasta crecidísimo número. Las me-

nos acomodadas poseían por lo mínimo uno, y hasta las completamente pobres tenían derecho á esa ayuda para poder vivir gozando de holgura y reposo y libres del manual trabajo, que era en Grecia una bajeza reservada á los no libres. En la ciudad de Atenas había trescientos sesenta mil esclavos en poblado de diez mil casas (1), y afirmase que en el Ática unos cuatrocientos mil (2) eran los hombres operarios. ¿Cuántos millones de esos seres desgraciados moraban en la península griega, en sus islas y colonias, en Italia y en Asia, haciendo el esplendor de sus ciudades, el bienestar de sus dueños y el adelanto y riqueza de los poblados y campiñas? ¡Tal vez sobre trescientos millones!

Pues esos millones de esclavos contribuían al adelanto de las poblaciones importantes y de los ciudadanos libres, convertidos por su estado en instrumento de su vida liberal, social, política y artística y de la organización de clases. Servidos por sus esclavos vivían independientes, ociosos en pleno día, ocupados bajo el pórtico, en la plaza y en la Agora, tratando asuntos del Estado, de los goces de la vida y de las fiestas y el arte. Y el arte vivía de esa independencia, de aquella libertad exclusiva de unos pocos individuos que servidos por esclavos podían consagrar sus ocios, su ingenio, sus manos y su numen á fruiciones elevadas y á ocupaciones selectas, que eran también liberales. Esa organización social permitió vagar á unos para aplaudir las obras y pedir cuadros de efecto, como fiestas ó espectáculos, y calma y tiempo á otros para emplear el tiempo en estudiar la forma humana, lo selecto del mundo real; acariciando ideas que, producidas en líneas ó en piezas de escultura, son reflejo de idealidad.

No hubo libertad en un país en que los sistemas de gobierno fueron por períodos tan rígidos que alcanzaron hasta la absoluta soberanía y el despotismo más crudo. Hubo allí monarquías como en Esparta, como la de Hierón de Siracusa; tiranos como Cipselo y los Pisistrátidas, y aunque expansivos y patrióticos aquellos tiempos, aunque de protección artística por parte de los monarcas, no fueron tiempos de libertad. Y no era entonces esta condición política la que alentaba el arte en aquellos períodos, eran otras condiciones naturales ó de espíritu de los hijos del pueblo griego y del suelo en que vivían las que impelieran al arte por las vías de adelanto: eran entonces las condiciones de clima y del medio natural, las calidades de raza y el cruzamiento de éstas, las costumbres privadas y públicas, la organización de la sociedad y del politeísmo griego con su carácter religioso y su pasión por la belleza. Con déspotas y con tiranos, con oligarquías peculiares y con tradicionales aristocracias, con falta de libertad medraron las artes en Grecia y prepararon el advenimiento de los días florecientes, de los períodos más libres ó menos sujetos á presiones en que dominó Cimón, y sobre todo Pericles, el liberal repúblico.

Carecía el pueblo griego de verdadera libertad, pues se le imponían las pasiones de retóricos sofistas y de la inconsciente masa para condenar al hombre libre, recto é independiente, y perseguir con ceguera al tranquilo ciudadano y al sabio noble y modesto. No tenía la libertad común como acto colectivo, pues se sobreponía á la ley el veto turbulento; no la tenía el ciudadano como acto individual, pues le quitaba el voto público hasta la libertad de conciencia, la libertad de pensar en el más inocente sentido y con el juicio más recto. Porque la libertad en Grecia no era la actividad independiente basada en la razón ó en una noción de derecho, supeditada á una ley fruto de observación y sancionada por la *conciencia*, sino una voluntad libre, una voluntad om-



Fig. 364. — Escuela del Peloponeso. Estatua de Hera ó Juno. Museo Vaticano (de fotografía)

(1) A. Blanqui: *Economie politique*, tomo I, capítulo II.

(2) Robinsón: *Antiquités grecques*, tomo I, libro II, capítulo IV.

nímoda si á ella nadie se oponía, ó una voluntad común de mayoría transitoria que con arbitrariedad ó con justicia imperaba de momento y se oponía como presión á minorías ó á individuos: la acción independiente del hombre que obra á su arbitrio porque no halla contrariedad, ó la de la masa pública que se imponía por la fuerza.

Había allí cierta libertad artística, que era también una independencia dentro de las reglas del arte y los conceptos del ingenio; siendo tan ilimitado este modo de ser libre, que alcanzaba á todos los órdenes en que el arte se extendía, hasta el orden religioso. No encontraba oposición ni imposición alguna, ni en el orden político, ni el creyente, ni el moral, ni en el ciudadano y civil, ni siquiera en el propio del arte, mientras no hiriera, ni aun de soslayo, la suspicacia del pueblo. Por haber hecho á los persas de tamaño mayor que á los griegos, fué acusado el pintor Micón; mas no lo fué artista alguno por rebajar á los dioses hasta los seres inferiores ó la abyección más brutal. Y el que halagaba el patriotismo ó los instintos de la plebe gozaba de inmunidades y privilegios perpetuos, privilegios exclusivos que no eran por fortuna comunes por el vuelo y elevación de casi todos los artistas. Era otro defecto griego aquel injusto menosprecio del libre albedrío humano.

En esa libertad artística se fundó en buena parte el crecimiento de la plástica, permitiendo á los ingenios concebir y producir con sentido personal é individual sentimiento. Cada escultor ó pintor hacía de sus propias cualidades aplicación acomodada á su inspiración y sus estudios, á su gusto y conceptos. En toda clase de obras dejaba sentir su personalidad y su manera de ser; y así en los dioses como en los hombres, en las representaciones históricas como en los asuntos coetáneos, trataba á los personajes y los temas según su comprensión individual y sus inclinaciones y gusto. Así los dioses de Fidias son distintos de los de Scopas, y los de Policeto (fig. 364) y Lisipo distintos de los de Praxiteles (fig. 365) con radical sentido. Mas los dioses y los héroes que unos y otros produjeron fueron los héroes y los dioses, no de leyenda nacional, sino de Micón ó Fidias, Praxiteles, Scopas ó Lisipo. Por su libertad de ingenio les dieron carácter personal é hicieron que toda Grecia adorara en sus obras la representación creyente y al autor que la produjo, y á éste aún más que á aquélla.

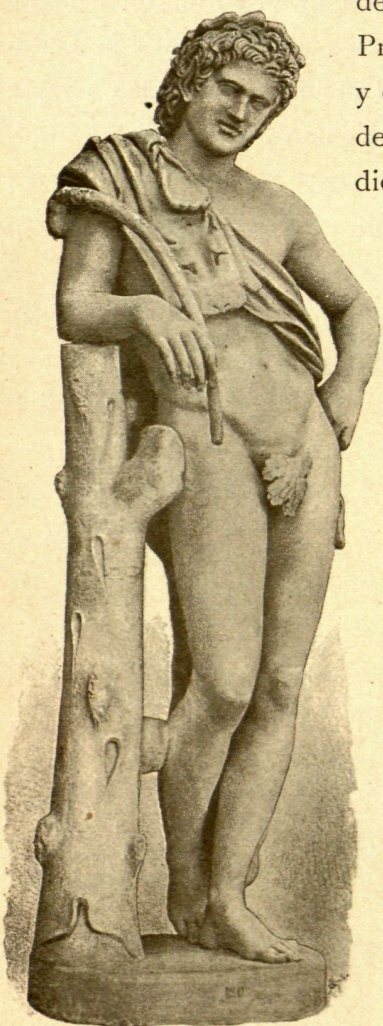


Fig. 365. — Estatua de escuela Atica. Copia del Fauno de Praxiteles (de fotografía)

Con tal empuje independiente creció el arte griego en días de su florecimiento produciéndose espontáneo, lleno de vida y frescura, de color y sentimiento, de empuje, de fantasía y de riqueza de imágenes en manos de todos los autores y en todas las piezas conocidas en que se señalaron los maestros. Mas no fué obra de libertad del país en que éstos vivían, sino de personalidad artística, de concepción original y de la individual independencia, de la consentida libertad á que nadie se oponía. La libertad griega que esto produjo fué aquella aura popular espontánea y vigorosa que sin sufrir presión alguna se apasionaba ante lo bello y rompía en entusiasmo y clamoreo general: la libertad inconsciente de la pasión humana educada con grandeza y noblemente estimulada. Era un modo de ser libre y acaso la más alta libertad, que como inherente al hombre por su espontaneidad nativa, era peculiar del griego por su vuelo natural y educación de espíritu. A ella debió en buena parte su adecuada grandeza la labor plástica de aquel pueblo. El genio, el talento, la inspiración crecieron esplendorosos, produciendo artistas entusiastas y artistas de primer orden, semillero de ingenios fecundos, insignes cual los más grandes por el sentimiento de patria, la independencia de pocos basada en la esclavitud y la autonomía

del ingenio rodeada del entusiasmo ardiente, esa aura de libertad y sol vivificador que abrió, cual flor de anchos pétalos, la hermosísima corola del arte de los helenos.

La legislación de Grecia era rígida en su favor, pues impedía toda ofensa á los títulos del artista; perseguía cualquier ultraje á las obras del ingenio que con veneración conservaba. ¡Ay del que hubiese retocado la obra de un gran artista! ¡Ay del que la hubiese restaurado, de quien hubiese introducido alguna modificación! ¡Ay del magistrado ó autoridad que hubiera cambiado la disposición ó la apariencia externa de un edificio público! Hubiera sido lapidado. En cambio regían para los artistas leyes también inexorables y en favor del mismo arte. Los *helanodices* de Olimpia, por ejemplo, castigaban á todo artista que hubiese esculpido una estatua icónica de mayor tamaño que el atleta á quien se hubiese retratado, derribando la obra plástica; los elades aplicaban otra ley á los que en sus obras violaban los principios de belleza; los tebanos á pintores y escultores que producían menguadas obras, y los de Éfeso al arquitecto que presupusiera un trabajo y se excediese en el precio que era base de su trato: éste terminaba á sus expensas la fábrica que construía ó el trabajo que realizaba, y aquéllos pagaban por lo menos con la destrucción de su imagen ó un castigo pecuniario. Principios de equidad y justicia regían en esta parte que eran la compensación del mérito que se daba á toda producción de arte y de la admiración y el respeto que Grecia entera les tributaba.

Entre las causas permanentes y transitorias de formación y adelanto de la escultura griega hay que señalar la religión, que tuvo de permanente desde su origen y transitoria por las modificaciones que sufrió y por sus transformaciones sucesivas (1). En Homero aparecen todos los dioses organizados con sus condiciones morales y su material carácter. Antes de Homero existieron dispersos elementos que se descubren en los *misterios* y que ingresaron en la mitología griega; después otra mitología ya formada, reflejo de la del poeta, con cambios de tipos y caracteres que introdujeron los artistas y el pueblo todo, y con las importaciones de Oriente, compuso un cuadro de creencia con sucesión histórica.

Permanente y variable aquella mitología fué esencialmente artística. Su organización poética es por naturaleza plástica. Los dioses eran corpóreos y tenían las condiciones de los seres naturales, cuerpo, vida y pasiones. Eran, sin embargo, inmortales, más grandes en apariencia que los seres humanos, más vehementes en sus acciones, más radicales en sus planes, serenos é inmutables y más hermosos que los otros seres. Como hombres eran de carne y hueso desde el soberano Zeo hasta el último mensajero de los favorecidos del Olimpo; sufrían heridas corporales y vertían sangre en sus contiendas, tenían instintos carnales, y cuanto eran más potentes, eran más apasionados y temibles. Amaban á las débiles criaturas y se mezclaban con los héroes; elegían varones gallardos y mujeres hermosísimas en sus amores terrenos, y daban al mundo descendientes que tenían de sus padres en lo vehementes y hermosos, y de los otros hombres las pasiones. Así fueron los dioses de la epopeya, de las leyendas y mitología y los que esculpían y grababan los plásticos antiguos. Por obras de la fantasía descendieron todavía más de su categoría divina, pues eran susceptibles del ridículo hasta entre el coro de los inmortales, como el giboso Hephaistos; y eran hasta capaces de groseras escenas, obscenas, risibles y lúbricas, en las innumerables obras de concepto popular, ó en las que daba la comedia ó realizaba la escultura y el dibujo, y tienen hoy su lugar en los *museos secretos*. Venus, herida de un rasguño en la epopeya de Troya; Vulcano, cojo y contrahecho, provocando á risa á los inmortales; Marte, que grita en el combate con la voz de diez mil hombres; Júpiter, que agitando la encrespada cabellera como el león la melena, hacía estremecer el Olimpo, eran dioses con cuerpo de hombre, de proporciones naturales, pecaminosos y frágiles, y cuyos amores y otras pasiones no imponían á los mortales. Su trono y asiento eran el Pindo, el Parnaso, el

(1) Véase lo dicho en las págs. 293, 301 y siguientes, y las indicaciones varias de la pág. 303 hasta fin del capítulo, que se refieren á religión y arte.

Ida y el Olimpo, montes á la verdad elevados, rodeados por hielos y nieblas, por bandas de blancos celajes, pero que no excedían en impresión á la altura de los otros montes y no alcanzaban la de muchos. Todas esas condiciones hacían de los dioses griegos seres imaginarios al alcance de las artes, que les reproducían en imágenes por impresiones poéticas y tradiciones populares y que por su forma antropomórfica les tallaban en escultura. Eran reales como cuerpo, como organismo viviente, é ideales por el concepto de su grandeza terrena.

Y eran plásticas las leyendas que narraban los episodios de sus contiendas y aventuras. El contenido de esas fábulas eran amores y luchas, protecciones y actos heroicos, difíciles empresas, arduas, superiores á las humanas, pero que tenían el atractivo de cuentos inverosímiles y á las veces picarescos, llenos de encanto y poesía, en que eran los personajes hombres. En el cuadro de las leyendas que forma la mitología está el mayor atractivo que pudo apetecer la escultura para sus estatuas y relieves. Formó la tupida madeja de que durante porción de siglos tomaron sin fin de hebras los artistas en lo antiguo, y en los modernos tiempos escultores y pintores. Es un inagotable número de representaciones corpóreas que las artes del dibujo explotaron con usura para estatuas bellas y grupos, frontones con alto relieve, frisos de todos tamaños, grabados y pinturas; semillero y caudal de temas amenos y episodios que estimulan la fantasía, así con Minerva severa, como con Zeo potente y liviano, con Venus desenvuelta y con Baco y tropa lasciva. Con razón decía C. O. Muller que en el tejido mitológico, en aquel drama y comedia, halló la escultura griega su vida y la riqueza de sus asuntos. Y fué inagotable riqueza en forma animada y plástica (1).

No tuvo los inconvenientes de las religiones oriental y especialmente de la egipcia, que se expresaban por símbolos, ni de otras creencias más modernas, elevadas y espirituales, cuyo ideal trascendente tiene por asiento el espíritu. En aquellas religiones lo vago del simbolismo hizo fría la escultura, y su carácter cósmico ó de culto natural, fenomenal por entero, le quitó acción y vida; en las espirituales creencias, concentrado el espíritu, tiene sólo la forma externa como un simple recuerdo ó un medio expresivo. Y en unas y otras es la forma la cualidad secundaria: allí es lo divino, oscuro; aquí lo espiritual, divino, la cualidad principal, mientras que en la escultura griega es el medio propio de expresión lo meramente humano. Estaba, pues, la religión en acorde forma plástica, imitativa y real, con este medio expresivo de carácter popular.

Y en Grecia era el ser humano con toda su importancia y su natural constitución el que figuraba en el arte, al paso que en otras partes era un simple signo gráfico. En Grecia tenían la cabeza y cuerpo humana representación, al paso que en otros países era la cabeza de varios seres inferiores á los hombres la que tenía el predominio. Para el heleno la *testa* era el centro intelectual en que residía la grandeza del ser representado, y si en escasas figuras entraban partes extrañas en enlace con las del hombre, no fué nunca el noble busto el que se vió sustituido, sino porciones secundarias, como las piernas del *Pan*, las orejas del *Fauno*, la mitad posterior del *Centauro*, iguales miembros en los tritones, ora fuera el cabrío, ora el asno ó la cabra, ora el caballo ó el pescado, el que entrara á componer la imagen de seres híbridos. Y la razón de ello es la de que en Grecia la escultura figuró seres humanos, escenas y cualidades en que accionaba un héroe, siquiera fuese un inmortal, al paso que en Egipto y en Asia era la representación un símbolo ó una mera alegoría cuyo personaje ó idea no tuvo existencia real, sino como fenómeno ó poder de vaga y misteriosa existencia. Y así era en la Grecia antigua la escultura el propio medio adecuado y natural de representación religiosa, mientras que en todo Oriente fué elemento de convención que sólo tenía significado por relaciones de espíritu y asociaciones de ideas. Allí era la copia de un tema de condiciones reales, aunque fuera novelesco, y aquí una interpretación de actos sin forma corpórea,

(1) Asegúrase que en la *Teogonía* de Hesiodo se mencionan treinta mil divinidades y sus episodios.

ó por lo menos sin cuerpo humano y existencia natural: era la forma en Oriente un medio ó recurso empleado, por no hallar otro mejor y de mayor claridad, que se dirigiera á la razón á la imaginación y sentimiento por mediación de los sentidos.

No faltaron, empero, símbolos á la escultura griega donde fué indispensable; mas eran éstos de un valor mínimo, pudiendo hacerse de ellos supresión sin que se echaran de menos: tales son el caduceo de Mercurio, la serpiente Erectonio ó los caballos del casco de Minerva, la culebra de Esculapio, y aun entonces eran los más un instrumento necesario de las ocupaciones del ser divino á cuyo lado se ponían: así eran el rayo de Júpiter, el tridente de Mercurio, el arco de Apolo ó de Diana y la lira del primero, las alas en el capacete de Hermes y la maza en manos de Hércules. Nunca, empero, tuvieron los símbolos aquella transcendencia de la plástica de Oriente que convirtió los instrumentos y objetos secundarios en parte principal de las obras. Ni necesitaron los dioses (sobre todo los principales, secundarios y semidioses) de cabezas y miembros de irracional para poder distinguirlos, sino que los dioses griegos tuvieron fisonomía propia, caracteres individuales y determinadas expresiones que les hicieron conocer siempre por su rostro y su cuerpo como otro cualquier individuo. En ello estriba la razón de hacerlos esculturales como á tipos divinos y prototipos humanos.

Contribuyó la belleza de esa condición divina y su perfección humana á hacerlos más esculturales, pues adquiría realce el mármol y distinción la piedra y bronce con la hermosura natural. Y el desnudo corpóreo hallaba en las materias plásticas y en su cuerpo y relieve su elemento peculiar de representación artística. Desnudos ó semidesnudos (fig. 366), cual los daba la escultura, eran los tipos requeridos por aquella afición griega apasionada del desnudo, y que le quería ver en todas partes superior y distinguido. Y las acciones heroicas que ponían á los dioses en plena naturaleza con el fascinador atractivo de la hermosura humana, con lozanía y plenitud, eran del todo plásticas, de un relieve vigoroso y para la más bella estatuaría. A ellos se unía el realce del arte que con el ingenio de los escultores aumentaba las perfecciones de los tipos religiosos y los hacía aún más esculturales.

Fué siempre la belleza una cualidad peculiar de la escultura clásica y en especial de la helénica. La naturaleza misma de este arte, el cuerpo de sus figuras, los temas que elegía, los materiales que empleaba, sus condiciones de luz, efecto y color, exigían gran distinción y aristocracia de forma (1) con superior belleza. En esa cualidad del arte se basó también la religión griega para hacerse atractiva, duradera y popular. Bellos quería sus sacerdotes, como quería sus imágenes, y por mor de la belleza divinizaba á los hombres. Era la belleza un distintivo religioso, una cualidad divina, una condición sagrada. El más hermoso adolescente era quien llevaba sobre sus hombros en la fiesta de Mercurio, en Tanagra, el cordero simbólico; el más admirado de todos los niños en los concursos de belleza era sacerdote de Júpiter hasta llegar á la pubertad; y el que nació más hermoso fué siempre en Tebas durante un año sacerdote de Apolo. Y bellos cual sus servidores y sus encargados del culto quería la religión á los dioses: por eso les hizo de escultura; y como á más perfectos que los hombres les quiso de hermosura soberana y de belleza ideal. Hubo en Grecia una religión del arte que fué religión de la belleza y el culto menos real, que fué religión del pueblo esencialmente helénica.

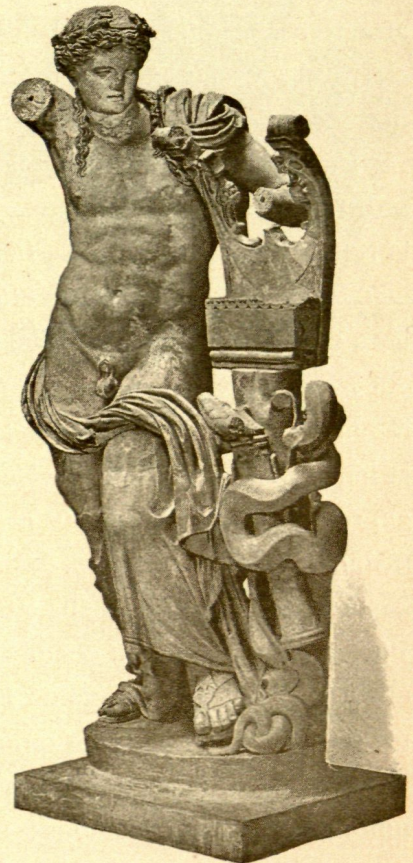


Fig. 366. - Estatua fragmentada de Apolo. Museo Británico (de fotografía)

(1) Las proporciones y extensión de este libro no nos permiten exponer aquí una vasta teoría y juicio estético é histórico-crítico de la escultura griega, nuevo en parte. Su plan nuestras indicaciones otros muchos libros modernos de autores ya citados.

Ella era el aliciente de una creencia superior, creencia también ideal que hacía buscar en el arte la expresión de lo divino para adorarle en lo hermoso. Con incesante afán buscó el artista plástico ese ideal creyente del pueblo, ese ideal religioso de una raza, y estudiando con constancia durante porción de siglos

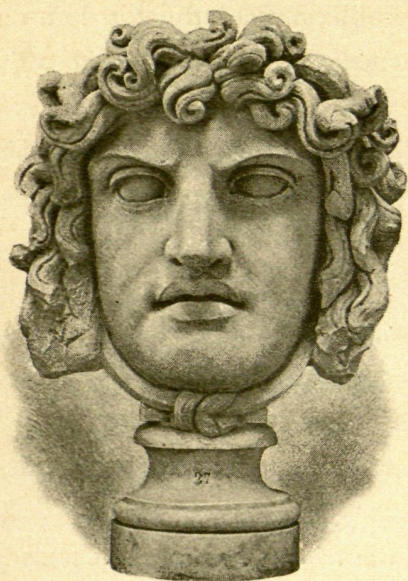


Fig. 367. - Cabeza colosal de Medusa del Museo Vaticano (según una fotografía)

las perfecciones del cuerpo, llegó por el dominio de éstas, de sus armonías, sus ritmos y la selección de la forma, hasta á dar los prototipos de lo que exigían la pasión clásica de un pueblo sediento de belleza y siempre embriagado por ella.

No entró nunca la fealdad como elemento estético en las representaciones plásticas, ni en ninguna de sus formas. Los seres que de la fealdad participaban por condiciones de origen ó por concepto mitológico, eran embellecidos para acomodarse al gusto de las concepciones artísticas y del sentimiento nacional. Las feas Gorgonas, Erinnias ó Furias aparecían hermosas en la cabeza de Medusa, que allá sobre el siglo VI era intencionalmente fea y de una fealdad ridícula, exagerada y deforme; y tomaban sello ideal, como en la colosal cabeza (fig. 367), y belleza superior como en la Medusa Rodanina, ú otros ejemplares de esos rostros de representación selecta; las Parcas, viejas y ajadas, cual modernamente se pintan, eran jóvenes y hermosas en diferentes partes, y de hermosura superior en los frontones del Partenón; las figuras de Hecate, de la *Muerte* y del *Infierno*, no eran fantasmas temibles, sino seres admirables rodeados de las galas del ingenio, como el sepulcro de flores; y ni el deforme Hephaistos, ni los engendros dañinos, las figuras fantásticas ó las simbólicas del odio y las malas pasiones terrenas descendieron nunca en los buenos tiempos (á no ser en cuadros cómicos), en época adelantada, sobre todo en la escultura, de la habitual belleza, que era entonces peculiar á toda representación artística. El arte buscaba el goce estético, el delicado y noble, el distinguido atractivo sentimiento, y hubiera sido harto chocante é irregular desconcierto el mezclar un tipo feo á los personajes serenos, arrogantes y hermosos de la mitología clásica.

Fué por ese selecto medio y estudio pertinaz como logró dar al arte tantos tipos de hermosura y de perfección corpórea que aceptó la religión. Con Júpiter la grandeza soberana que casi llega á lo sublime; con Palas la hermosura severa y la varonil hermosura; con Diana la belleza púdica; con Juno la belleza altiva; con Apolo y Mercurio los encantos del mancebo y del púber agraciado; con Baco la insinuante belleza y de intención sensual; con Venus la belleza voluptuosa; con Hebe la ingenuidad bella, y con el coro de las Musas la hermosura expresiva. Cada uno de los otros dioses tuvo su ideal estético insinuante y característico, desde el forzado Hércules (fig. 368) hasta Eros, el púber bellísimo, sensible y delicado (fig. 369). Por escala ascendente, como dijo más de un autor, estableció el artista griego, apoyado en la creencia y en la tradición mitológica, que se convertía en un culto, grados y categorías de lo hermoso ó lo bello. Telephes era el prototipo estético del niño; Ganimedes del adolescente; Meleagro el del bello mancebo; Jasson el tipo ideal del héroe; Cástor y Pólux del semi-díos; Apolo tipo del dios; ó por grados descendentes fueron

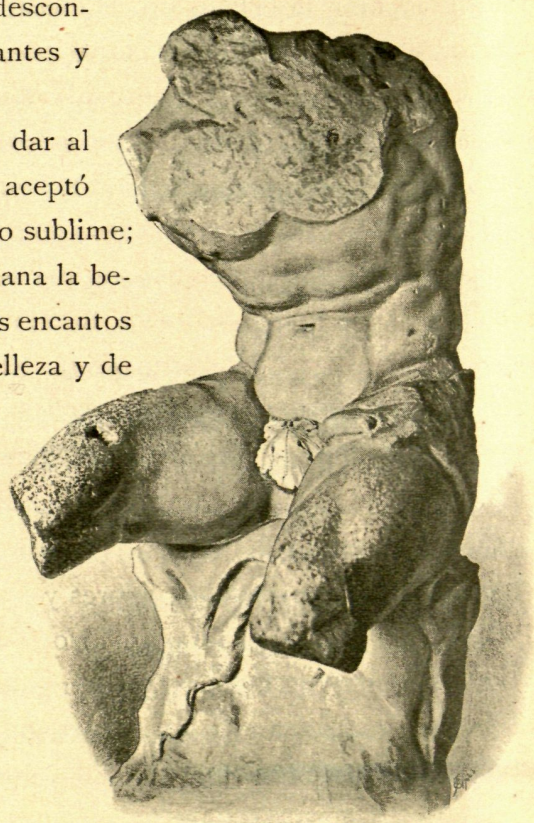


Fig. 368. - Torso del Belvedere en mármol, parte de una estatua de Hércules de Apolonio, hijo de Mistón de Atenas (de fotografía)

variando su belleza Venus, las Gracias, las Musas, Náyades, Ninfas y Psiquis, tipo agraciado de la mujer linda, que tiene por contraste en Venus el bello sublimado de la olímpica hermosura entre las encantadoras diosas. Y diz que por esa labor de fantasía y con ese hilo de Ariana en las manos, guióse el artista griego, sin perder su derrotero, de la belleza del hombre á la ideal belleza de que gozaron los dioses, y que dando un paso más allá de lo visible en pos del ideal, creó el tipo de la Hermafrodita (próximo al de Ganimedes), mezclando con ingenio fino la hermosura del varón á los encantos que fascinan de la mujer más hermosa (1).

Todas esas figuras y asuntos mitológicos tienen por base de imitación la forma del cuerpo humano, y por aplicación principal la escultura y las otras artes del dibujo. Como ellas, sufrieron modificaciones y obtuvieron constantes adelantos á compás de lo que alcanzaban la técnica del escultor y el dibujo y la pintura con sus leyes de proporción. Fué una mitología progresiva y esencialmente estética que acomodaba sus temas, personajes y tipos al modo de ser artístico de los ingenios de su época. Estos variaban á su vez según aficiones de escuela, asuntos de preferencia, inclinaciones y gusto coetáneos, ideas morales corrientes y otros conceptos en boga, y por lo tanto los dioses eran de sello variable según circunstancias transitorias. De aquí vienen las variaciones que en la iconografía antigua se descubren en todas épocas, y la tendencia histórica de ajustar los prototipos á modos de ser del arte de tiempos y regiones diversas.

Era una libertad concedida á los artistas por aquellas religiones que daban mayor prestigio al arte y más culto á la belleza que á la tradición iconográfica, que marchó constantemente á merced del adelanto. El sacerdocio griego no tenía interés ninguno en mantener el *hieratismo* en las obras de la plástica, y permitió siempre al artista y al industrial artífice independencia completa en la producción de imágenes. No era un sacerdocio rígido, tirante y tradicionalista, apegado al pasado, como en pueblos de Oriente, sino un sacerdocio libre y afecto al placer estético, como el pueblo en que vivía; un mero representante y practicante del culto y de las ceremonias y ritos que conservaban los helenos, y que tenía tanto interés en patrocinar grandes fiestas y ceremonias populares, como en propagar la belleza y las producciones de arte. Su mira en este punto era ornar y dar prestigio á los santuarios y sus anexos. No formó nunca colegios de propaganda religiosa, ni trabajó por la moral, ni se inmiscuyó nunca en cosa que no creyó de su cometido; formó simples agrupaciones encargadas de velar por sus templos y sus cultos, y de efectuar ceremonias y actos más trascendentales, como iniciaciones y *misterios*. Independiente, pues, de toda obra social, de toda lucha política y sólo afecta á mantener lo que era de su incumbencia, dió protección constante al arte y estímulos á los artistas para obtener obras maestras que interesaran al pueblo y movieran el patriotismo á favorecer sus templos con admiración y dádivas. Y de manera consciente ó por inconsciente modo, propendió marcadamente al adelanto de las artes del país ó de la región en que gozaban de protección popular. Las obras eran más bellas cuanto más se las preciaba y adquirían prestigio público, y en los santuarios y templos (que el pueblo no visitaba más que en casos excepcionales ó en momentos solemnes, que no acogían á los griegos como fieles á la plegaria) tenían tales obras inmensa fama y nacional renombre, á veces universal. Hacían allí á los artistas, por sus pinturas y esculturas ó

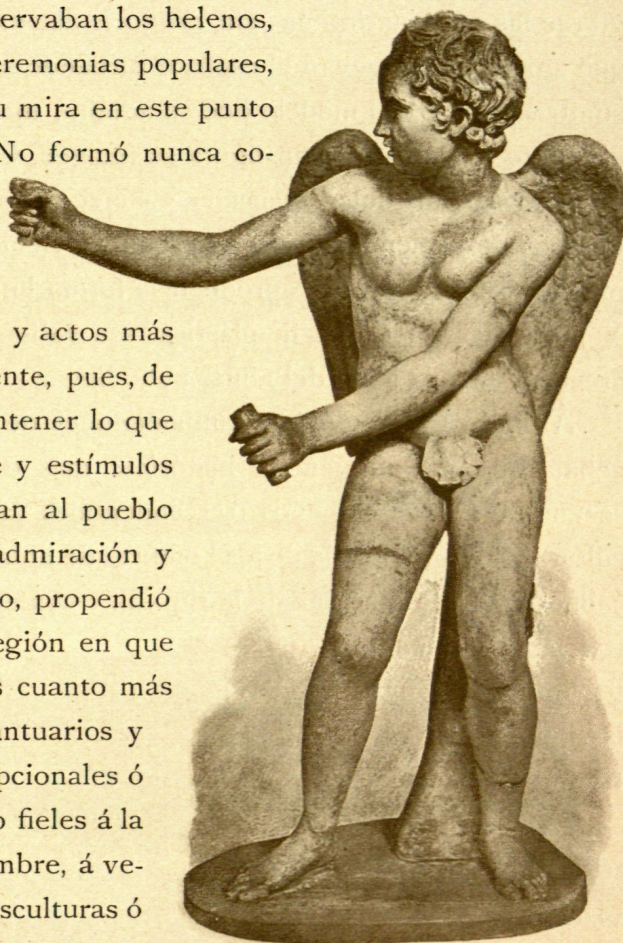


Fig. 369. — Eros de Praxiteles ó imitación del Amor de este escultor griego (de fotografía)

(1) Alejandro Dumas y Emilio Deschanel, entre varios escritores de arte, han expuesto admirablemente estas impresiones.

por otras obras de arte que tuvieron fama histórica, un santuario distinguido de su nombre y su valer.

Aquella libertad completa con que se honraba al genio y se favorecía al talento dentro y fuera de los santuarios por las obras religiosas, y este privilegio público á que propendía el sacerdocio cuando no le estimulaba, contribuyeron en gran manera á rodear al artista de inmunidad constante para poder inspirarse y de aureola de gloria al producir obras de nota, y coadyuvó doblemente al crecimiento del arte. Libre el talento ó genio de toda traba dogmática, de toda imposición ritual, de sujeción ninguna, producía á su arbitrio con natural inspiración: independiente el ingenio, corría suelto á su sabor y se gozaba ante las obras ó las ideas é imágenes de sus gratas concepciones, como ante un asunto ó cuadro de pura fantasía en que sólo priva el tema con soltura ideal y estimula en cambio todo á la producción espontánea, á la actividad latente, á la ardiente inspiración, á la elevación de conceptos, á la selección de formas, á la grandeza artística, á aquella libertad omnímoda que se basaba en el principio de la libertad del arte y del respeto al talento. Era el antiguo dictado de *el arte por el arte*, ó de producir las obras por sólo alcanzar la belleza y llegar al ideal, al más encumbrado ideal que hizo la fama del genio.

¿Y qué buscó ese ideal? Realizar la perfección en el orden estético de la imagen figurada; en el concepto y su interés; en la forma y sus encantos; en la expresión y su belleza; en la línea y sus primores; en la proporción y su armonía, su delicado y sutil ritmo; en el modelado y sus juegos múltiples; en sus toques y caprichos infinitos; en el efecto y su impresión; en el color y su magia; en el claro-oscuro y sus sorpresas; en la perspicua elección de luz, de espacio, de objetos circundantes, de aire, de fondo, de interés, de simplicidad de forma, de ática sobriedad..... con que despertar una fina y amorosa sensación, evocar un sentimiento, amontonar bellas ideas en sucesión armónica, excitar nobles pasiones, íntimas, selectas y artísticas; emocionar suavemente, tal vez producir gratos deseos, placenteros y exquisitos en que se mezclan los sentidos; ser buscapié de gratos estímulos que tienen los ojos por vehículo, y hacer vibrar las cuerdas íntimas sin producir disonancias, ni sonidos desacordes; sin impresiones vehementes que agiten y conmuevan el espíritu turbando su serenidad; esbozar, en fin, en la memoria y fantasía el trasunto vagaroso del modelo que se admira, mezclado de aquel placer intenso, desinteresado, sereno como el objeto mismo, que transfigura su imagen, y que como inmediato resultado deja á la postre, cual ensueño deleitoso, un dulce bienestar y suave goce, purísimo é indefinido..... Este fué el ideal á que en sus tiempos de esplendor aspiró el escultor griego, tomando el mármol, el bronce ó el oro y el marfil como materia selecta en que reproducir la forma humana; al ser más hermoso creado, mejorado y embellecido. Y nada más terso que la plástica, esa valiente convención y ese ideal corpóreo, ni más bello que la creencia, esotro ideal del alma, pudo llevar al arte griego al noble ideal del arte (fig. 370).

Al lado de los móviles fundamentales de desarrollo y adelanto de la escultura y arte griegos deben señalarse como influencias históricas más ó menos secundarias, más ó menos trascendentales, las de la cultura y civilización; la de los hombres de nota que se califican de grandes, las de la riqueza y comercio, de los acontecimientos importantes y las influencias extranjeras.

La cultura contribuyó al adelanto mientras se desarrollaba la propia civilización y á

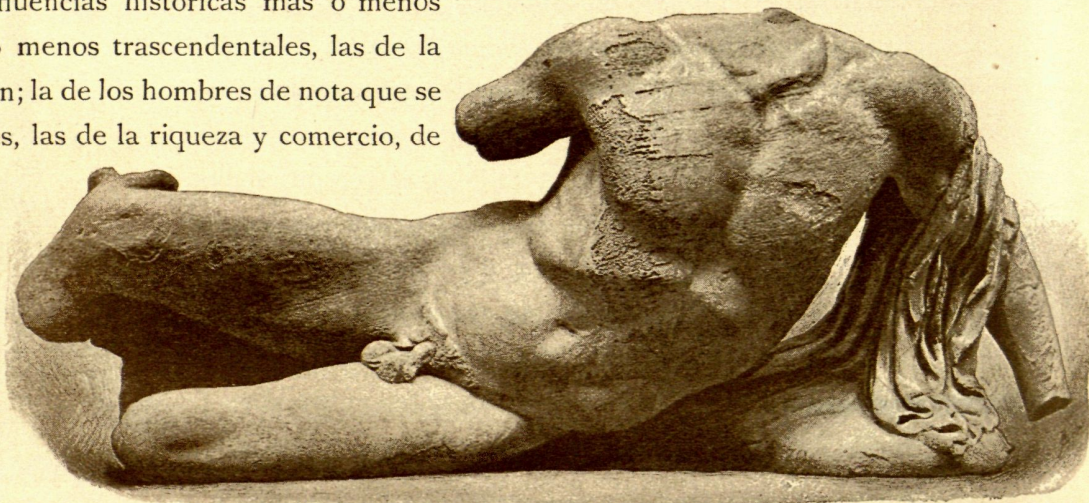


Fig. 370. - El Iliso ó el Céfito, estatua fragmentada del frontón occidental del Partenón. Museo Británico (de fotografía)

compás que el arte crecía, siendo de observar que una y otro, civilización y arte, se prestaron mutuo apoyo, alternativo empuje, pues la cultura acrecía el arte y el arte hacía cultura. Y cuando ésta hubo medrado hasta hacerse admirar del mundo antiguo, dió, como primogénita, empuje y color al arte, que fué hijo segundón de la civilización helénica. Entonces arte y cultura formaron un cuerpo común, como dos ramas de un tronco, ó dos hijuelos de un mismo padre, la raza ó elemento etnográfico. Fué siempre allí la cultura el estímulo progresivo, que es el progreso mismo, por el simple hecho de admirar sin tregua las obras plásticas que tenían fama de notables. Sello que veía crecer asiduamente el arte, y con él la nación griega, y que por las producciones que admiraba no podía menos de estimular á los artistas á que siguieran adelantando por amor al suelo patrio y pasión por la belleza. Nunca un pueblo sin gran cultura hubiera logrado crear tal cúmulo de maravillas, que sólo se explica por un estado de civilización suprema. Las condiciones de aquella plástica, sus finezas y encantos, sus selectas obras maestras, sus prodigios peregrinos son obra del gran adelanto y de un pueblo de primer orden. En la superficie de sus mármoles, en la epidermis de sus estatuas, brilla en forma ideal, simpática y luminosa el estado de progreso de una civilización que fascina: es la nota transparente que como un chispeante cristal hace buscar á su través aquellas sociedades griegas con su ideal de cultura.

En tal medio social vinieron á luz unos tras otros, por centenares á veces, sinnúmero de hombres notables, sabios, patriotas y grandes; de inteligencia augusta, de fantasía potente, de elocuencia encantadora y de arrollador raciocinio; historiadores, poetas, filósofos, oradores, retóricos, artistas de primer orden, de orden que no tiene segundo, que impelían al progreso, aplaudían cada adelanto, guiaban la voz del pueblo, la admiración y el entusiasmo, ecos del patriotismo, y estimulaban á los artistas á crear siempre mejor. Entre esa corte de eminencias en toda clase y forma, que crecían y laboraban sin aparato ni envidias, cuyo número extraordinario haría la gloria de cien naciones, y de los cuales uno solo, como Homero, Píndaro ó Fidias, Platón ó Aristóteles, bastaría á dar orgullo á un pueblo; al lado de esos hombres sin par, genios de una civilización y síntesis de su importancia, había una constante eflorescencia de envidiables mecenas, príncipes soberanos, arcontes repúblicos, que cooperaban con empeño con su esplendidez artística y sus magníficas protecciones á dar crecimiento al arte en todos los períodos y en cuantas formas pudo crecer. A ellos se debió por entero la riqueza de las obras en épocas aún heroicas; á ellos en buena parte el primer desarrollo de la plástica y de la decoración artística con las industrias preciosas; á ellos el vuelo que alcanzaron á la formación del arte y la rapidez con que marcharon en todas las regiones griegas. Cada uno de esos reyes, dictadores ó tiranos, gobernantes ó repúblicos merece recuerdo de ilustre, y algunos le tienen en la historia dando su nombre á su siglo. La única gloria de otros varios es la de su envidiable patronato, y su corona más magnífica formáronla perennemente las piedras de sus monumentos.

Llevaba y traía el comercio productos griegos y extranjeros con que aumentar el prestigio de la nación helénica. Primero importaba los de artes é industrias á la península y sus islas; después exportaba obras de escultura y cerámica y preciosidades griegas á los países vecinos ó las colonias y tierras bárbaras, y por uno y otro modo contribuía á establecer la imitación al principio y luego la originalidad de la producción indígena. Y la riqueza que proporcionaba el cambio de producción ó las piezas de más valor, contribuía á acrecentar la fortuna artística interior con la adquisición de obras y la abundancia de encargos, haciendo valiosa la oferta y preciada la demanda, y dando á los artistas medios y á la nación recursos con que embellecer sus ciudades. Sin el comercio griego y la riqueza que aportaba habrían faltado elementos para el dispendio na-



Fig. 371. - Cabeza de caballo de una cuadriga, atribuida al escultor Pitheo, hecha para Asia Menor (según fotografía)

cional, y el nombre y la fama de los artistas y sus obras no hubiesen cruzado á través de mares por el Asia, Egipto é Italia, de donde llegaban encargos y ofertas importantes para obras renombradas que hacían la fortuna pingüe de más de una gran ciudad (fig. 371). Faltaron aquellos grandes rendimientos que aportaron desde antiguo los soberanos persas y reyes de Asia Menor, como Cresos y Candauro, como Ciro y Mausoleo. Al comercio y la riqueza se debe el trabajo incesante de los talleres griegos del continente é islas, que exportaban por millares vasos, esculturas y cuadros.

Y los acontecimientos históricos fueron por períodos diversos principalmente fluctuaciones y luchas del espíritu público, contiendas y triunfos de pueblos, anexiones y predominio de colonias, advenimientos y expulsiones de tiranos ó repúblicas al gobierno de regiones y ciudades, y las empeñadas guerras con el Oriente, que excitando más ó menos el espíritu patriótico é hiriendo á veces la fibra nacional, producían en el arte adelantos, ó movimiento con la producción de nuevas obras y la construcción de bellas fábricas. Las guerras interiores que desangraban el país ocasionaban á la postre un trasiego constructor que producía recuerdo y rehacía lo destruído; el advenimiento de tiranos fué acompañado comúnmente de acrecentamiento artístico en los centros en que regían, como Atenas, Corinto, Sicilia; la desaparición de uno de ellos era otro acto patriótico seguido de regocijo y de emulación artística; la anexión de territorio aumentaba esa activa acción, por lo menos en la ciudad que ejercía la hegemonía, cuando no era elemento de desarrollo ó creación de un centro artístico por la adquisición de una escuela de localidad anexionada y por la tendencia de los ingenios á buscar centro en las ciudades que eran más poderosas y poseían más recursos, y la formación de ligas y de federaciones diversas producía un cambio activo de influencias regionales entre poblaciones varias con cruzamiento de escuelas y excursiones de maestros. En la época de conquistas de Alejandro y sus sucesores el movimiento fué grandioso y de profunda conmoción, que exportó el arte griego y los artistas de más nota, tras las victorias alcanzadas, á los países conquistados. Asia Menor, Fenicia, Palestina, Persia y Asiria, Egipto y hasta la India, sintieron el movimiento de aquella extensión del arte griego, que, como un río en crecida, inundó todo el Oriente.

La guerra con los *bárbaros* asiáticos durante casi veinte años consecutivos entre Milciades y Cimón, que destruyó los edificios de hermoso recuerdo, arrasó los de la monumental Atenas y despojó á la Hélade de varios antiguos santuarios y sus millares de estatuas, produjo tal empuje patriótico, tal entusiasmo popular, que cubrió en pocos años sus ciudades importantes, sus santuarios renombrados y la ciudad de Minerva de admirables obras de todas clases, algunas soberbias, sin par. El apasionamiento nacional fué unánime y acorde en toda la familia griega, y el sublime despertar del sentimiento de raza, que produce las epopeyas, como procrea monumentos é impele con vehemencia al adelanto brioso á los pueblos de gran fibra. Por esa lucha crecióse Grecia de prodigioso modo é impuso al mundo antiguo respeto y admiración. A la par con su sin fin de obras maestras y sus viriles escuelas dió el paso más trascendental en la carrera del arte, que fué paso definitivo con que alcanzó la meta del adelanto nacional.

Fué esta una influencia extranjera que dejó perenne huella en la vida de la nación y que repercutiendo después durante más de dos siglos producía aún resultados como consecuencia legítima. Fué la mayor influencia extranjera material y moral que contribuyó al adelanto de la escultura griega, como de las otras artes. Antes tres veces en la historia se obtuvieron resultados por la imitación artística de las obras de vecinos ó de pueblos adelantados. En tiempo de los heroicos pelagos hubo la influencia primera de suntuosos resultados; en la época de Homero la de los reputados fenicios, y sin duda de egipcios y asirios, que el poeta no menciona, y luego entre los siglos ix y vi hubo la imitación de escultores y otros artífices, que remedaban á los del país del Nilo, á los asiáticos varios, y en especial á los fenicios y pueblos mesopotámicos, cual se descubre por los restos modernamente descubiertos y por tradiciones de arte conservadas por escritores. Siempre hubo las enseñanzas de los excursionistas viajeros que transmitían á Grecia las impresiones de sus viajes, en libros de historia, como Herodoto ó Xenofonte; de geo-

grafía, como Ctesias, Pytheas ó Nearco; de simple descripción periegetica, como el sincero Pausanias; de legisladores, como Solón ó Pericles, y de filósofos cual el admirable Platón. Siempre fué el deseo de saber y de mejorar la cultura griega lo que influyó en sus artes para darles adelanto con el estudio de los otros pueblos; mas nunca el estudio de extranjeros tuvo influjo de más alcance que la contienda meda recordada perennemente en Grecia y donde hubo sangre griega. Otra influencia poderosa fué sin duda la de Alejandro y de sus sucesores militares por el extranjerismo que produjo en la civilizada Hélade; mas este largo acontecimiento que tendía á velar de orientalismo la historia clásica europea, fué una influencia fatal por lo que de oriental injertó en la vida, en las costumbres, en la religión y en el arte de los pueblos influídos.

La naturaleza y la raza, las costumbres y fiestas públicas, la organización social y política, la religión y creencia en lo que se rozaron con el arte, fueron las causas eficaces de la marcha progresiva, del adelanto rápido y de la superior preponderancia de la plástica helénica en el espacio de cuatro siglos; y la cultura y los hombres de nota, el comercio y la riqueza, los acontecimientos históricos y las influencias extranjeras, otros tantos elementos de acción ó vehículos de marcha para su formación y crecimiento. Nació el arte nacional y la plástica por una inclinación ó sentimiento de familia y por los estímulos imitativos de la forma viviente y real y de lo objetivo corpóreo, teniendo por maestros extranjeros y por cuadro de inspiración una naturaleza rica en elementos naturales y en impresiones estéticas; creció con la pasión por la belleza y la perfección corpórea, sirviéndole de favorables medios el amor á la ciudad y el sentimiento regional, y de predisposición constante una vida liberal independiente y ociosa de ciudadanos patriotas que no ocupaban sus manos en mecánicas industrias, que apellidaban *vil tarea* de ignorantes esclavos; hízose esclarecida por aquella aura de libertad, de personalidad individual y de autonomía ciudadana, y se convirtió en sublimada en pos del bello ideal que le proporcionaron los mitos, patrocinó el sacerdocio y estimuló la religión. Un concurso de medios externos dieron las épicas luchas y las fluctuaciones sociales: los cambios de forma política, las evoluciones históricas le dieron empuje y vigor, anhelo de producir, comecón de crear, contando siempre y en todas partes con la vida comercial y el crecimiento de la riqueza, que fué su material elemento. Por tales medios, perennes ó sucesivos, marchó el arte plástico en el transcurso de dos siglos, y en especial la escultura griega, con vigor y rapidez, con seguridad admirable, de la imitación extranjera entre indecisa y vergonzante y la forma convencional, á los conatos de grecismo, del plagio á la realidad, de la realidad incipiente al naturalismo real, que á veces fué entero realismo; y apoyado en el natural viviente con aspiración superior, hartado de imitación, de magistral dominio técnico, afrontó la belleza en sus elevadas esferas, en su concepción más intensa y sus formas más perfectas, la propagó con la materia y la perpetuó con sus dioses.

CUADRO HISTÓRICO DE LA ESCULTURA GRIEGA. – PRIMER PERÍODO

(Del siglo VII hasta fines del siglo VI)

Rompió el arte griego con sus indecisiones á comienzos del siglo VII, cuando las contiendas de familia se habían apaciguado y el espíritu regional tomó estabilidad y se sintetizó por los pueblos que tenían sello individual y caracteres históricos de región ó de más material poder. Menguaban á la par las imitaciones inexpertas y constantes á que se había acostumbrado la producción industrial con intención artística, y aparecían acá y allá, como chispazos sueltos, rasgos de nacionalidad y de pueblos sedentarios, que tendían á caracterizarse. El Oriente y Egipto, que enviaron á Grecia sus obras por medio de los fenicios ó de otros navegantes, eran aún imitados en diferentes trabajos, así de industria decorada como